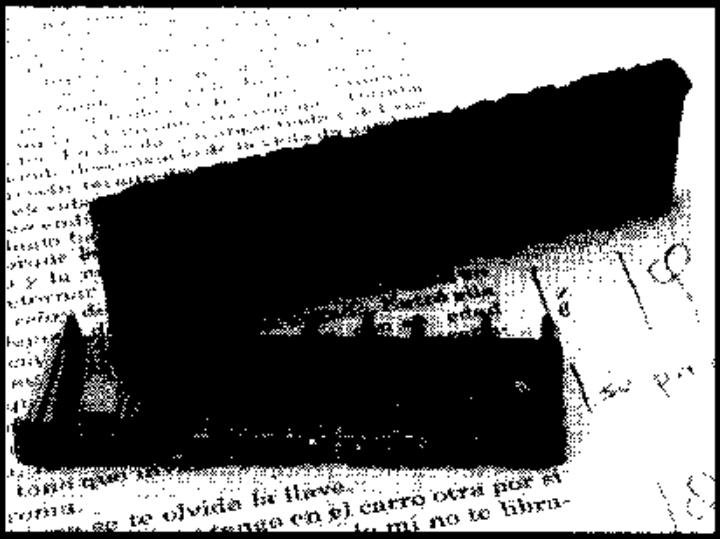
SAÚL ROSALES CARRILLO

Memoria del Plomo

CUENTOS



PROGRAMA CULTURAL ENLACE LAGUNERO
COLECCIÓN TIERRA QUE FUE MAR

la contaminación, mi autosuficiencia, la propaganda del gobierno para descentralizar la nación tan grande como tercermundista me guiaron hasta aquí con las petacas repletas de la confianza, del optimismo y de la inmunidad con que te arman las grandes ciudades con sus grandes amenazas y sus grandes conflictos y sus grandes personalidades. Cuando sales de ellas a radicar a otro lado vas bien dotado para combatir en la selección natural de las especies.

Encontré trabajo con rapidez aunque de nivel infra. Como aplicado discípulo de la tragedia griega, debí someter alguna presunta altanería, asumir la humildad no como una expresión de lo justo sino como una imposición de lo injusto. La injusticia es manifestación de la irracionalidad. Mostré mis álbumes de grandes reportajes publicados en los mejores diarios nacionales; el *dossier* de colaboraciones agudas, certeras y filosas estampadas en las más prestigiadas revistas de la capital —que es decir de toda la nación—; el archivo de artículos para radio y hasta las potentes charolas identificatorias que había conservado sólo como acervo de mi discreta egoteca.

Creí que con tal currículum —que reciclado podría producir hasta un rollo de papel sanitario— ni siquiera tendría oportunidad de aflorar la *hybris*, la altivez que provoca la ira divina. De manera natural el reconocimiento se prosternaría ante el expediente torrencial de mis experiencias y potencialidades dignas de Premio Nacional de Periodismo. Pero los dioses laurearon mi control de la *hybris*, mi humildad de recién llegado, con el empleo de corrector de estilo. Emplazado en el escritorio de enderezador de sintaxis aplaqué mi conciencia de periodista capitalino y mi *hybris* cariada por la modesta oportunidad.

A pesar de todo, con la seguridad que otorgan el empleo conquistado y los ahorros (aun) precarios, me atreví a alquilar una de esas viviendas "de interés social" en colonia de proletariado de élite. Le compré lo elemental, una estufa económica, un refrigerador enano, por supuesto la cama y otros muebles

básicos. Una noche entre las noches —como acostumbra decir Schahrazada— mientras bajo la luz de la convenientemente avara lamparita de noche leía las pocas páginas que me cobraba el sueño por arrojarme a la inconsciencia, entre miradas a mis piernas peludas, mi sexo indiferente y la desnudez del cuarto, vi caminar por el techo una enorme cucaracha. Avanzaba rinoceróntica, quelónica, descomunal. Al sentir mi mirada se inmovilizó. Es como de siete centímetros, pensé. No, de ocho/ de siete, más bien de siete, estuve calculando a pesar de la sorpresa. Prendí el foco del centro del techo con el interruptor instalado a la altura de la cabecera. El animal no se movió. La luz y la sorpresa —que se disipaba— me permitieron calcular mejor el tamaño: cinco centímetros. No se movía. Su cautela me indicó que yo podía ir por la escoba para aplastarla allí en el techo. Empecé a moverme con cuidado. Con cuidado salí del cuarto para traer la escoba.

Cuando regresé la cucaracha quelónica se había desplazado un poco. Se apostó cerca del ángulo que hacían la pared y el techo. Una vez localizada me dispuse a darle el escobazo homicida/ cucarachicida, digo. Como si mis movimientos hubieran activado su instinto se desprendió y en vuelo en picada, de kamikaze, quiso estrellarse en mi cara. La eludí y me pareció que la colisión suicida que buscaba la encontraba en el muro. No fue así. Se posó con destreza de paracaidista y sus cinco centímetros indemnes parsimoniosamente caminaron un breve trecho del plano vertical. Al estacionarse los aplastó mi escobazo cavernícola. La dejé en el piso como una invitación a barrer al otro día.

De nuevo recostado, con mis piernas peludas, el sexo abúlico y el libro en una mano pensé en los cinco centímetros, quitas seis/ lo más creíble sería cuatro. La sombra, la distancia, el ángulo, el sobrecogimiento me hacían verla de siete, ocho, seis. Sería de cinco. Café/ color café-oscuro/ una mancha en la pared/ dejaría otra en el suelo y yo la vería mañana al barrer. Había volado ¡Había volado! En vuelo suicida, kamikaze, se

SAÚL ROSALES CARRILLO

Memoria del plomo

CUENTOS

Comarca Lagunera
1990

vaso en el soporte de porcelana que los albañiles instalan junto a los lavabos. De esa manera, no propiciaba un contacto oral más con las huellas blatarias. Aún ahora tomo el agua con mis suaves belfos pegados a la boca del grifo. Como era de esperar, también las cucarachas lo hacían, tomaban agua en el pico y se introducían hasta donde la esclusa les clausuraba el afán exploratorio.

En aquel tiempo aún me permitía resistir. De algún modo tenía que desahogar la neurosis por los problemas en el trabajo y luego el desempleo. Abandoné la costumbre de dejar abierto el tubo del dentífrico y como complemento inventé guardar el cepillo en el refrigerador que para entonces me pareció el único lugar inexpugnable. Al principio ocurría que a veces olvidaba llevarlo al supuesto resguardo, pero antes de lavarme los dientes lo enjabonaba todo bien. Aunque, en ocasiones, olvidaba esto y de repente ya estaba viéndome en el espejo puliendo mis dientes con el mismo cepillo que las cucarachas habían hurgado con otra intención. Nos cuesta trabajo adoptar ciertos hábitos y a veces antes de que lo consigamos el interés por ellos desaparece. Eso, más el hecho de que en verdad no me había enfermado por el supuesto e indirecto contacto oral, me animó a volver a lo cómodo de dejar en su soporte de junto al lavabo mi cepillo y mi tubo de crema. Bueno, ya eran míos y de ellas y lo que no mata, refuerza.

Que podía hacer. Llegué a ver a las blatarias copular aprovechando la convexidad de la manija del grifo. La cucaracha adopta la forma esférica de la llave y el cucaracho la cubría seguramente con mayor plenitud. No era todo. La misma toalla con la que yo me enjugaba las manos, la cara, los labios, él sexo, todo, les servía de campo de exploración o estación de descanso en sus incontables vagabundeos. No podía meter también la toalla al refrigerador. No podía convertir el refrigerador en botiquín, cómoda, alacena, armario, y, finalmente, no resultó tan hermético como yo creía. Cucarachitas ínfimas, no sé si porque gracias a su pequeñez podían infiltrarse o porque

nacían allí, aparecían de vez en cuando hasta en hibernación en el hielo del congelador. Tenía uno que aceptarlo, acostumbrarse. El destino cucaracho es cohabitar con los humanos.

Algunas veces que salía del ostracismo y hablaba con alguien encontraba la oportunidad para referir mi experiencia blataria, cucarachida y cucarachicida. Me enteraba entonces que todos tenían los mismos problemas/ quiero decir las mismas vivencias que yo con las criaturas. Todos las toleraban, las sufrían, las repudiaban, las aceptaban, las combatían, las desdeñaban. Sin embargo, nunca se les podía encontrar como tema central de las pláticas. Tanta era la costumbre de frecuentarlas, convivir/ cohabitar con ellas. Tanta que acababan subestimando a los proliferantes blatarios. A mí mismo me tocó vivir esta anécdota; al regresar cierta noche a la casa, tras pasear por la ciudad mi desempleo, tres muchachitas adolescentes alarmadas gritaron ¡un ratón!, ¡un ratón! Cualquiera de ellas advirtió la realidad y dijo con desdén "bah, es una cucaracha". Ver una tan grande y voluminosa que podía ser confundida con un ratón no les causaba la repugnancia y el susto que sí les habría provocado el roedor.

La exagerada demografía blataria avistada en los baños domésticos hacía pensar que las vituperadas criaturas salían de los resumideros. Lo cierto es que cada milímetro del mundo les pertenece. Entran y salen de la Dirección de empresas, oficinas públicas, bancos; de coladeras, resumideros, cloacas, alcantarillas, atarjeas, registros de los drenajes caseros y de la calle. Esa fue la explicación de la aparición de un polvo amarillento que un día descubrí nimbando el registro de afuera de mi casa y el de los vecinos y el de los de más allá. Parecía un servicio municipal con el que el Ayuntamiento intentaba reivindicarse, mas no. No se trataba de una acción suicida. Los propios colonos habían emprendido una colectiva cruzada cucarachicida. El polvo amarillento, ahora me daba cuenta, era el que todos los días un vendedor ambulante pasaba prego-

PATROCINADORES DEL PROGRAMA CULTURAL ENLACE LAGUNERO

ITESM CAMPUS LAGUNA

PATRONATO DEL TEATRO ISAURO MARTÍNEZ

INSTITUTO COAHUILENSE DE CULTURA

AYUNTAMIENTO DE GÓMEZ PALACIO, DURANGO

EMBOTELLADORA DE COAHUILA S.A. DE C.V.

COMPAÑÍA COMERCIAL CIMACO

AEROMÉXICO

CLUB ROTARIO

HOTEL TORREÓN PLAZA

SERVICIO PANAMERICANO S.A. DE C.V.

VIAJES COAHUILA

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA

ADRIÁN VALENCIA

PRIMERA EDICIÓN: OCTUBRE 1999

IMPRESO EN MÉXICO

ÍNDICE

FIAMETTA DE VERANO • 7

TRÓPICO DE CUCARACHAS • 19

VIOLÍN CONCERTINO VERA MIJAÍLOVNA • 37

SOLEDAD, LA DE MANUEL ACUÑA • 49

TRAGEDIA EN SI MENOR • 61

INFARTO EN LA DECISIÓN • 75

MEMORIA DEL PLOMO • 87

EL PORVENIR DE VIRGINIA • 99

NADIE REGRESA • 111

FIAMETTA DE VERANO

Para Gloria Murillo

El desembarazo con que el *Decamerón* canta las seducciones del sexo entre los humanos impresionó a los alumnos igual que lo hacía cada año en cada nuevo grupo de tercer semestre. El programa de la carrera obligaba a repasar con celeridad algunos grandes momentos de la literatura universal. Por ello, al llegar al Renacimiento resultaba ineludible volver a las audacias liberadoras y al alborozo hedonista de Boccaccio.

A propósito de la lectura, yo había repetido como en cada ciclo mi apología de la literatura en tanto arte que enseña a ser libres contemplando la libertad o considerando con detenimiento la represión que los autores derraman en las páginas de su fantasía.

La literatura es una lección de libertad sobre todo en lo que la realidad —la sociedad— es más opresiva: en las relaciones sexuales, comenté a los estudiantes. Viendo cómo son y cómo se resuelven en la novela, en el cuento, en el teatro los conflictos de origen sexual comprendemos que la solución es la libertad, libertad para nosotros y libertad para los otros. Después de aceptar a la literatura como uno de sus pasatiempos cotidianos ustedes verán la vida con mayor libertad que quienes no leen, sentencié. Por supuesto, hablé con la desenvoltura del actor que repite parlamentos ya antes repetidos, bien estudiados, de un personaje que no es él. Eso me hacía sentir que me desinhibía, que probaba la libertad.

Ciertamente, no era amor a la libertad lo que me había llevado en soltería hasta los cuarenta años de edad, sino una sorda timidez hija del precarismo económico y la ausencia de

lanzó contra mí. Preferí deslizarme por los rieles de la lectura para atraer al sueño.

Por supuesto, no fue ésa mi única aventura con las cucarachas. Aunque debo contar que no quedó allí. Siguió que en la mañana, para mi sorpresa, la víctima del escobazo había desaparecido. Igualmente, la historia de mis empleos apenas comenzaba. Duré poco tiempo como lustrador de prosa periodística, es decir, en el trabajo de corrector de estilo. El alcoholismo diezma con frecuencia de cirrosis e ineptitudes las huestes de informadores digitedas. Quiero decir, no tardó en desaparecer de la sala de redacción un reportero que cayó víctima de sus tributos a Diónisos y me dieron-la-oportunidad, *ascendí* de corrector de estilo a las alturas de los rapportisti, menanti, gazettanti, novellanti. Tenía que ingerir por las mañanas pacas y pacas de información porque al mediodía —así es el periodismo de provincia— debía ir a maquilar notas como si cobrara a destajo. Importaba la cantidad, no la calidad. Además, las cucarachas aludidas en mis notas con presteza telefoneaban a la Dirección. Desde allí me ordenaban mesura, tenga en cuenta, anunciantes, funcionarios públicos, etcétera. Hay que ver lo positivo. Es lo que más conviene al país/ claro, salvo ciertos casos; otra vez etcétera. Las cucarachas me hacían sentir cucaracha. Yo no sabía responder con coraje/ aplastarlas/ remolerlas con las suelas. Mi carencia de ira me ha frustrado ser protagonista de tragedia.

Tal ascenso fue el comienzo del derrumbe. O casi. Con tanto cucarachismo no puede seguir de reportero. El carácter débil huye no por cobardía sino por impotencia. Empecé a conocer la ciudad —y la soledad— en los días de nuevo desempleo. En la cesantía, a la ciudad le fui tomando cariño; a la soledad la sofocaba transitoriamente en funciones nocturnas de cine y desahogos en burdeles de la zona de tolerancia. Fue entonces cuando advertí la explosión demográfica blataria en la que estaba metido. Pasmaba la sobrepoblación de especímenes blátidos con los que compartía mi cotidianidad sin haberme enterado. Al llegar a media noche y buscar en la cocina algo para comer o beber; las cucarachas pululaban por todos los planos horizontales, verticales y diagonales; lisos, rugosos o algodonosos; de metal, madera, azulejo o plástico. Nada dejaban de hollar; todo recorrían, husmeaban, lamían, ensuciaban. Ningún milímetro les era ajeno. Las había de todos los tamaños, quizás de todas las especies, desde pequeñas y de color y forma que repetían a las de cinco centímetros hasta similares a las que yo había conocido ya/ ya había conocido yo, en la ciudad de donde llegué/ todos los especímenes. Trataba de pisarlas a todas, de acabarlas a escobazos, doblé un periódico para blandirlo como matamoscas matacucarachas. No faltaron blatarios suicidas que desde posiciones altas me atacaron suicidas como kamikazes; que suicidas me embestían como tanques de guerra y perecían bajo mis suelas gastadas por la ciudad de mi cesantía.

Entonces conocí la cucarachofagia, que las cucarachas se comen. A la mañana siguiente, al bajar a deshacerme de los restos inmundos, a barrerlos, a limpiar los campos de batalla, donde había dejado restos de blatarios ultimados por la escoba, por el periódico insecticida o por la suela despiadada, por allí, dispersas, encontraba las partes tiesas, duras, libreas, alas, patas, antenas. Las partes blandas, las linfas habían sido succionadas, lamidas, engullidas por otras cucarachitas o cucarachotas como las que ahora veía tragándose a sus congéneres. Mientras por distintos rumbos de la cocina algunas se atracaban con la suculencia de sus semejantes otras sufrían disputándola con los asqueles y de pronto, así fueran las de cinco centímetros o las rubias o las enanas, tenían que huir ante la rapacidad voraz y la voracidad feroz de aquellas hormiguitas.

Pero aunque la cocina parecía su edén, las cucarachas se desplazaban con naturalidad por cualquier rumbo de la casa. Y también creí que la cocina era su único campo de acción pero realmente sus impulsos noctívagos no conocían fronteras litorales. A veces el día las atrapaba lejos de sus madrigueras y se pasaban horas de luz natural adheridas a la pared, en

soportes sólidos en la biografía (diálogo en la familia, amistades adecuadas y eso). Cuarenta años. Empezaba mi verano, mi madurez y ahora tenía qué reconocer que en realidad me habría gustado ser esclavo de un sexo cautivo, de una mujercita doméstica o hasta de una integrante de la PEA (población económicamente activa; siglas en español), siempre al alcance de mi concupiscencia.

Sin embargo el inconsciente —o karmas acumulados, aunque no creo en ellos ni en fantasías similares de los libros primigenios— me llevó al empleo de maestro universitario de literatura en la carrera de Comunicación. Este trabajo, en mi pellejo de soltero cuarentón, significó llegar a faquir del erotismo —los faquires pasan por algo sin sentirlo—, puesto que esa carrera en nuestras facultades, universidades, naciones de ficción y abulia rebalsa excedente demográfico de lo que López Velarde llama náyades arteras; de jovencitas que vierten su discurrir como un adagio, según escribió un poetastro que yo conozco. Como faquir del erotismo me veía condenado a desafiar las llamas de las presencias de ninfas y ondinas, fiametas y neifiles sin temor a abrazarme en el amor. Y así vino ocurriendo hasta que dejó de ocurrir así.

Mi cualidad faquirista de resistencia al fuego del amor se esfumó el día que una Fiametta veintiún años menor que yo (yo cuarenta, ella diecinueve) se me acercó con una ingenuidad mitad estudiada, mitad desconocida para ella misma. A los veinte no es uno tan zorro como cree. Fiametta sería una zorrita. Quería que le enseñara las diferencias de los géneros periodísticos, las técnicas con las que se estructura cada uno, las púas de la sintaxis y, si fuera posible, los riesgos previsibles y las mañas necesarias para trepar el escalón cotidiano de la talacha diarista, periodística. Ella había oído que este oficio ofrece al tundeteclas además de premios y reconocimientos egolátricos, las envidias fraternales de los de la camada y los asedios seductores de quienes creen eso del Cuarto Poder (y el poder del cuarto; esto es aportación mía).

Mi Fiametta, con la despreocupación natural de la alumna que sabe cuáles caminos sirven a su vocación, abordaba mis tránsitos por patios y pasillos como las estudiantes interesadas en el análisis de contenido se le pegaban al profesor de inglés por ser tan joven y ostentar un rostro de Adonis de colonia residencial. A ella, a mi Fiametta, le preocupaban más los secretos del reportaje que las burlas de sus compañeros que nos ataban tarareando y silbando el tema de *Love Story* (con Alice MacGrow y Ryan O'Neill) cuando nos veían juntos por los espacios de la Facultad o en la fugaz consulta, con el escritorio de por medio, al terminar la clase. Por supuesto, yo les toleraba la bromilla y aun a veces se las rebotaba sugiriéndoles que envidiaban mi suerte, mi magnetismo, mi *charme*, o bien, que envidiaban en ella su fortuna de Sunamita o la de ser —parodiando al enamoradizo y malogrado Bellini— favorita del rey. Al fin, todo era broma y la libertad se enseña y se conquista ejerciéndola. Ellos la practicaban con su leve mofa; Fiametta la ejercía mostrándose ajena a prejuicios al buscarme y platicar conmigo.

A pesar de las mutilaciones que padecía mi carácter, un día, de algún rincón recóndito arranqué voz para invitarla a platicar de lo que ella quería, de los géneros periodísticos. Lo haríamos en la cafetería de la Facultad. En esos momentos mis aspiraciones no podían ir más allá aunque mis apetencias cargaban la potencia de desbocarse como las de cualquier joven de la edad de ella. Pese a que estas convivencias de alumnos y profesores con los brazos descansados en las mesas menesterosas de superficie porcelanizada eran comunes, las bromillas persistían; nosotros no las desestimulábamos. Yo comentaba con los burlones, refiriéndome a Fiametta, que al fin me había encontrado quien aspirara a compartir mis cheques quincenales. Ella, aparentemente ignorando mis comentarios o para ser discreta, sentenciaba que los prejuicios ensucian la libertad y el corazón. Claro que la mayoría de nuestros comentarios los articulábamos de manera que indujeran a la risa cómplice.

Buscó una mesa más o menos aislada. Lo que nunca había hecho, ni siquiera en el apartamiento cómplice de mi casa: posó una de sus manos, sedosa palomita, en mi brazo descansado sobre la mesa. En sus ojos danzaba la luminosidad de una urgencia. Voló la palomita sobre mi epidermis para llevarla del brazo a la mano mía. La pareja quedó bien ayuntada.

—¿Se acuerda lo que le pregunté ayer? Lo que le pregunté de que si se vería muy mal que una joven etcétera. Bueno —usó esta muletilla que me sonó a cascabel y arpa, a solemnidad y apertura; era la fanfarria que me auguraba un verano opimo y un otoño dorado—, me voy a casar con un hombre mayor.

En sus ojos cintilaban destellos de felicidad y picardía. Mientras yo me acomodaba en un nicho de felicidad cósmica iluminado por la fusión que convierte la ilusión en realidad agregó: voy a tener un hijo del director de la revista. Quería platicarlo con alguien.

TRÓPICO DE CUCARACHAS

Para Édgar Valencia

El desempleo lleva a situaciones insólitas pero no irracionales. En el perro mundo y en el mundo donde la precariedad y la opulencia, la necesidad y el sibaritismo se encuentran, los humanos comen escarabajos, murciélagos, monos... Como en esta ciudad las cucarachas son enormes, tamaño volkswagen, gigantes, casi reses, se podrían industrializar para banquetes. De algunas partes son duras, pero un empresario con iniciativa/ deshidratadas/ trituradas/ molidas/ en ciertas salsas. Las otras partes, las linfas, los tejidos linfáticos, una suavidad/ y de sabor/ Omnívoras. Lo engullen todo. Hasta papel de esmeril. Todo. Eso quiere decir que son antropófagas. O cucarachófagas —cucarachofagas, si no clavas la tilde esdrujulante—. Las cucarachas también comen cucarachas. Lo he visto. En este oficio se ve de todo. Soy periodista. ¿O era? Las he observado banquetearse con sus semejantes, atracarse sin conmiseración ni asco, disputar los despojos de sus similares con los asqueles.

Yo no sabía nada de esto: cucurachofagia, blátidos, ortópteros, piretrum, bórax, ápteras, asqueles cucarachófagos. A mí me interesaban la extensión máxima de la entrada en la noticia, los tipos de acentos en el español, los géneros periodísticos y la invención de la imprenta, pero la *Blatta orientalis*/ blátidos y blatarios/

Llegué de un lugar donde las cucarachas no son un amago para los nervios deleznables sino un requerimiento del equilibrio ecológico. La cucaracha es un memorándum de la naturaleza para recordarnos que el ser humano es el rey pero tiene fronteras y las resiente en el pensamiento. La sobrepoblación,

las partes altas, hasta que las alcanzaba mi escobazo, mi periodicazo o la maternal noche suave y cómplice, consentidora de sus nuevos recorridos.

En eso coincidía con ellas. Mis hábitos se volvían noctámbulos. Prefería llegar a la casa con la noche muy madura, o leer hasta muy tarde, o ver películas o programas de la televisión hasta aburrirme las nalgas, el lomo y las costillas. Eso también me permitió descubrir de las cucarachas actividades, caminos, espacios que quizás con poca vida nocturna habría tardado más en conocerles, apreciarles. Para empezar, las gigantes tenían como ruta obligada el techo de mi recámara cuando se encaminaban hacia el sitio que les resultaba tal vez más atractivo y del cual sería umbral la ventana. Con cinismo de cautela, sobre la albura del cielo de yeso blanco peregrinaban las rinocerónticas con su tridimensionalidad hiperbolizada por la sombra hijastra de la luz eléctrica. No pocas veces, mientras leía antes de dormir, las vi cruzar aquellas alturas deslizando su cinismo y su cautela sin respetar la gravedad de la tierra. De pronto me sorprendía atento, esperando que apareciera alguna. A veces el instinto mío acertaba y al rato las veía desfilar rumbo a la ventana. Otras veces creía que la percepción me engañaba pero eran las cucarachas las que lo hacían. Mi atención rastreaba el techo y las paredes, aristas y manchas, todo, inútilmente. Seguía leyendo. Luego, de pronto oía su rascar abrasivo, su raer al avanzar o acomodarse en algún lugar inexpugnable para mi vista. Sin embargo, también no pocas veces las esperaba me desesperaba esperándolas, me enfadaba, esperando que vinieran. No llegaban y el sueño desacompasado, arrítmico, trastrocado me renacía. En muchas noches, más de las que luego podría recontar, una o más veces el instinto me desertaba, las veía o no las veía, pasaban o no pasaban. Recuerdo que mirando mis piernas peludas, mi sexo relajado y el libro en las manos, decidí que debía aceptar que ése era el camino de las cucarachas y que no debía permitir que con su tránsito ahuyentaran mi apetito de dormir.

No sé si esa consciente decisión me armó de una tolerancia que fue más allá de donde en otra circunstancia habría aceptado. De cualquier manera, la larga ristra de días calurosos —o quizá deba decir noches— hizo que aceleradamente fuera acumulando experiencias con las cucarachas. De pronto ya me había dado cuenta de que los azulejos, las porcelanas, los plásticos y hasta los espejos y los metales cromados del baño servían de predio natural a los paseos nocturnos de los especímenes blatarios. Sufrí mucho para vencer la aversión a sentarme en el rodete del excusado después de que los vi paseando y husmeando sobre la superficie. Para llegar a asentar mis asentaderas con confianza en el asiento hollado por los animalejos pasé por el pequeño esfuerzo de gastar tiras y tiras, rollos y rollos de papel sanitario con el que lo cubría para que aislara mi piel de sus rastros. Lo falible del sistema —el papel se movía, buscaba mejor destino, se despeñaba al sentarme— me indujo a otro: anegar con alcohol el rodete y prenderle fuego purificador cada vez que iba a sustentar mi nobleza; otro más: gastar sólo un poco de rollo para restregarlo por las indudables e imperceptibles huellas. A los pocos días, quizás porque es cierto que a todo se acostumbra uno, ya ni esa prevención me concedí. Lo que no mata, refuerza.

Pero sin salir todavía del baño, la naciente relación con la presencia blátida fue aportando vivencias conspicuas. Al principio fueron desagradables, puedo decir que algunas muy desagradables como la de ver a las cucarachas hurgando con afán famélico e imbécil entre las cerdas de mi cepillo de dientes. Imbécil, digo, porque siempre lo enjuagaba bien y sé que no le dejaba el más mínimo residuo de comida, pero también porque si lo que les seducía el apetito era la fragancia de la pasta dental, allí tenían el tubo donde las llegué a ver atracarse, refocilarse, por mi mala costumbre de no taparlo. Así que días y días, meses enteros las cucarachas y yo compartimos la fresca intención aséptica de la crema dental, el profiláctico contacto de las cerdas del cepillo dentífrico. No acostumbraba tener un

Cómplice en la broma, digo, no en la verdad que nuestras palabras contuvieran. Lo más probable es que a nadie le pasara por las entendederas que entre Fiametta y yo, entre sus diecinueve y mis cuarenta, pudieran volar cupido y sus flechas. ¿Quién iba a pensar que yo me atrevería? Ni yo mismo podría pensar en atreverme con una invitación a vernos en un lugar ajeno a la Facultad; a que se presentara en mi casa para continuar las consultas sobre los géneros periodísticos y el oficio de John Reed.

Yo alternaba el diarismo de consumo cotidiano, el de reportero que llena espacios dejados por la publicidad y refritea boletines pergeñados en las oficinas de prensa o de "comunicación social", con las clases de literatura en la Facultad. Para enfrentar a los alumnos de las materias de literatura ostentaba una formación empírica de lector más o menos; con ella gané la oposición. Para el trabajo en el diario me sabía —la soledad prolongada da oportunidad de aprender muchas cosas en los libros— desde los clásicos de la práctica como Fraser F. Bond, Granados Chapa, Leñero y Marín, hasta teóricos como McLuhan —lo sigo admirando por su resplandor expositivo y su inagotable profecía—, Chomsky, Mattelart, Enzensberger et al. De allí la amorfa admiración de los estudiantes que en algunos casos —el caso de Fiametta, por ejemplo— se convertía en abominable pragmatismo.

De eso me aproveché. Mi biblioteca de medios se magnetizaba con la suficiencia de títulos, la ausencia de trámites para tener en las manos los volúmenes, y la elasticidad inevitable de un carácter débil en el préstamo de libros. Fue el imán. Finalmente sí me atreví a invitarla a ir a mi casa para que socavara la bibliografía y para que me consultara sobre géneros periodísticos y práctica del oficio. Como si desde tiempo atrás hubiera estado esperando la invitación, con una sonrisa agradecida y seductora que le adornó la joven cara aceptó. Convinimos el momento en que llegaría a mi casa. Para no hacerle tan mala impresión con el desaliño del jonuco de soltero, de

urgencia extraordinaria convoqué a la señora que me hacía el aseo una vez cada semana. Sí pudo. Acudió. Le encargué de manera especial ciertos arreglos que antes no me di la molestia de ordenar y que ahora sentí la necesidad de contemplarlos como quitar el sarro en el fregadero de trastes, desempolvar el filo de los ventanales, desaparecer con un trapo saturado con la mezcla de agua y alcohol las sebosidades del sofá y los sillones de la sala y cosas así.

La ilusión de ver a Fiametta en mi escenografía doméstica y en una atmósfera ajena a la trizada por las relaciones maestro-alumna me resaltó lo acertado de esos detalles pero también me gritó que mi vida de soltero había venido tolerando cosas que unos ojos forasteros, sobre todo los ojos de una alumna de diecinueve años deberían muy justamente censurar. Las cortinas alardeaban su envejecimiento, las puertas del clóset exigían esfuerzo para ser manejadas, los focos resplandecían sin alguna pantallita de buen gusto comercial; me había despreocupado de la huella que deja en los cuadros el aparato digestivo de las moscas.

Menudencias como esas me asaltaron muchas pero al fin no pude más que oponer mi indolencia a su aluid. La mirada joven, generosa, de Fiametta, dejaría que predominara la admiración al profesor sobre las delicadezas de una visita fugaz. O tal vez no tan fugaz, pero a cambio tolerante, sonriente y placentera. No me cabían las ilusiones, de tan voluminosas, aunque tampoco otro tanto los recelos. Sin embargo la experiencia de muchos años de trato con los jóvenes me convencía de que debía confiar en la comprensión de Fiametta y en mi buena suerte. Si había aceptado... De cualquier manera decidí materializar mi ilusión y mi delicadeza de dinosaurio con unos claveles rojosangre. Alegrarían la casa, le darían algo de amabilidad y hasta de romanticismo

—¿Siempre tiene flores?

—Todo el tiempo.

—Son hermosas. Alegran todo.

He de suponer que suponía que las flores alegraban mis rutinas de tropa del periodismo, de escrutador de altas resmas de exámenes escritos, de amigo ignoto de Chomsky y John Updike, de adorador de la herencia legada desde Saint Colombe hasta Stravinsky, en fin, rutinas de enajenación estética, fuga y soledad.

Pasó con suavidad su tacto por los filos de los pétalos y la sedosidad de las corolas.

—Son seductoras.

—¿Seductoras?

La sorpresa que le causó la palabra, por alguna razón que no encuentro, la iluminó de tal forma que resaltó su arreglo de cosméticos y ropa. Pensé que se había acicalado para la cita. Hasta se había procurado un halo de fragancia madura y dulce, de las costosas, no de las que se venden de casa en casa o en demostraciones domiciliarias, como utensilios de plástico para cocina.

—Sí, que fascinan —usé el verbo con dolo inocuo: fascinum = falo, en el viejo Lacio. Una aclaración más: si consultan su enciclopedia o su internet se darán cuenta que este no es un obsceno juego de palabras. Aunque para divertirse pueden tomarlo así. Lacio, con mayúscula—. No pasan desapercibidas —seguí— y hacen que al menos por unos segundos olvide uno la vida. Por lo demás, no me creas lo que te dije de que siempre tengo. Realmente las compré por tu visita, para que escondieran lo viejo de las cortinas, lo sucio de las paredes y las cosas, el descuido.

—Yo lo veo todo bien.

La invité a sentarse en la mesa del comedor. Le traje libros. Con temor y delicadeza —con la delicadeza que impone el temor—, haciendo una cosa y deseando la contraria me acomodé en la silla de enfrente. La alumna se clavó en algún tomo mientras desde mi lugar frente a ella me ubiqué a su espalda, le pasé con dulzura la mano por el pelo suave y aún húmedo del baño. Luego puse mis manos en sus hombros y le besé la

cabeza. Con un movimiento oblicuo de su cara ella buscó mis labios.

—Fiametta.

Desde mi lugar frente a ella musité la palabra para huir de mi decepción por la certeza de que no haría lo que había imaginado. Ella se desprendió con educación y feminidad del libro que leía.

—¿Cómo dijo, maestro?

—Pensaba en voz alta. Fiametta. Dije Fiametta porque no recordaba el nombre de una de las mujeres de Boccaccio y de pronto me llegó a la mente. Así es. Me lo recordaste y lo pronuncié casi en voz alta.

Como si nada la hubiera interrumpido volvió al libro y yo metí los ojos en otro para fingir que leía mientras imaginaba, construía situaciones similares a la inventada unos segundos antes. Más tarde la ilustré sobre cuestiones de periodismo. La clepsidra destiló aridez durante el resto de aquella entrevista. Entre los deberes encontramos tiempo para que me platicara que su papá, amigo del director de una revista importante —en la que por cierto yo había publicado varios artículos— consiguió que la dejaran escribir allí, sin paga pero con espacio disponible de acuerdo a la calidad de los textos. Esto favoreció que nos viéramos más frecuentemente fuera de la Universidad, es decir, en mi casa. Ella necesitaba saber más, consultar más.

Por otro lado, en la Facultad nuestra relación continuó igual con las bromillas de sus compañeros que insistían en fingir que existía un romance entre Fiametta y yo. Todos nos reíamos. No era ridículo, sino improcedente. Lo improcedente facilita la broma porque su esencia es lo irregular, lo grotesco, lo ilógico, lo anormal, lo caricaturesco, lo Quasimodo.

Cada vez que acordábamos que ella acudiera a mi casa —y las ocasiones se volvían más frecuentes y tendían a ser más largas en vez de acortarse— yo le encontraba mayor sentido a

la rasurada y al baño cotidianos, a la selección de la ropa de cada día, a la apariencia del universo doméstico. Como si fuera una ama de casa comprometida con su destino, yo cambiaba de lugar los muebles por el solo placer de hacerlo. Ahora sí procuraba tener flores frescas cada vez que Fiametta venía. Ella se mostraba más a gusto en mi pequeño mundo. Era natural, tenía que crecer la confianza, ya llevábamos meses de estas convivencias. Subía los pies a los sillones, caminaba descalza, con total familiaridad y juvenil ímpetu atacaba los contenidos del refrigerador. Recataba menos su entrepierna, le preocupaba menos hasta dónde se le subía la minifalda mientras permanecía sentada.

Yo aprovechaba con mayor decisión las flexibilidades de los horarios de trabajo. No sólo me permitía llegar tarde, sino que dejé de asistir al periódico algunas veces con el fin de alargar las lecciones domiciliarias, las charlas, las posibilidades de ir más allá de los géneros periodísticos, ir hasta una caricia cautelosa, una sonrisa equívoca que a la vez significara algo y proporcionara una coartada a mi espíritu pequeño.

Para entonces nuestras citas —ya no podía llamarlas sesiones de consulta—, eran demasiado frecuentes y por demás prolongadas. Me atreví a pensar que Fiametta me amaba y que la alumna, naturalmente, no podía decirlo ni demostrarlo al monolito magisterial por no cascarlo con flaquezas juveniles. Yo, no sólo no podía ayudarla a confesarlo, tampoco podía decirle que estaba imprudente, previsible, aunque no desesperanzadamente enamorado de ella. Para entonces, ya lo sugerí antes, nuestras entrevistas incluían largos paréntesis de confidencias afectivas. Así yo tenía que saber que ella se había enredado en amores, desencantos, ilusiones y desilusiones *con jovencitos*. Me pareció que pronunciaba estas últimas palabras con timbre connotativo a mi favor. Yo qué podía decir de mí, a mi edad, soltero, sin acumulación capitalista, obligado a la discreción y a la sensatez. Sin embargo, ahora me sentía como de veinte, no, como de veinticinco años.

Pero un día no llegó a la casa como habíamos convenido. Cuando luego de más de dos horas de esperarla me convencí de que no vendría, de que no podía existir razón para que no me hubiera avisado por teléfono, salí hacia el trabajo. La luz del día se me echó encima con agresividad de leona, las cosas de la calle me insultaban, no me acompasaba al ritmo de la ciudad, la superficie de la tierra era apenas una cuerda floja. La ausencia de Fiametta reinstaló al mundo el caos precursor del pensamiento racional. En mi desesperación me ganó la idea de quemar etapas. Le confesaría mi amor porque eso podría evitar una desestabilización similar al caos o un final radical que actuaría liberadoramente. Decidí confesárselo.

Al día siguiente en la cafetería de la facultad justificó su falta a la cita. Había tenido qué hablar con el director de la revista. La obligación de verlo fue tan inoportuna como ineludible. Pero a pesar del puesto de director y la edad similar a la mía aquel señor no sabía nada de periodismo, comentó Fiametta, sin duda para contentarme, compensarme y complacerme y —expresión de su pragmatismo— asegurarse la posibilidad de seguir disponiendo de mis libros y mis enseñanzas. Me contó cómo lo apabulló recitándole mucha de la teoría de los géneros que conmigo había aprendido. Se les fue el tiempo en eso. No se dieron cuenta de que se hacía tarde y ya no pudo llegar conmigo ni hablarme por teléfono. Le pareció que de cualquier modo no me habría causado tanto estropicio porque como sabía, yo siempre tenía mucho qué hacer en mi casa y fuera de allí y que, al fin, luego ella tendría la oportunidad de verme y darme explicaciones, como lo estaba haciendo. Lo sentía. Yo le dije que claro, no tenía de qué disculparse. No me sobraba en qué ocuparme. Aunque prefiero preocuparme por [illegible] añadí con no sé qué arrojo y con un tono entre chantajista y donjuanesco; más aún, doloridlo y vengativamente equívoco. Ella se ruborizó. No dijimos más.

La siguiente vez en mi casa yo me encontraba con el talante [illegible]rado, plúmbeo por mi incapacidad para avanzar hacia los

diecinueve lozanos años (lozaños, los años) de Fiametta. ¿No estaba solo? ¿No me veía sin futuro como profesorcillo sin futuro? ¿No me conformaba con la rutina de reportero mediocre? ¿No me satisfacía con sólo pagar de vez en cuando una puta que me hiciera precavido sexo oral para torear el sida? A veces el ánimo es gaviota blanca, alegre, ligera; a veces es lombriz de jardín extraviada en pavimento ardiente de verano.

Cuando Fiametta llegó me abandoné a una disposición lúgubre. Quiero decir, no procuré dispersar mi aura de fatalista. Era una actitud suicida: un espíritu lóbrego en un adulto repele a un joven o a cualquiera. Creo que en el fondo yo pretendía asustarla, ahuyentarla, impresionarla negativamente para que se acercara más a mí. Quería provocar en ella la iniciativa que yo no podía blandir. A la vez quería perder la relación con Fiametta tanto como mantenerla y volverla amorosa y plena.

Me abandoné a lo que viniera. Ella llegó metida en ropa juvenil y veraniega, inconscientemente provocativa y conscientemente usada con el pretexto de la torridez; su espíritu opuesto al mío. Venía, según creí yo, con la alegría y la despreocupación que nacen del candor. Me pareció que cantaba al saludar, al comentar esas cosas triviales que se suceden tras el saludo, en el reajuste que requiere el reencuentro, sobre todo cuando, como ocurría, se emparejan dos talantes distintos. Al ver la frescura de su juventud y la lozanía de su espíritu me pregunté qué iba a hacer yo, qué iba a decir.

Ella fue quien habló, y lo hizo de algo entre nosotros. Así fue. Después de disponer los objetos del rito en que habíamos convertido nuestras citas y que consistía en acercar a la mesa manuales de periodismo, tomos de teoría de la comunicación, diccionarios, hojas y enseres de escritura, yo me parapetaba en un libro abierto. Entonces ella habló:

—¿Se ve muy mal que una joven se case con un hombre de mucha edad?

No supe qué decir, qué pensar. ¿Se puede pensar o decir algo en los umbrales del Nirvana? Permanecí escondido en el

libro mientras organizaba una respuesta, la adecuada, la conveniente, la que no me revelara más pazguato de lo que ya había sido. Sin duda el rubor me había alterado el rostro. Mucho tiempo pasé deseando que ella blandiera la iniciativa y ahora me parecía estúpido no haberla esgrimido yo. Mascullé y escupí balbuceos para que Fiametta no se desesperara con el retardo de mi contestación a su pregunta. Algo vio en mi continente, el fuerte rubor, supongo. No quiso prolongar mi sin duda infortunada situación. Se puso de pie y salió. Yo pasé de la dubitación a una extraña serenidad que preludió en mis vísceras una aurora de gozo. Apenas oí sin distinguir los formulismos de su despedida. O los inventé. Una placidez nimbada de incredulidad me derramó en una silla. Estaba en el umbral de mi felicidad amorosa. Era increíble.

Al día siguiente la encontré en la Facultad. De nuevo la iluminaban su ánimo alegre, su espíritu lozano, su ropa ligera y escasa por todas las partes visibles. Quiero decir, una camiseta que le colgaba de los hombros con hondísimas curvas columpiadas bajo sus axilas incitantes, sobre su pecho fresco, en la tersura de su espalda; y una minifalda como todas, desinhibida.

Casi me jaló hacia la cafetería, si no con las manos, sí con la actitud. Le urgía decirme algo. A mí también. Yo llevaba dos o tres ideas claves, más para inducirme el valor de confesarle mi amor que para convencerla. Después de la pregunta del día anterior ya sentía a Fiametta conmigo para el resto de mis días; para, como habíamos bromeado, compartir con ella mis quincenas y, sin broma, desterrar mis malas costumbres de soltero, la primera de ellas, serlo. Todo empezaría bien, desde arriba. Fiametta se me había acercado. A mí ella me agradó desde que empezamos a tratarnos y secretamente dejé transfigurarse la cercanía inicial, el afecto creciente, en enamoramiento inconfesado. En verdad, para entonces ya estaba yo completamente enamorado de Fiametta. Cómo habría podido evitarlo con toda mi soltería involuntaria, mi iniciativa balbuceante, mi casa sin mujer. Y ella, con su juventud.

nando. ¡Polvo de avión para las cucarachas!, gritaba. ¡Polvo de avión para las cucarachas!, me asusté. El polvo, entonces, elevado por el viento y suspendido al alcance de nuestras narices y nuestros pulmones y nuestra precaria humanidad era el insecticida con el que aviones fumigan los campos cultivados cuando padecen la infestación de plagas/ el mismo polvo ulcerador, cancerígeno. Peor que las cucarachas. De cualquier manera el viento, los automóviles, las escobas, la inconstancia lo desaparecieron pronto. Olvidada la inutilidad del intento, lo repetirían los vecinos el siguiente año. Para nuestra desgracia lo hacen aún.

Otra forma de lucha colectiva contra las cucarachas consistía en levantar las rejas y tapas de las cloacas, atarjeas y alcantarillas, embozalarlas con un plástico y así amordazadas volver a colocar tapas y rejas. Hay que imaginar los ejércitos de blatarios que emergían de allí para explicarse por qué los vecinos recurrían a esa acción inútil de amordazar las bocazas del drenaje. Seguramente pretendían por lo menos reducir un poco las invasiones nocturnas de los territorios domésticos.

Durante los primeros días después de que descubrí que, ignorándolo, vivía estrechas relaciones con las cucarachas, yo también las combatí dentro de mi casa. Usé muchos cucarachicidas. Todos resultaban más o menos eficaces. Los aplicaba antes de acostarme. En las mañanas innumerables cadáveres y agonías moteaban los planos, en la noche siguiente parecía que en la anterior no había muerto ninguna. Pululaban más que en el libro de Henry Miller, miller de especímenes blatarios. Miller, milles, miles. Un verdadero trópico de cucarachas. Para volverse loco.

Como se ve, la sofocada omnipresencia de las cucarachas debía tener a la población en psicosis, en esquizofrenia, pero nada. Acaso la inutilidad de tanta lucha/ la omnipresencia/ Ni el polvo de avión ni cucarachicidas específicos/ Para ponerse psicótico. Empecé a tropezar con motivos en los periódicos/ de psicosis, digo. La tira de Guinnes Publishing Ltd. ilustrada

con el respectivo dibujo y exhibiendo la previsible horrenda sintaxis del traductor informaba:

"Uno de los grandes sobrevivientes de la tierra es la cucaracha, la cual se sabe que ha existido por más de 300 millones de años. Alrededor de 3 mil 300 especies de cucarachas (*Family blattidae*) están distribuidas a través de todo el mundo hoy".

Los treses las infinaurian.

Por otro lado, para mi psicosis, o más bien para mi cultura de las cucarachas, mi culturacha, cucacultura, cucurachaltura, rachacuca rachacuca rachacuca rachacuca racha, una nota de divulgación científica traía en la prensa diaria que él doctor Peyton Eggleston, Director de Alergología del John Hopkins Hospital de Nueva York había dicho: "Recientemente los investigadores identificaron a un nuevo alergeno particularmente problemático en las áreas urbanas: la cucaracha. Más de un 40 por ciento de los niños con asma que viven en los barrios marginados son alérgicos a las cucarachas, y el volumen de este alergeno en esas zonas es especialmente elevado".

No es todo. Con meticulosidad científica el doctor Eggleston precisaba el origen de la maldad involuntaria —el adjetivo solidario es mío— de las cucarachas: "Es una sustancia llamada *frass*, presente en la saliva, las heces y partes del cuerpo del insecto. El *frass* se adhiere a las alfombras, la ropa de cama, los muebles y el aire de la casa. De modo que no basta con matar a las cucarachas: toda la casa debe ser limpiada de sus restos." Así pues, que es más elevado para el espíritu, sufrir los golpes y dardos de la inconstante fortuna con las cucarachas o alzarse a sabiendas de que es lo mismo matar o no matar(las).

Las deformaciones del oficio —o sus virtuosismos— me pusieron a coleccionar datos interesantes de los blátidos. Se reflejaba —con tanto espacio que se les dedica en los medios— una sorda guerra mundial contra las cucarachas, las pobres ortópteras que finalmente/ El año del quinto centenario del descubrimiento de América por Colón, a los cinco siglos de que el gran Almirante llegó a la parte occidental del trópico

de cáncer. un australiano inventó un cucarachicida que asa a los pobres animalitos. Ese año, el uno de abril la prensa informó con inoportuno sarcasmo que un granjero inventor, granjinventor australiano, patentó —cito textual— "una trampa electrónica en la que el feo (sic) y desagradable (sic otra vez) insecto atraído por un cebo durante sus paseos nocturnos por la cocina, es rostizado por 6 mil letales voltios".

(¿Hay letalidad junto a un múltiplo de 3?, me pregunto).

El lamentable humorismo de la nota periodística, perceptible sobre todo en el bárbaro vérboro "rostizado", por asado, se completa con el del sesudo granjinventor Greg Jefferys, de Brisbane, quien declaró: "Las cucarachas son glotonas increíbles y esa es su perdición. Son atraídas a la comida especial en la máquina y se quedan en un solo lugar hasta que terminaron de comerla. Sus antenas tocan el plato superior, sus patas están en el interior y zzzrechhh. Cucaracha frita".

Es de imaginarse el éxito de ese odioso instrumento similar a la silla eléctrica, artefacto espeluznante y asqueroso, para usar palabras del tal Jefferys, quien comentó: "Todos (¿todos?) odian a las cucarachas y ellas parecen aumentar su población en todo el mundo. Realmente son lo más espeluznante y asqueroso". Espeluznante y asqueroso tu invento. Y además caro. Salió con un precio de 99 dólares (Hermes el hermético sabe por qué reaparecen los múltiplos de 3) Y todavía le dieron el premio de "Inventor del año". Uf. Todo un asesino. Sobre su conciencia lleva un holocausto: "Una prueba redujo la población de cucarachas en un noventa por ciento en sólo seis días", dice la cola de información sin que ser humano pueda hacer algo contra el metafísico designio del múltiplo y su cifra (3, 90, 6). Me consuela el pensamiento compensatorio de que el diez por ciento sobreviviente se puso a restablecer afanosamente la ecología en afanosos himeneos y meneos.

Por mi parte, en mis mejores (o más bien peores) tiempos de cucarachicida, encontré que el más efectivo ídem era el "Maravilloso Gis Insecticida» (Miraculous Insecticide Chalk)

que fabrica la empresa Yia Li (Jia Li), en la República Popular China (oh, la roja y añorada China de Mao). El miraculous chalk de veras actuaba con eficiencia cucarachicida. Antes de acostarme en la noche trazaba con el gis las rayas exterminadoras y a la mañana siguiente encontraba que habían perecido muchas; perturbadoramente, en la noche siguiente parecía que no había muerto ninguna. Pero la mortandad de animalitos de veras que sí/ el miraculous chalk, de cajita amarilla. Su eficacia me aterrorizó. ¿No estaría envenenándome, provocándome un cáncer? Rápido me puse a traducir las instrucciones ("Direction for use"), que, como se ve, envolvían en inglés al gis maravilloso.

Armado con dos pocket books inglés-español me lancé al trabajoso lance de traducir la hojita de direction for use impresa en auténtico papel de China. Obviamente, igual que en el caso del cucarachicida australiano, primero se vanagloriaban de la eficacia. Traduje, deduje, acepté incapacidad, me enteré de algunas cosas y finalmente me resultó fácil decodificar lo más necesario: el cucarachicida maravilloso proveniente de la República Popular China no produce contaminación. Es inofensivo para la vida humana y animal, por supuesto exceptuando la de cockroach y ant, lice and flea. Basta lavarse las manos con agua después de blandir el gis. (The chalk will not produce pollution. Harmless to human being or animal. Just wash your hands with water after handing the chalk).

Podía dormir tranquilo. Las líneas cucarachicidas que trazaba en las noches no actuaban contra mí. El polvillo de miraculous insecticide chalk procedente de la RPCh que los vientos nocturnos llevaran hasta mi nariz y toda mi piel me resperaría.

Sin embargo —el instinto es el instinto— no faltó la noche en que mi sueño dificultoso —por la falta de empleo asalariado con el cual granjearme la comida— fue cortado por un impacto de sonido extraño. Por lo caluroso de esta ciudad nimbada por el Trópico de Cáncer dormía desnudo y descubierto. Impulsado por el instinto —no por la razón, que a veces es más lerda—, me enderecé. Una de las de cinco centímetros

trastabillaba dificultosamente en mi abdomen. Mientras la razón y el instinto forcejeaban supe que no era tan lamentable el contacto con las cucarachas. La estaba dejando hacer círculos sobre mi panza velluda. Pero los pelos no la entorpecían, sino algo que traía dentro. The insect's nervous system will fair to function and it will die... dice la hojita china de papel de china impresa con las instrucciones para usar el gis. Me puse de pie para que cayera al lado de la cama. Allí siguió haciendo los círculos que su sistema nervioso vulnerado le imponía como danza macabra.

Pese a todo —prejuicioso que es uno— por aquellos días decidí pasar insomnios y sueños sentado en la cama, recargado en la cabecera. Así ofrecía menos superficie a la caída de las cucarachas que caminaban por el techo en busca de la vida inmensa desplegada al otro lado de la ventana de mi recámara. El maravilloso gis destrozaba su sistema nervioso y en el sofoco de su agonía en línea recta buscaban la vida hasta que el cucarachicida las obligaba caminar en círculos y al fin morir con la panza para arriba. Decidí prescindir del maravilloso gis, no para que dejaran de caerme encima mientras dormía, sino porque sin él eran menos las que tenían que usar mi recámara como sendero hacia la otra vida. Las pobres.

No por casualidad en esos días me encontré otra información de prensa, curiosa y de sarcasmo cruel, como parece que tienen que ser las referidas a los inermes blátidos. El 26 de julio de 1995 se publicó que una mujer de Florida, Estados Unidos, ganó el "dudoso honor" —escribió el redactor—, de vivir en la casa con la peor infestación de cucarachas en ese país. "Tenemos que sacudir las cucarachas de las cortinas del baño para poder ducharnos, tenemos que levantar los platos en la cena para que no se coman la comida y tenemos que dormir sentados para que las cucarachas no se nos monten encima en la noche". Por la misma situación que yo pasaba/ los hechos, no la repulsión. La señora de la casa ganadora, Rebeca Lynn, gozaba el privilegio, según el humorismo de los otorgantes del premio, de hospedar en su hogar a más de cien mil de estos animalitos.

Entonces, también, leí que el último Aureliano de los cien años de soledad sabía mucho de cucarachas. En la librería del viejo catalán, a propósito de los métodos de matarlas en la Edad Media disertó y reveló que se les encuentra en el Antiguo Testamento, que una receta cucarachicida es de rebanadas de tomate con bórax y que son mil seiscientas las variedades. Yo sabía por la tira periodística de los récord Guinness que son alrededor de 3 mil 300 las especies, ya que llevan más de 300 millones de años en el planeta. (Cabalísticamente, mágicamente, se repiten los treses de la infininauridad). Otro cuadro de Guinness, en otra fecha, hacía gracejada por el dato de que algunos especímenes grandes han alcanzado velocidades de entre 4.28 y 4.64 kilómetros por hora. En el dibujo un cliente de un restaurante que ve pasar una "dictyoptera" por su mesa le dice a quien lo atiende: "Camarero, ¿qué hace esa cucaracha en la mesa?" El camarero responde: "Unos 4 kilómetros por hora..."

Como se ve, ya para entonces me encontraba muy familiarizado con ellas. Observarlas me sacaba de la preocupación diaria del desempleo y la subalimentación. Aparte de verlas caminar por mis superficies epidérmicas —no había relatado que ya las procuraba y las montaba en mi cuerpo para darles algún placer premortuorio—, ya no me enfadaba verlas hurgar entre las cerdas de mi cepillo dental, tampoco me inquietaba mirarlas empeñadas en meter su hocico bajo la falda de las tapas de las cocas; acepté que se posesionaran de la estufa, los trastos; que caminaran por el jabón del baño y que deambularan por cualquier área de la casa. Lo que todavía me conmovía un poco era sentir cómo las aplastaba involuntariamente con el pie, al calzarme los zapatos. Seguramente se metían allí a morir y con las puntas de mis dedos, sin querer, las remolía remataba en los detritus color café de su agonía; igualmente, los zapatos que dejaba de calzarme un tiempo los usaban como

cripta. Tomé la costumbre de sacudirlos antes de ponérmelos para no macerar sus venerables restos.

Mi actitud, como se notó, había cambiado. La impiedad del mundo que no me ofrecía un empleo, adentro de mi casa se convertía en piedad para los blátidos. Porque ya había ido a la paupérrima biblioteca municipal a consultar en sus chafas enciclopedias y me había encontrado que la criatura a la que nos hemos venido refiriendo se llama *Blatta orientalis*, familia de los blátidos o blatarios; que es omnívora (cucarachófaga, anoté yo); el macho vuela y la hembra no. Por supuesto, hasta incluían recetas exterminadoras, exterminarachas.

Un texto más de prensa decía que se pueden combatir con 8 onzas de ácido bórico en polvo, media taza de harina, un octavo de taza de azúcar, media cebolla chica picada, un cuarto de taza de manteca o grasa de tocino y suficiente agua para formar una pasta suave. Se mezclan el ácido bórico, la harina y la cebolla; después, dictaba el redactor de la fórmula cucarasesina, "acerme la manteca y el azúcar y añada la mezcla". Se bate bien y luego se añade el agua hasta formar una pasta suave. Se elaboran con eso pequeñas bolas y se ponen en las áreas propicias para las cucarachas.

Otra columna decía que las blátidas se combaten espolvoreando piretrum, bórax y azufre en los lugares infestados; también con pasta de fósforos y fluoruro de sodio. Sin embargo, la *Blatta orientalis* sería la especie procedente de la India, porque existen variedades de procedencia igual de exótica que, por cierto, yo ya conocía. Por ejemplo la de nombre glamoroso que lleva a pensar en una cucarawalkiria: *Blatella germánica*, vulgo "cucaracha alemana" o "rubia"; walkiriacha. Las legiones de éstas se uniforman con librea dorada; de allí el nombre. Pero otra de apelativo restallante es la *Periplaneta americana*. Es de color amarillento y gran tamaño; aunque ninguna como la de librea oscura, la de cinco centímetros, la de mi trópico.

La cabeza, pues, se me atiborró de blátidos, blatarios, ortópteros, dictiópteros, filiformes, ootecas, élitros. Las cucarachas me entraban por los ojos, por los oídos, por el olfato, por el tacto (es decir, aunque no es un decir: había inventado el juego de ponerlas sobre mi cuerpo desnudo) y aun por la boca/el gusto, digo. Literalmente. Literalmente, digo, aunque esta palabra sugiere más bien ingerir a las blátidos con los ojos y yo he dicho que por la boca, literalmente. Las cucarachas son omnívoras, se recordará, lo que implica cucarachofagas. No por la falta de empleo y consecuentemente por la falta de dinero, debo aclarar, sino por eso, porque son omnívoras, cucarachofagas y además cucarachófagas es que las convertí en mi alimento. Sobrevivo gracias a mis crujientes pero jugosos congéneres.

VIOLÍN CONCERTINO
VERA MIJAÍLOVNA

Para Natalia Riazánova
Para Ramón Shade

Las voces anónimas estallaban en la calle y subían a la desembocadura de las escaleras con su ofrecimiento imponiéndose a las del tumulto pulcro y fragante exhalado por el teatro. Carro, señor. Carro, señor. Duraban en la conciencia más que los rostros de los taxistas que las emitían. Desaparecían desvanecidas sin miramientos por la circunstancia que, rejoneada por la competencia, las hundía en la búsqueda de clientes. David no las atendió. Dejó que las palabras solícitas se disolvieran fugaces igual que las caras incógnitas que las habían articulado. Él no necesitaba un carro de alquiler para ir a su casa. Asistía a conciertos en la galería más barata del Teatro de la Ciudad pero no por eso su refinamiento lo llevaba a requerir un taxi que lo transportara acomodado sobre su displicencia en el asiento trasero o tal vez, en impremeditada camaradería, compartiendo el asiento del chofer.

Él regresaba a casa no como lo hacen los personajes de películas o novelas donde se emplazan en un restaurante para cenar, tomar café y recrear el espectáculo con la crónica gregarista. Solo, sobre zapatos gastados que le merecían poca consideración, caminaba por la noche joven entregándose a los ecos de las obras recién oídas que acudían como olas a su mente. A veces se detenía en la luz de algún escaparate o bajo una generosa lámpara del alumbrado público para releer cierto dato del programa de mano o, desde la anterior temporada de la Camerata del Estado, ignoraba los accidentes del camino y al camino mismo por llevar entre una tenue tristeza y una perniciosa resignación las imágenes de Vera Mijaílovna

con su violín, con su magia, con los resplandores de su talento y su belleza.

La trashumancia del instrumentista subyugado por la música grande y victimado por los sueldos pequeños, después de estaciones dispersas por una carrera aún corta, había traído a Vera Mijaílovna a la ciudad sede de la Camerata del Estado. Otros músicos rusos ya estaban acondicionando nido aquí. Un día de la temporada de primavera anterior apareció ella en el lugar prominente del violín concertino. Desde las butacas elevadas a las alturas satelitales de melómanos de excedente monetario exiguo, David se entregó a la doble aura de la ejecutante rusa: la argentina de su instrumento y la dorada de su temperamento, su piel y su pelo. La admiró con interés esterilizado, el de quien sabe con conocimiento de pátina espesa, que puede contemplar mundos que no le pertenecen, pero que son mundos que no le pertenecen. Pese a ello, creyó que entre los dos ya cimbreaba con imposibles notas el vínculo de la artista y el admirador del arte. Vera Mijaílovna le transmitía (bueno, transmitía a todos) el gozo que da el gozo porque ella gozaba inmensamente la música, su propia dedicación, su afortunada interpretación debida a su talento de amplios despliegues y concentraciones profundas, su capacidad para materializar las notas del oráculo más enigmático traído del arcaísmo, las del experimentador más audaz pródigo en disonancias y atonalidad, y las exhumadas de la más inmunda tumba de la más humilde víctima del destino, como era él.

Algo así —lo referido a la música— había leído semanas antes, acerca de Vera, en la crónica de un concierto en que ella actuó como solista. Sin embargo, él también habría podido escribir renglones similares desde su corazón exaltado por la música y seducido por la violinista y la mujer. A él también le pareció que cuando Vera puso su temperamento en *Las cuatro estaciones* reprodujo la música de Vivaldi con dramático estilo de personaje dostoyevskiano, pronto a la eclosión impetuosa y al embeleso interiorista; bruñó con genio y técnica los compases dionisiacos de los *allegri* y atildó con epidermis amada las tonalidades de flora tierna y cielo umbroso de los movimientos lentos. Se lo podría decir así. Se lo podría decir aún sin ninguna intención amorosa. Esas palabras que le dijera a la violinista admirada tendrían para él, espectador del asiento remoto de la fila más alta, el valor de la caricia que disfruta más quien la da que quien la recibe. Le diría que su interpretación de aquel concierto, tan fragorosa y umbría, delicada y clara, le había hecho pensar que de ninguna otra manera podía haber sido la ejecución. Con su apasionamiento de virtuosa, Vera Mijaílovna, usted transvasa fácilmente al público la emoción del creador, la intensidad vital del artista. Y el público soy yo, Vera, el espectador, el oyente que se siente vinculado con usted en ese transvasamiento de notas y pasiones.

Pero eso sonaba cursi. No fluía fríamente emocionado como el verbo de aquel cronista. Aunque podía tener confianza en que la palabra hablada es destellante y fugaz, cegadora y tan pasajera que en circunstancias como las que imaginaba no daría lugar a percibir el aliento acaramelado. Podría decirle, entonces, que la veneraba y que le estaba agradecido por todas sus interpretaciones como solista y como violín concertino; que enmarcada por el conjunto de la Camerata en los pasajes de solista o sumada al grupo orquestal sus ejecuciones lo invitaban a contemplar el infinito, sin importar que el infinito fuera sólo ese azul con miméticas volutas blancas conocido como cielo. Se lo diría. No parecía excentricidad pensar que ella tuviera la paciencia y la condescendencia para oírlo, oírlo a él, melómano con imbatible apariencia de burócrata gogoliano. Por qué no iba a hacerlo si, por la edad, a ella le habría tocado vivir aún el socialismo que con todo y todo no habría dejado de formarla en la solidaridad y la comprensión. Por qué Vera no iba a ver en él al trabajador, al asalariado, al proletario de los que desde el lado izquierdo o derecho de la realidad no pueden sino admitirse como los sustentadores del mundo. Algo de socialista habría en ella, algo de mujer distinta, susceptible

de simpatizar con las cualidades de la clase trabajadora. La ilusión desentierra esperanza del más inhóspito arcano. Podía él hablarle.

La noche en que decidió ir a encontrarla en la puerta de personal el programa no tuvo solista. Vera, en el solio cimero de violín concertino brilló en la serenata para cuerdas opus 84 de su paisano Chaikovski. Lució, aunque sin deslumbramientos —eso le diría— porque el género sólo pedía un lirismo controlado, en general *pasiones mesuradas*, si puede valer tal expresión. La serenata había vetado arrebatos al temperamento de Vera, le había impuesto una interpretación que no rebasara los litorales de un piélago sereno, de amables cromatismos. Ella —y al decírselo no lo impulsaría la adoración ciega sino la apreciación objetiva— cumplió la tarea del artista que transforma un pasado sólo latente (la escritura del papel pautado) en un presente de linealidad sensible y grata, porque la música es Física y Magia, asalto al sentido y seducción de la irracionalidad. Su disciplina apolínea y su temperamento dionisiaco se habían colisionado para estallar en la dialéctica del florecimiento armónico.

Le diría eso porque él no podía ofrecerle más que su sentimiento y su palabra (su corazón, sólo en secreto). No podría invitarla a cenar, ni siquiera a tomar un café. Realmente no la podría invitar a nada. Su sueldo de burócrata apenas le daba para sobrevivir con bastantes privaciones. Pero palabras para darle, y sentimientos, sí tenía. Allí estaban para decirle que, en contraste con la primera obra del concierto, en la segunda su arte había relumbrado. Ella había subido trasfundir al público las turbulencias anímicas del Mozart de la sinfonía Kegel 338 porque había amalgamado con ellas las suyas de intérprete para convertir las interioridades sísmicas del salzburgués en la linealidad musical donde se sucedieron matices destilados por las razones inconfesables del yo, iluminaciones de las áreas extrovertibles, sentimientos arrebatados y arrebatos sublimados.

Sus destellos de violinista se habían fundido con el frenesí expresivo del compositor en el *allegro vivace*. Había comprendido el elegante trenzar de hilillos dulces y sutiles (especialmente ella, entre todos los violines), en el *andante di molto* y la reiteración del furor sentimental en el *allegro vivace* concluyente. Más o menos lo mismo le podría comentar sobre su desempeño en la *Suite Saint Paul*, de Holst, aunque tendría que añadir que había resuelto con el mayor refinamiento el lirismo profundo y contagioso del concertino del cuarto movimiento. ¿Se lo podría decir él, él, burócrata pobre, a la artista extranjera, aristocrática y cosmopolita?

En el intermedio, lastrado por el difuso y voluminoso peso de su decisión de hablar con Vera Mijailovna al concluir el concierto, salió al vestíbulo de la galería con el propósito de relajarse. Sin embargo, cada vez que pensaba en el futuro encuentro igual que cuando lo aguijoneaban ideas axiales, un viento seco le recorría la columna vertebral o le arrastraba oleadas de arena en la bóveda craneana. No lo habían abandonado tales sensaciones sino hasta que la *Suite Saint Paul*, la distancia entre su asiento y la orquesta y su disposición de espectador sólo dispuesto a idolatrar sin más derechos, lo enajenaron a la ejecución de la violinista convertida por la música de Holst en un vértigo de júbilo y un jubiloso vértigo. Su temperamento exultado saltaba grácil del *vivace* inicial al *presto* y al *andante con moto* para alcanzar el *allegro* final. A David le pareció que la instrumentista rusa poblaba la obra de Holst de imposibles ninfas, náyades y ondinas. No podían ser posibles. Cómo, engolosinado con la sola idea de hablarle, su mente —¿o su corazón?— había ignorado las infinitamente más abundantes y mayúsculas razones para no hacerlo. ¿No se sabía insignificante por todo lo que puede ser causa de insignificancia? ¿No era él David, el burócrata sin nada y sueldo esmirriado?

Las ráfagas de viento seco le siguieron avasallando el cráneo, le barrieron el esqueleto y le ascendieron hasta el corazón a pesar de que ella siguió brillando enajenante en el resto del

programa que parecía haber sido pensado por el director artístico de la Camerata para que la violinista resplandeciera. Las crispaciones y las distensiones de sus nervios le hicieron percibir con más pasmo que deleite la participación de Vera Mijaílovna en el *Concertino para violín*, de Blas Galindo. De todos modos no dejó de parecerle virtuosa —a pesar de lo que dijera Carlos Chávez contra los virtuosos— en la ejecución de disonancias inauditas, melodías evasivas y ritmos arbitrarios de la obra. Se lo diría, aunque el viento arenoso le desplazaba por todo el cuerpo dunas de esmeril sordo con frío de polo y urencia de trópico. Le confirmó la decisión de expresárselo —¿tal vez se la impuso?— un pálpito, una intuición, un remoto sueño al contemplarla en sus compases del *Vals triste*, de Sibelius.

Su instrumento y su talento habían servido a Vera para traer con la obra de Sibelius a la atmósfera del teatro la tristeza de un firmamento al que le hubieran borrado las estrellas, de un niño al que le hubieran escamoteado la infancia. Sin embargo, como la vertiginosidad del vals reclamaba energía, a pesar de toda gravedad y todo fatalismo, en la lobreguez hizo estallar relámpagos, sentimientos encontrados fugaces y evasivos, como fuegos de artificio. Se lo diría. Tanto *pathos* de ejecutante sólo podía albergarse en un alma desolada. Su interpretación había sido más pasional que apolínea. Su violín fue ella desde que las cuerdas se acompasaron con las redobles lúctuosos iniciales. Las cuerdas de su violín y su arco valsearon con las aciagas percusiones necrófilas y las había hecho sonar como los llamados de la muerte en la última puerta. Luego, cuando las cuerdas que llevaban una melodía funesta se convirtieron en preludio para que un grupo de ellas se adelgazara e iluminara en versos de lirismo melancólico que en seguida repetiría la flauta, las cuerdas eran ella; igual ocurrió cuando tras la flauta tomaron la voz para alfombrar la reaparición dulce y bucólica del instrumento de viento y de esa manera llegar al paroxismo del vals de Sibelius con la mayor densidad de la masa de violines, violas, cellos y contrabajos, hasta abordar los

acordes tétricos, penúltimos, antes del adiós de las cuerdas, las cuerdas que siempre habían sido ella. Se lo diría.

Ignorando la prudencia que le dictaba la razón y la razón de la prudencia se encaminó a la salida de artistas después que el teatro lo arrojó aglomerado con los aromas de mujer que va a concierto, comentarios escuálidos y breves, voces de rostros anónimos que ofrecían carro, señor; carro, señor, carro. Llevaba en la cabeza y bajo la piel como la vida lleva flores en praderas y montañas desconocidas que nadie contempla, los ecos del *Vals triste* que ni la más mínima ración de tristeza le había ministrado gracias a la emotiva interpretación de Vera. La luz que ella había irradiado desde el escenario iluminaba aún todas las interioridades de David. Cuando el viento árido intentaba alzarse bajo su piel, desde alguna zona cómplice de la memoria le llegaba la idea muchas veces pensada y reelaborada de que para Vera no habría insignificancias —y menos contenidas en un ser humano— porque procedía de un país que había sido socialista. Allá habría pasado su infancia, cuando la austeridad, la modestia, la solidaridad eran valores en la conciencia.

Ante la puerta de artistas, hombres y mujeres de edades diversas, confundidos en pequeñas grupos, recargados en los carros esperaban bajo el beneficio de las lámparas municipales. Varios de ellos eran músicos de la Camerata que ya habían salido y se dejaban ayudar con sus instrumentos, se habían aflojado o quitado el moño del cuello y habían descolgado de los hombros a un brazo el peso de la levita negra. Algunas mujeres de la orquesta llevaban ramos de flores en las manos. Un contrastante "arreglo" de rosas, gladiolas, crisantemos y otras estrafalarias especies edificado con pretendido buen gusto —vio David—, pasó de las manos de un extraño, corpulento y elegante, a las manos de Vera. El amago de simunes arenosos bajo la piel y los ecos del *Vals triste* de Sibelius lo abandonaron cuando movimientos y desplazamientos impensados e inseguros lo alejaron. Trató de que el extravío de su actuar no le

desafocara la escena de la puerta de artistas. Desde su posición distanciada y oculto en la transparencia de su anonimato miró que la violinista devolvía el arreglo floral al hombre elegante y en seguida, aumentando la luminosidad de su piel radiante y su melena dorada, una sonrisa esplendorosa le acompañó el gesto de tomar de entre las flores y los adornos una tarjeta pequeña. La ejecutante rusa leyó con felicidad y sonriendo le dijo algo al hombre. En seguida se encaminaron hacia una vagoneta familiar, resplandeciente y magnífica. El hombre le abrió la puerta con gesto casi ceremonial o tal vez lacayuno y luego arrancó el vehículo con brioso y silencioso poder. David pensó que era previsible que otro, con la misma sensibilidad amorosa y las mismas intenciones que él de estar cerca de Vera Mijaílovna, pero con mucho dinero, se le adelantara. Había sucedido. Frente a sus ojos habían actuado las flores caras, la camioneta ostentosa, la tarjetita galante. ¿Por qué él se había tardado? ¿Por que no vino antes a decirle a Vera/ Aunque de todos modos, él, sin dinero. Aunque ella, nacida y criada en el socialismo/

Después del siguiente concierto David, insignificante e incógnito, se dedicó a contemplarla enmarcada por las escenas de reencuentros y conversaciones en la salida posterior del teatro. La violinista reluía y bromeaba con sus compañeros y compañeras de la Camerata. A veces, igual que algunas de ellas, acunaba en el pecho o blandía al desgaire un formal y austero ramo de flores de los regalados en el escenario al final de la función. Mientras llegaba el momento de retirarse lo intercambiaba de manos con el estuche que guardaba su violín. Tras la convivencia de minutos, aunque en lugar de ella Vera nada más hubiera repartido sonrisas y palabras rápidas, un hombre modesto, mal vestido, casi humilde o que podía parecerlo porque llevaba siempre la cabeza hundida entre los hombros como atemorizado y sometido por la vida, la acompañaba a un carro gastado, de presencia menos austera que la del propio hombre. Serían el taxi y su taxista. No había reapa-

recido en aquellas aglomeraciones pasajeras el ceremonioso y elegante de la camioneta ostentosa y el arreglo floral estridente. Podía pensarse que había sido el chofer de un magnate que contrató el arte violinístico de Vera para amenizar una cena, una ceremonia cualquiera.

Alguna posterior noche de concierto, David se integró a la escena de quienes esperaban a los músicos en la puerta del personal y los artistas. Oyó a Vera dialogar en español y en ruso, y quizás en alguna otra lengua eslava y se entregó a las rutilancias ferozmente intangibles de la violinista. Luego se dejó carcomer las vísceras y el pensamiento por los celos cuando la miró dar al hombre modesto el estuche de su instrumento y su ramo de flores. Tenía mejor suerte el taxista. Se iba con Vera Mijaílovna. Los miró caminar hasta el carro mientras él, secreto adorador se quedaba como si estuviera esperando a alguien. El vehículo se fue. El taxista podría cruzar algunas palabras con Vera. En general son desinhibidos. Más tarde la dejaría en la casa y ella sola, desamorada, sin un amor que le dijera eres brillante, estuviste maravillosa esta noche, se despojaría de su ropa de concierto, tomaría algo, tal vez esperaría el sueño ante el televisor y luego, sola, se iría a dormir.

David se alejó de la escena con pasos acompasados por las percusiones fúnebres y las cuerdas funestas del *Vals triste* de Sibelius. Cuál era, pues, el *pathos* de Vera al interpretarlo si allí la había visto frívola, charlista, aprovechada del servilismo y la obsequiosidad de un taxista? ¿O no era pasión, sino virtuosismo y profesionalismo, arte del artista que comparece para unir al autor excelso con el más humilde público? ¿No había en ella, como en él, la vehemencia desolada y marginada en busca de comunicación con un espíritu gemelo, sino que movían su genio sólo la fidelidad al compositor y a su propio arte interpretativo? ¿Era sólo su taumaturgia —no las tormentas interiores— lo que transformaba en sonoridad hechizante los signos atrapados en las rayas del papel pautado, la voz de su violín que como nueva aurora con su resplandor sacaba del

sueño de las pautas las sonoridades dormidas? Los timbales luctuosos del *Vals triste* seguían marcando los pasos de David caminando en la noche de otra desesperanza y su ánimo se hundía en el remolino denso de la masa de cuerdas que atacaba los acordes tétricos, penúltimos, antes del adiós.

No muchos días después, David encontró la fotografía del "enlace civil" de Vera Mijaílovna en la misma sección del periódico donde aparecían las crónicas de los conciertos, las noticias de la cultura y las gráficas de bodas, aniversarias y fiestas de las vanidades. Como siempre, ella era la mayor luz entre las luces, entre las claridades apresadas por la foto. Los reflejos de una vitrina seudofina cargada de vasos corrientes y copas baratas, las luminosidades de alguna acuarela de pacotilla, la formalidad ceremoniosa de su pareja no robaban nada a los fulgores de Vera, por el contrario, los enriquecían. El novio, el hombre que había usurpado el lugar que en sus sueños, en sus fantasías y en sus anhelos se atribuía David, ataviado sin fortuna para la circunstancia (llevaba el cuello de la camisa desajustado, la corbata canteada y lo demás forzado), era el taxista que la esperaba y la acompañaba en las escenas de la puerta del personal y los artistas. David miró con atención de envidia y celos al afortunado de módica personalidad. Era tan insignificante como él. ¿Vera habría concertado el matrimonio con ese pobre individuo para adquirir con el casamiento la nacionalidad? No. Resultaba demasiado mezquino pensarlo así. Además ella tenía aumentado su resplandor con la felicidad plena y auténtica que había captado la máquina del fotógrafo, la felicidad que le traía su matrimonio. David se dijo que Vera llegó de una nación que había sido socialista en donde muchos prejuicios no contarían, ni siquiera el de ser un hombre insignificante, un David de última fila y asiento remoto, o un taxista. En la misma página del periódico, deliberadamente asociada por el formador con el retrato de la boda, David encontró la columna del cronista de los conciertos. No se ocupaba esta vez de ninguno, sino de la fiesta motivada por el

"enlace civil" de la violinista y el hombre de módica personalidad. El redactor la felicitaba por su casamiento con un paisano de esta ciudad tan alejada de la patria de Lenin y por la inminente gira como solista que había anunciado en la misma celebración. Regalo de la suerte *assai* inoportuno para el afortunado novio, escribió el cronista.

Al concluir el siguiente concierto, David descendía de su lugar recóndito de los asientos más altos no evocando frases, pasajes ni notas de las obras recién oídas, sino la imagen de la violín concertino ausente, de la Vera Mijaílovna triunfante en teatros y salas del gran mundo de la música grande. Ejecutaría con nutridas sinfónicas el concierto en Re de Beethoven; con algún ensamble los cuartetos; algo de Aslamasián patético, fragoroso, dionisiaco. Y en tanto como violinista, Vera conquistaba el universo, en esta ciudad dos hombres la estarían esperando: uno, él, sofocado por su condición de incógnito enamorado y modesto adorador; otro, el afortunado y módico esposo taxista.

Desde su altura de los escalones que subían a las localidades más baratas del teatro o descendían de ellas, David oyó sin escuchar las voces populares y anónimas que igual que todas las noches de concierto ofrecían carro, señor, carro, señor. Al desembocar de las escaleras, como siempre, vio sin mirar los rostros borrados por la insignificancia de los taxistas que las emitían. Un impulso inconsciente lo obligó a considerar a uno. Se parecía mucho al hombre de la foto matrimonial de Vera Mijaílovna. Se parecía mucho. El viento árido y arenoso intentó levantarse bajo la piel de David. Se parecía, pero no era. Lo miró mientras el hombre ofrecía carro de alquiler. Se acercó para que se lo propusiera a él. Sí, sí era. Carro, señor, carro.

SOLEDAD, LA DE MANUEL ACUÑA

Para Carlos García Carrillo

Soledad le entregó a Manuel Acuña un bulto semejante a una bolsa de pan. Acuña deshizo el envoltorio con dedos que tiempo atrás se habían olvidado de la gula y que sabían que su acción de ese momento no los llevaría a ninguna sorpresa. Ni el mal ni el bien les serían extremos de alarma porque los habían reducido blandiendo la pluma para convertirlos en versos que decían el bien, como amor; el mal, como motivo de ingenio en poemas burlones, satíricos, de sarcasmo y de irreverencia. El papel que cayó al suelo no dejó en las manos pan, sino un calzón de dormir. Eres más romántica que yo, le dijo Acuña a Soledad con modulaciones de ironía cansada. Sólo el romanticismo ministra la ingenuidad y el candor que se necesitan para traer esto. Un calzón de dormir. Es difícil imaginar de qué otra cosa será capaz tu generosidad.

Sosteniendo de la cintura el calzón, Acuña dejó colgar las piernas y lo contempló, luego se lo ajustó al cuerpo y vio que era de su medida. Le preguntó a Soledad a qué se debía aquello. La mujer le explicó que la pieza se le había quedado de la última lavada y que no había podido venir antes a regresársela. No, habló él para aclarar la pregunta, qué es esto de traerme un calzón que no es mío. Lo sabes. Los míos tú los conoces bien. Por sus parches los conoceréis. Por muchas más cuestiones los has conocido. Este es nuevo. Se ve que sólo lo enjuagaste para quitarle el olor a nuevo; pero se le nota a pesar de lo planchado. De cualquier modo no te preocupes. Te voy a decir qué es esto, advirtió Acuña a Soledad enseñándole sin interés el calzón y buscándole los ojos que traspasaban la puerta

en busca de algún sitio en el interior de la vivienda. El había olvidado invitarla a entrar. Esto, ya te lo dije, es tu generosidad, la ilustró todavía mostrando el calzón; en segundo lugar es un acto eufemístico para decirme que no te he llamado: finalmente, es un regalo casi inútil porque la tumba con nada deja de ser fría. Dicho de otra manera, no hay atuendo que caliente un cadáver. Ningún calzón puede dar a mi ánima el fuego que le extinguió el desamor.

Soledad puso sus ojos en los de Manuel como dos perros agradecidos e infantilmente perplejos. El tono y las palabras de Acuña restituyeron a su mirada de mujer pobre que lavaba ropa y se enajenaba en otros quehaceres domésticos para mantenerse, una confianza y una ternura profundas pero asustadizas y la esperanza de que le enunciara lo que él bien sabía que a ella le interesaba. La lavandera rompió su actitud para aceptar que había venido a regalarle el calzón porque se estaba acabando octubre y las noches heladas ya no se iban a quitar hasta el otro mayo. Sí lo compré nuevo/ lo compré para usted, confesó avergonzada. También le tengo la camiseta y las calzas. Es todo el terno. Acuña aprovechó que ella bajó la cabeza como si expresara algún arrepentimiento y le besó el pelo recién lavado; la abrazó y la introdujo a su vivienda de estudiante sin recursos alojado y alimentado por la Escuela de Medicina.

La relación del estudiante y la lavandera se mantenía determinada por las necesidades de él. Soledad acudía cuando el alumno de la Escuela de Medicina le pedía venir. Al llegar tocaba la puerta con movimientos deleznables subdesarrollados por la timidez y lastrados por un respeto excesivo. Frecuentemente encontraba la puerta abierta pero nunca se atrevía a entrar sin anunciarse. Manifestaba su presencia con los golpecitos en la madera recia o diciendo con voz que procuraba ser tenue y audible joven Manuel, joven Manuel.

El cuerpo suave, escuálido y desnudo de Soledad estaba arrebujado, como minimizado para solicitar amparo, acuñado

en el abrazo del cuerpo magro y sin ropa del joven Manuel. La cama era estrecha y del lado de Acuña se habían derramado una sábana blanca y barata y una cobija burda y vieja que dejaron desprotegida a la lavandera. El traqueteo de alguna carreta que rodaba por el embaldosado y los gritos del cochero que azuzaba a los caballos o bromeaba con la gente les llegaba deslizándose entre el silencio fresco y penumbroso de la media mañana encerrada con ellos, y entre el clima cálido de la satisfacción del placer alcanzado. Tras cada ruido el silencio de la pareja volvía a dilatarse.

Con voz que le salió desde cautelas infantiles y desde la precaución de respetar la atmósfera acallada, Soledad le preguntó al joven Manuel por qué pensaba tanto en la muerte. Su cuarto es un cuarto, no una tumba fría. Nombrar la muerte da vida. Si de veras se piensa en la vida se piensa en la muerte, dijo él. Sin la muerte no hay inmortalidad. Un polo *es* en relación con el que se le opone. Si gozas la vida tienes que pensar que con la muerte se acaba el gozo; si sufres, te conviene pensar que con la muerte se acaban las penas. La muerte, pues, es lamentable y apetecible y por tanto, constante. No te extrañe entonces que yo constantemente la acuñe en mi cráneo. La lavandera le recordó que antes no le pasaba eso, que antes más bien él era alegre y chacharero. En otro tiempo, aceptó Acuña. Por eso es triste la vida. Todo se acaba/ o cambia, se corrigió. Todo cambia y casi siempre para empeorar. Fíjate:

> Tú sin aliento ya, dentro de poco
> volverás a la tierra y a su seno
> que es de la vida universal el foco.

La lavandera le dijo que la asustaba. La asustaba cuando se ponía triste y hablaba de la muerte. A veces la muerte es el precio de la inmortalidad. También te puedo hablar bonito de la muerte, continuó él, pero ya no tengo ánimo, Soledad, Sole.

Chole, Soli Soledad mía. Mira/ pero acuérdate que necesitas aprender a leer para que sola en la soledad, Soledad, leas mis versos. Mira:

> En tanto que las grietas de tu fosa
> verán alzarse de su fondo abierto
> la larva convertida en mariposa
> que en los ensayos de su vuelo incierto
> irá al lecho infeliz de tus amores
> a llevarle tus ósculos de muerto.

Soledad le pidió con tono suplicante que no pensara en la muerte porque eso le opacaba el color claro de los ojos. Es usted tan joven que no debe atormentarse. El dijo que cómo no iba a pensar en la muerte si lo único valioso que tenía en la vida, la poesía, no le servía para luchar con ella, si la mujer que amaba no lo aceptaba. Prefiere la compañía de hombres mucho mayores sólo porque son solteros sin compromisos, o viudos. Precisamente, quiso argüir Soledad, por qué no lo va a amar si usted también es soltero. Además es poeta famoso y sin compromisos.

Acuña le comentó que aquellos hombres viejos, sin ataduras de pareja o viudos, pre-ci-sa-men-te —quiso bromear con la palabra empleada por Soledad, pero no lo hizo—, también eran poetas famosos. Mira, le explicó Acuña, Rosario no me quiere porque uno de ellos, buen hombre y poeta famoso, el poeta más famoso que la nación tiene ahorita, le fue a decir que tú y Laura/ ¡Qué!, lo interrumpió Soledad encendida por el pronombre que la implicaba en realidades ignoradas e indeseadas, luego le preguntó quién se andaba ocupando de ella, ella que no se metía en chismes con nadie; ella, lavandera, criada, sirvienta que no se acomodaba de fijo para no tener que vivir con nadie que no sea de mi familia y no tener qué deberle nada a nadie.

Acuña le dijo que ni más ni menos se ocupaba de ella el

héroe nacional, el venerable señor que, exponiendo la suya, salvó la vida al presidente de la república, a sus compañeros y a la Reforma con la palabra. Fíjate, sólo con el poder de la palabra, con su famosa frase *Los valientes no asesinan*/ ¿Ese señor?, interrumpió asombrada Soledad. Ay, joven Manuel, ¿y él qué se tiene que ocupar de mí? Entonces no es un héroe ni un hombre bueno ni/ Al contrario, Celi, Sole, Soledad mía, pre-ci-sa-men-te por sus deficiencias humanas es grande y es bueno. Hacer cosas importantes a favor de un pueblo a pesar de las debilidades humanas es lo que hace valiosa a la persona; no, al revés, deja ver cómo te lo explico: las deficiencias humanas no empequeñecen las vidas heroicas/ ese señor es grande a pesar de las debilidades/ o por sus debilidades/ Los hechos son más grandiosos en tanto son mayores las flaquezas del que los realiza, pero como dice el maestro Victor Hugo, "las pequeñas contradicciones de los corazones grandes deben ser indicadas como las demás"/ En fin, no por ellas se vuelve uno pequeño. Yo lo admiro/ Bueno, joven Manuel, pero ese señor conmigo qué. Ese señor, con toda su grandeza y con toda su venerabilidad, Soledad, fue a contarle a Rosario que tú eres mi querida. Como lo oyes. Y no sólo se refirió a ti, también le mencionó a Laura Méndez, de la que ya te he platicado, de la que ya sabes. Por eso Rosario me desdeña/ Mejor ya me levanto a arreglarle la casa, dijo ella con voz dominada por temores de los que se acumulan en la infancia.

Cuando Soledad quiso reacomodar la cobija y la sábana sobre la cama y sobre el cuerpo espigado de Acuña, el joven le vio las manos abotagadas por los trabajos domésticos, principalmente por el de lavar bultos y bultos de ropa de casas ricas y estudiantes pobres. Le cogió una y la besó con unción. La lavandera llevó su mano libre a emancipar a la aprisionada por los labios de Manuel Acuña pero el poeta también la retuvo para tachonarla de besos.

Mientras poco después él se levantaba de la cama con movimientos desanimados, Soledad a gatas pasaba un trapo mo-

jado por el piso de loza; afanada por el deseo de servir recogía, lavaba y ordenaba utensilios de mesa y de cocina; familiarizada con la vivienda reacomodaba en el ropero prendas que había encontrado dispersas. Ya no piense en la muerte, desde sus quehaceres le pidió al poeta, ni en la señorita Rosario. Tú cómo haces para no entregarte a tus penas, le preguntó él. Yo me pongo a pensar en mi trabajo de lavar, planchar, cumplir; en lo que ganaría con una lavada; en a quién puedo ayudar con algo que me vaya a ganar. Son dichosos los que día tras día mueren sin pensar en la muerte, sentenció el poeta. No se crea, siguió ella, ahora pienso más en la muerte, por su culpa, por usted. Ya me la pegó.

Acuña se arrepintió de abandonar la cama, prefirió no hacerlo y en tanto se ovillaba de nuevo y con actitudes infantiles fingía huir del frío al cobijarse con descuido, le ordenó a la lavandera que dejara de arreglar la casa y que se acostara de nuevo con él. Ella seguía enajenada en los quehaceres que devolverían a la vivienda un poco del aliño que sólo sus visitas le proporcionaban. Ven, le repitió la orden al tiempo que se estiraba para sacar algo de un buró minusválido que se desbalanceó con el contacto de su mano y dejó caer al suelo un frasquito que el joven Manuel recogió indemne. Soledad le sonrió más con los ojos que con los labios y se fue a meter a la cama. Quiero enseñarte algo, le dijo Acuña mientras la ayudaba a recargarse como él en la cabecera, aunque ella sin almohada.

La lavandera miró extrañada, sin entender. Acuña retenía en las manos el frasquito y un papel arrugado y vuelto a extender. Es una carta que le iba a mandar a mi madre, pero me arrepentí y la eché a la basura. La volví a recoger, la rehice, la pasé en limpio y se la envié. El pomito que no te preocupe, ya no te vuelvo a invitar. No lo he vuelto a hacer, ¿no? La carta te la voy a leer a ti porque no se la puedo mostrar a nadie más. A Laura no, porque a ella le gusta verme solamente con talante fuerte y animoso —a las mujeres les disgustan los hombres atribulados y taciturnos—; a Rosario tampoco porque a ella

sólo le agrado como poeta y no como hombre con problemas. Nada más a ti puedo leértela porque eres pobre como yo y me aceptas como soy, melancólico, sin dinero o sin lauros en las sienes. *Similia similibus curantur.*

Sostuvo entre sus dedos el pliego arrugado y en un puño el pomito que ya no invitaría a beber a Soledad. Mira, dice así: Querida mamacita/ Espera, mejor te digo de qué se trata, para qué te la leo toda. Bueno, lo que hago es avisarle que ya no deseo/ ya no quiero seguir estudiando. No por gusto, Soledad mía, le explico que no estoy bien de salud, ya ves como ando, me muevo como un viejo. En fin, le confieso que no tengo libros para preparar el examen general, que mi condición pecuniaria actual me augura que nunca tendré instrumental para ejercer la Medicina. Hasta me atreví, ahora estoy arrepentidísimo, a confiarle que no hay una persona que me quiera. Que estoy solo/ no de soledad, Soledad/ tan fácil que sería hacer juegos de palabras con tu nombre, Soledad, Soledad, la de Manuel Acuña, soledad de que no hay una persona que me ayude. No debí escribir esto. Parece que quiero mendigar/ Qué bueno que te lo puedo platicar. Dime que fue un error, Soledad, dime que no sé hacer bien las cosas, que no sé vivir. Ya ves, por eso pienso tanto en la muerte. No sé vivir. Me arrepiento de haber emprendido la carrera de Medicina y no dedicarme a arriero. Esto último lo leyó casi para sí el poeta y abatió la carta, los brazos y el ánimo. No soltó el papel ni el frasquito. Lo único valioso de mí, la poesía, no sirve para nada. La impotencia es mi destino.

A pesar de que transcurrió más de un mes desde ese encuentro y de que se angustiaba por Manuel Acuña, la lavandera no se atrevió a usar de nuevo el truco —eufemismo, lo había nombrado el joven Manuel— de la prenda olvidada. Habían pasado muchos días y el poeta no la volvió a llamar para que recogiera ropa de lavar ni para que le arreglara la casa; menos para acostarse con ella. De cualquier manera Soledad confiaba en que pronto lo haría. Faltaba poco para navidad, había ya

principiado diciembre y él le pediría venir porque necesitaría ropa limpia, la vivienda aseada. Y aunque no fuera así, si no la mandaba a llamar pronto, ella usaría la navidad como motivo para buscarlo. También podría ir con el pretexto de llevarle la camiseta de dormir. Estaría pasando frío. Por ahora lo dejaría estar donde se sentía a gusto, en su jonuco, sumido en el fondo oscuro de su pensar en la muerte, a lo mejor acostándose con Laura, sufriendo por Rosario. Allá él.

Comenzaba diciembre de 1873, más precisamente era la tarde del día 6. Un miasma de almendras amargas exhalado por la vivienda número trece de los alojamientos de alumnos de la Escuela de Medicina había contaminado la atmósfera de la ciudad de México. El tufo penetraba cuartos de estudiantes pobres, casas de poetas que navegaban en la clase media, residencias de generales y terratenientes y, en éstas, sofocaba sobre todo el corazón de señoritas y matronas. Era el tufo del cianuro que había ingerido Manuel Acuña. Escapaba de las heces del frasquito que en repetidas ocasiones el poeta había querido compartir con Soledad, con Rosario, con Laura, con quién sabe quién más.

Desde el Palacio Nacional hasta los niguri a del barrio estudiantil en el centro de la urbe palpitaba sordamente la estupefacción desparramada por el envenenamiento. La noticia se hizo oír en todas partes, se respiraba, se imponía: Acuña se había suicidado. Manuel Acuña, el joven poeta de veinticuatro años de edad que había escrito poemas tan estimulantes como "Ante un cadáver"; tan divertidos como "Nada sobre nada"; tan "de la vida misma" como "La ramera"; se había envenenado.

La ciudad estaba conmocionada y convirtió la vivienda de Acuña en su eje. La gente de todos los estratos sociales, dijeron los periódicos del día siguiente, acudía "a darle el último adiós". Se empezó a sentir que era una obligación moral leer el "Nocturno". A este poema comenzaron a llamarle "Nocturno-a-Rosario". Para todos, Acuña se había suicidado por Rosario. La mujer que, según el poeta, lo había desdeñado y prefería hombres maduros y sin compromisos empezó a ser referida por las voces significadas y por las anónimas como "Rosario-la-de-Acuña". Se interpretó el "Nocturno" como acusación, o por lo menos como explicación de los motivos que habían inducido la muerte del joven. Nació en la gente el compromiso de que los enamorados hicieran de su memoria un nicho para el "Nocturno". El funeral de Manuel Acuña se convirtió en un acto popular. El cuerpo inerte debió permanecer expuesto cuatro días para que el pueblo terminara de pasar ante él.

Los amigos del poeta que se encargaron del cadáver, de la vivienda, de las pertenencias y de saldar sus cuentas pendientes comentaban que tras la vida breve de las flores y las coronas sobre la tumba de Acuña solamente había perdurado un ladrillo con las letras M.A., "grabadas con un clavo", precisaba Juan de Dios Peza. Pensaron en colectas, rifas, funciones del drama *El pasado*, la triunfal obra del poeta que apenas en el julio anterior había vuelto a ser loada por el público y la crítica de teatro. Había qué hacer cualquier cosa, o varias cosas, para recaudar dinero con el cual mandar construir un mausoleo que acuñara los restos ya venerados del suicida. Nadie se ponía a la acción. Todo se quedaba en ideas.

Luego de varios meses en los que la opinión pública y la privada fueron convenciéndose, con la popularidad del "Nocturno" y los rumores mal y bien intencionados, de que Acuña se había suicidado por Rosario; cuando ya en los comentarios vertidos en todos los estratos sociales no faltaba la expresión "Rosario-la-de-Acuña", sobre la tumba del poeta apareció un modesto monumento construido con piedras labradas, una cruz gótica y el nombre de Manuel Acuña en letras doradas.

Por su parte, los amigos del poeta finalmente habían encontrado quién organizara la estrategia necesaria para sustituir el ladrillo de las iniciales M.A. con un digno mausoleo. Después de algún tiempo lo mandaron construir con alto costo. El poeta se merecía el gasto colectivo. Cuando los alarifes

que iban a echar las bases acudieron a preguntarles qué debían de hacer con el sencillo conjunto funerario y la cruz gótica que señalaban la tumba de Manuel Acuña, los amigos se sorprendieron. No sabían que otras personas hubieran mandado ornar la tumba. Desconocían que se hubiera erigido aquel sencillo monumento que algo habría costado. Todo el tiempo habían tenido en mente sólo el insignificante ladrillo grabado con un clavo. No habían creído que aparte de ellos alguien se sintiera tan comprometido con el poeta suicida.

Inmediatamente a más de uno se le ocurrió que el "alguien" mayormente comprometido, ahora edificador del túmulo austero había sido el remordimiento de Rosario. Sin embargo, Rosario no habría querido exhibir de esa manera, que resultaba impúdica, su culpa y su arrepentimiento. Por el contrario, no era improbable que hubiera sido más bien alguna de las muchas agrupaciones a las que Acuña había pertenecido, tal vez antiguos integrantes de la Sociedad Literaria Netzahualcóyotl/

No, tenía que haber sido Rosario, por el escozor de su culpa. La gente del periódico *La Iberia*/

No, Rosario, por la nube de reproches en que debía de andar/

Los actores que habían triunfado junto con el drama *El pasado*/

No, Rosario, por preferir a Guillermo Prieto, a Ignacio Ramírez, a quién sabe cuántos más/

Los colaboradores de *El Renacimiento*/ No, Rosario, por la ceguera de su corazón/

Algún amigo del poeta que prefirió hacerlo anónimamente/ No, Rosario, por coqueta. Los miembros de alguna otra asociación/ No, Rosario, por puta.

Nadie pensó que el módico monumento y la cruz que habían sustituido al ladrillo grabado con las iniciales de Manuel Acuña los habían costeado los ahorros, el trabajo y los esfuerzos de Soledad la lavandera. Lo reveló el poeta Juan de Dios Peza: Fue Soledad, la de Acuña, dijo intencionadamente.

Los amigos le reclamaron que no lo hubiera comentado a tiempo para haberla ayudado. El les dijo que habrían destruido el hermoso gesto romántico de la lavandera, como lo iban a destruir ahora con el costoso monumento.

TRAGEDIA EN SI MENOR

Pavo Alberto Rodríguez Román

Sin que ninguna emoción tiñera su rostro, Zenón dejó atrás la puerta del Banco Popular. Tal vez debería iluminarlo alguna alegría puesto que su cuenta de ahorros había llegado a diez mil pesos. En dólares de ocho cincuenta, los diez mil alcanzarían a rebasar mil ciento setenta. Con otra manera de verlos, en moneda nacional equivalían a cuatrocientos salarios mínimos regionales, es decir, en teoría, a lo suficiente para vivir un año y poco más de un mes, si el dinero no se depreciara tan rápido como ocurría. Un año y poco más de un mes podría subsistir alguien con ese capital sin tener que ir al trabajo asalariado a devengar cada quincena el sueldo que aseguraba periodos de manutención mucho menos que clasemediera.

Todavía mientras esperaba que la empleada bancaria le diera turno, Zenón reconsideraba las cuentas que mucho tiempo atrás había concebido. Sumas, cálculos y figuraciones, durante meses y meses sirvieron de combustible a la máquina de la voluntad que difería pequeñas cantidades del sueldo quincenal a la cuenta de ahorros, igual que algunos irregulares montos de ingresos no previstos. Finalmente había llegado a los diez mil pesos, lo suficiente para vivir un año y poco más de un mes, como decían sus especulaciones.

El se sabía familiarizado con la frugalidad, desdeñaba los vicios y cultivaba el rechazo a los lujos, así que podía pasarla durante cuatrocientos días de veinticinco pesos según las tabulaciones económicas del gobierno. Las cuentas le provocaban un gozo y una placidez que le corrían mudos bajo la piel porque no los dejaba exhibirse en la cara ni en ningún otro

lado. Se había acostumbrado a sofocar sus alegrías y hasta a prescindir de ellas. La vida enseña a algunos a sentir más el dolor de los descensos que el gozo de los ascensos de la fortuna, reconoció. Sus caídas siempre acababan en el fondo, justamente en el nivel de angustiante pobreza donde empezó su vida. Tras casi seis décadas seguía siendo un hombre sin triunfo cuyos derrumbes económicos lo asentaban en zona de desastre.

En su derrota se comparaba con algunos compañeros de escuela primaria convertidos en profesionistas, empresarios, altos funcionarios públicos, ejecutivos de supernegocios e imágenes frecuentes que iluminaban con color y sonrisas los espacios de la prensa y, todos, habitantes de suburbios residenciales y fraccionamientos exclusivos. El no había despegado del barrio proletario, no se elevó sobre su temprana condición de asalariado. Los sueldos deleznables, la honestidad y las obligaciones familiares no le permitieron ahorrar, acumular alguna cantidad significativa. Apenas lo había hecho en los últimos meses, dos, tres años, en que reunió los diez mil pesos.

Sus cavilaciones lo acompañaron hasta la Plaza de Armas y se sentaron con él en una banca sombreada. El otoño tropical no dejaba de serlo, prolongado umbral de invierno, sol de las cuatro y media de la tarde arteramente ardiente y escasas hojas muertas en el piso. Umbral de invierno, se repitió y sacó de la bolsa de su camisa la cubierta de plástico con los papeles de su cuenta bancaria. Descifró, redondeados, los números: diez mil pesos. Un año y poco más/ empezó a repetir los significados que se había reiterado al salir del banco, pero lo interrumpió una voz:

— Ha de andar comprando su música, ¿verdad?

Con movimientos naturales guardó la cubierta de plástico del Banco Popular otra vez en la camisa.

—No hija, con qué.

Una ráfaga de viento cargado de polvo arrinconó hojas muertas en los pliegues urbanos y desprendió otras de los árboles.

—Pero si acaba de pasar la quincena —reprochó sin gran convicción la hija.

—Sí, pero ya no tengo nada.

—Todo se lo gasta en su música: y yo que venía a pedirle prestado.

—De veras, no tengo —dijo Zenón y le preguntó a la hija cómo lo había localizado. Ella le señaló la bolsa de la camisa al decirle ¿y eso? En seguida conoció la respuesta a la pregunta de él: siempre viene a esta banca cuando no está oyendo su música. Aquí se le encuentra fácil.

—Esto —palpó la bolsa de la camisa—, es algo que después sabrás. ¿Cuánto necesitas?

Ella mencionó la cantidad y Zenón dijo que se la llevaría a la casa. Ambos sabían que nunca la desamparaba. La venía ayudando incondicionalmente desde el primer niño. Le entregaba cada quincena más de lo que ella sacaba por su lado. A veces a él le caían ingresos aparte de los esperados y hacía que ese excedente le alcanzara para la hija y en ocasiones hasta para los nietos y las otras hijas.

—Lo acompaño a su casa.

—No, ya sabes que no me gusta/

—Dar molestias —completó ella el enunciado con tono de reproche.

—No es eso, Juanita — la rectificó don Zenón—. Puedo andar solo. Ya sabes que lo prefiero. Estoy acostumbrado.

—No es necesario que me lo restriegue.

—No es eso, Juanita —puntualizó él con cierto enfado—. Ya vete.

Ella se internó en la ciudad de otoño tropical. El se puso de pie, sacó la cartera de plástico del Banco Popular y azotándola rítmicamente en la palma de la mano y diciendo umbral de invierno se encaminó a casa.

Entró a un galerón largo y angosto, de menos de cuatro metros de ancho. Las sombras, la humedad y el frío estaban acuartelados en su espacio. Al traspasar la puerta los muebles

de sala, incluido el televisor; se apreciaban como súbditos de un aparato para discompactos y casetes de audio. Presionó los botones adecuadas y las bocinas estereofónicas saturaron la atmósfera con los acordes doloridos de la viola da gamba, el clavecín y el violín en el adagio de la *Sonata en Si menor*, de Bach.

Mientras la música contristada lo invadía por los oídos y la memoria —que lo hacía repetir o adelantar los compases—, con movimientos grisáceos por él cansancio dejó a su espalda la sala. Arrojó sobre la mesa del comedor precario sus documentos de ahorrador. La penumbra arrumbada en el fondo no lograba ocultar el rincón habilitado de cocina con una estufa decrépita, un fregadero enmohecido y un refrigerador con fulgores de recién desempacado. Una puerta sin puerta se erigía como entrada al cuarto rezagado que servía de recámara. Encendió, girándolo con la mano, un foco que colgaba acentuando la frontera imaginaria entre la sala y el comedor.

Las paredes grises y el techo sin recubrir, de obra negra —cemento, bloc, estuco—, devoraban la luz sin regresar ni una pizca al ambiente. Los alambres eléctricos pendían de clavos y alcayatas. No había querido gastar más dinero en terminados de la casa por no alargar la llegada a los diez mil pesos de sus cálculos y ensueños.

Se sentó a la mesa y recuperó los comprobantes de su capitalización en el Banco Popular. Sus ojos se deslizaron por la suma acumulada. Desde el saldo de los diezmil su mirada escaló la larga lista de depósitos y retiros. Descendió igual que había ascendido, es decir, tropezando a veces con el recuerdo —cifrado en números— de un depósito extraordinario, fuera de quincena, que aproximó el total a los diezmil, merced a un trabajo ajeno a la rutina (quizás la asesoría clandestina de una tesis universitaria, la corrección de estilo de un texto de abundantes cuartillas); su vista y su memoria también se atoraron para contemplar el retiro de aleves cantidades como la que cubrió los gastos ocasionados por la enfermedad de un nieto,

la que costeó la reparación costosa de un artefacto doméstico y la que fue un desplome profundo del saldo cuando aprovechó la oportunidad de una pistola de medio uso.

Muchas dificultades y meses había sumado el esfuerzo de llegar a los diez mil pesos, a pesar de que desde el principio lo consideró la urgencia mayor de su vida. Los diez mil pesos llegarían a ser el pago de su entrada al mundo sin obligaciones, sin relaciones familiares de dependencia; donde no tendría que existir para alguien, sobre todo no para la preocupación de ser él el dependiente, a quien había que ayudar a vivir. Nunca se vio en esa situación y no se vería nunca. Conocía bien las amarguras de la obligación y las cadenas de la responsabilidad; la tristeza de aceptar una carga ajena y de renunciar a lo que corresponde para no fallarle al dependiente. De niño debió contribuir a los gastos familiares; más tarde sus padres dependieron de él; muertos ellos, la esposa (que lo abandonó por no ganar un sueldo suficiente) y luego las hijas, sobre todo Juanita y sus niños. Él no sería dependiente. No lo sería. Para ello se había propuesto ahorrar los diez mil pesos, su visa al paraíso de no ser problema.

Su acumulación de dinero la empezó cuando lo asustaron los aceleramientos del corazón, las llamadas de atención de las palpitaciones desbocadas en la alta noche. Aunque era más larga la relación de padecimientos. Los dolores de cabeza por una u otra causa —un trago de ginebra, una comida desmesurada, una desvelada— lo asaltaban con más frecuencia. Una molestia extraña le había anidado en la rodilla y no la podían batir médicos ni medicamentos; se le declaraba a veces como dolor, a veces como punzada, a veces como cansancio, a veces como debilidad. Antes de levantarse de la cama en las mañanas o al momento de hacerlo creía que la rodilla le dolería o se le vencería haciéndolo trastabillar, o que lo derrumbaría.

Consideraba sus padecimientos presagio de una inminente imposibilidad para trabajar. Sin duda le auguraban una gradual y leve dependencia que los años convertirían en una de-

pendencia pesada y total, llena de abochornamientos, vergüenzas, humillaciones en una vejez indigna y de miseria. Esto era totalmente previsible porque el día que ya no pudiera ir a trabajar dejaría de recibir un salario, ya no podría mantenerse.

De esto es de lo que lo salvarían los diez mil pesos. Él, que nunca había dependido de los demás, empezaría a causar problemas a los otros, a Juanita. Buscó en el contrato del Banco Popular los datos de sus beneficiarios y leyó el nombre de ella, Juanita, su hija, la más necesitada. Así se entramaba la telaraña de sus angustias, las que lo despertaban, las que le tasajeaban el insomnio, las que lo deprimían soterrando en tiempo sin memoria sus momentos de felicidad.

Pero, mientras, seguía usando los rescoldos de una energía acumulada durante sus años de obrero que jugaba muchas horas de basquetbol y que también nadaba muchas horas. Con esa energía residual iba a trabajar. No usaba transportes. Caminaba hasta la oficina, subía y bajaba escaleras con trancos que no denunciaban las irregularidades de su rodilla ni de todo el organismo que a veces apenas se sostenía en medio de las exacciones de la fatiga o las arremetidas del mareo. Igualmente, con pasos que parecerían juveniles comparados con los de hombres de su edad, llegaba a la Plaza de Armas para pasar una o dos horas viendo discurrir la vida, las oleadas de pájaros que regresaban de picotear las labores del campo, el profundo azul del cielo.

El empleo que ahora consumía algunas horas de cada uno de sus días le resultaba menos exigente que el anterior. No llevaba prendida la obligación de dedicarle tiempo en la casa, como al de maestro. Sin embargo, no por su gusto había dejado las clases. Y compensaba la holgura en requerimientos con la percepción de un sueldo menor. Esto había lastrado y dilatado el camino hasta los diez mil. Por lo demás, si hubiera podido permanecer en el trabajo de la universidad tal vez no se habría propuesto ese ahorro, esa cantidad, ese destino. Pero dejó el empleo universitario por no soportar una injustificada

hostilidad de la Directora de la Carrera y por carecer él de carácter para pelear y negociar.

Arbitrariedades y prepotencia de la señora le habían generado acercamientos a la hipertensión que le oprimía el nervio auditivo y le causaba mareos y zumbidos. La alta presión arterial a veces lo mantenía exhausto y desconsolado: vulneraba el cuerpo y el ánimo. Ante la hostilidad de la Directora le pareció mejor renunciar. No lo hizo. Se otorgó el derecho de una venganza pueril: sin ningún formalismo dejó de acudir a dar sus clases el día que ya no quiso soportar el encono de la Directora.

A la señora le había resultado fácil inducirlo a abandonar el empleo porque el maestro Zenón era un docente más bien regular en su currículum. No poseía título profesional. Lo habían aceptado así en la universidad por las necesidades y las circunstancias. Él podía dar las clases con solvencia porque sus empleos de preadolescente y poco más tarde de joven, en imprentas y en la mesa de redacción del periódico, lo dotaron de habilidades inencontrables en los graduados. Sus capacidades vencieron el rigor de la selección y fue admitido como profesor provisional. Esa condición facilitó el cese cuando le pareció conveniente a la Directora. Zenón se sentía disminuido por carecer de licenciatura y por ello no se concedió el derecho a sufrir el hostigamiento de la funcionaria ni el de solicitar una indemnización a la universidad.

Había abandonado el trabajo a sabiendas de que al dejarlo de modo no podía reclamar conquistas que le otorgaban los años de antigüedad —lo que había considerado el seguro de su vejez—, y de que a su edad las exclusas de las ace-ocupacionales más bien se encuentran cerradas. Cuando algunos alumnos y profesores se enteraron le expresaron solidaridad y lo exortaron a empuñar algún reclamo; él se mantuvo firme en la aceptación de un fatalismo que concedió en a la Directora de la Carrera. Todos vieron en su persona una terquedad autodestructiva. Al final, su derrumbe del escaño de los empleados no lo desbarrancó hasta el

fondo porque una amiga lo ocupó en el departamento de publicidad de una macrotienda norteamericana.

El descenso ocupacional, la petrificación en un salario menor, la edad, los padecimientos y las angustias lo hicieron pensar en la urgencia de ahorrar los diez mil pesos. Empezó el combate con las dificultades y los meses que se convirtieron en años para, al fin, alcanzar la suma emancipadora.

Las bocinas seguían irradiando el adagio de la *Sonata en Si menor para violín y clavecín*, de Bach. Zenón dejó en la mesa los testimonios de su carrera de ahorrador y se fue a sentar en el sofá coleccionista de grasa impertinente, polvo indomable y descuido. Una y otra vez la viola da gamba y el clavecín empezaban el poema dolorido. La viola con su voz grave, tenue, modesta, de compañera discreta, asumía su tarea de eco del clavecín. Daba brillo al instrumento protagonista, asentía a sus proposiciones de hurgar en la tragedia que compartían. Se les unía luego el violín con enunciados largos y amargos, largas frases porque el tiempo del sufrimiento es dilatado. La pena compartida, paralela, repetida, llegaba hasta los compases más atribulados, líricos y angustiantes en los que Johann Sebastian da a la firme voz del violín un sonido en el que el espíritu languidece, se funde en la nada. Era el sufrimiento de quien se sabe no escuchado y lo dice sin resentimiento, sólo para contemplar él mismo sus congojas. Duraba cinco minutos el dolor. La desolación angustiada y del violín, el suave pero hondo desconsuelo de la viola da gamba y la aflicción del clavecín terminaban en una voz sufriente que se elevaba, se elevaba, se elevaba alrededor de seis veces y descendía, descendía, descendía hasta aniquilarse en el descenso. El adagio bachiano volvía a empezar y se seguía repitiendo porque Zenón lo había grabado nueve veces por un lado y la misma cantidad por el otro en un caset que podía retornar infinitamente gracias a la tecnología oculta en el *relay* del estéreo.

Sin embargo dejaría de escucharlo porque los ruidos en la puerta le anunciaron que Berta había llegado. Entró ella con

su sonrisa y su estatura de niña pícara, con su edad diez años menor que la de él y con la hielera portatil preñada de comida congelada que le llevaba para que Zenón fuera consumiendo en raciones cotidianas.

—Qué te pasa, ni siquiera te pones de pie para recibirme —dijo con un tono que invalidaba su propio reproche y establecía el juego, la broma.

—Para qué, nunca se te olvida la llave.

—Nunca —aseguró ella— y tengo en el carro otra por si pierdo la que traigo en el llavero así que de mí no te librarás. Ayúdame con esto.

Con movimientos huracanados llevó la hielera a la mesa sin dar tiempo a Zenón de que ayudara. La ministración alimentaria y el amor de Berta cultivaban en Zenón un sibaritismo que en otras circunstancias él habría rechazado con dureza. En eso y en mucho más había claudicado ante Berta. La munificencia de la mujer sonriente y de estatura niña siempre encontraba necesidades que satisfacerle y él aceptaba sin que le vibraran las cuerdas del rubor o la vergüenza. Él mismo se asombraba de no sentir su honor ni su varonía agraviados por los abundantes obsequios. En cambio, recibir regalos de otros le aportaba sufrimiento y prefería rechazarlos; de su familia los rehusaba hasta con enojo. Por ello lo etiquetaban como orgulloso; él sabía que no aceptaba porque no necesitaba las cosas; por humildad también, porque no se sentía merecedor de los obsequios. En cambio las donaciones de Berta ni siquiera lo enmarañaban en cuestionamientos de conciencia. No sólo le recibía jubiloso el pescado en greivi blanco con pinras rojas de morrón, el pollo en curri, el preparado con champiñones, el cuete enciruelado, el otro pollo, en vino blanco, los moles mexicanos, los camarones a la Munich, los pasteles de chocolate, nuez o zanahoria que le acariciaban el paladar con dulzura de nubes y amor: también cortinas y cortineros para las ventanas que el cegaba, antes de conocerla, con sábanas viejas de manchas vergonzantes colgadas de lazos rudos: más

cosas para la casa y pare él mismo alargaban el recuento de aportaciones de Berta.

—Siempre te queda todo delicioso, amor —le dijo cuando ella le anunció el platillo de trocitos de carne de res con pepino guisado que era la novedad de esta semana y no sabía cómo le había quedado porque daba cuerpo a una receta china que sólo conoció de oídas.

—¿Qué estabas haciendo?

—Ya viste, escuchaba a Bach mientras te esperaba.

—El adagio de siempre. Por eso te veo así. Te deprime.

—Me representa. Me dice/ Pero no *por eso* es hermoso. Es hermoso por sí mismo.

—Sí, hermosísimo, pero tan dramático.

—Trágico. Es una tragedia en Si menor. Con la viola como mi vida: circunstancial, casi a fuerza. ¿Sabías que no formaba parte de esa dotación? Estaba de más, sobraba. No era de allí. Originalmente la viola no aparecía. Bach había concebido sus sonatas sólo para violín y clavecín. La voz de la viola es opaca y tenue, apenas aceptada para sostener a los otros. Suena bajo porque es una existencia advenediza, una voz, una existencia innecesaria.

—¿Por qué te comparas así? Te digo, te deprime. Es hermoso pero ya no deberías oírlo.

Afuera, al sol ya débil se estaría ocultando ante algunos ojos receptivos. Adentro, el único foco encendido incrementaba la corporeidad de los coágulos de penumbra que envolvían a Berta y a Zenón.

—No es la música —siguió él—, es lo de siempre.

Lo de siempre, que nunca confesaba Zenón, eran las angustias que le agravaban el insomnio, la edad, los dolores y el cansancio convocados por los años. No otra cosa confesaba Zenón, quizás escondiendo causas más físicas y ciertas que las que podían palpitar en la palabra angustia.

—Mi amor, no caigas en eso —le ordenó ella con entonación dulce y sufriente—. Todos acumulamos años. Un día nos duele esto o lo otro.

En lo profundo de los ojos de Zenón un destello imposible le dijo a Berta no comprendes.

—No es el tiempo ni los dolores ni el agotamiento, sino lo que auguran.

—¿Qué auguran?

—Lo que auguran —emitió Zenón como respuesta. No añadió que los desmerecimientos con que la vida lo atribulaba presagiaban la incapacidad de seguir trabajando, de mantenerse, de solventar su existencia.

—No pienses en eso. Ven —lo abrazó y se le untó con coquetería y lascivia, fingidas y juguetonas. Él echó la cabeza hacia atrás para sonreírle y mirarla a la distancia apropiada. Luego se besaron largamente.

—Estamos peor/ ¡O mejor!/ que jovencitos, porque con nuestra experiencia —dijo ella estampándole su cuerpo desnudo apenas pasado de peso. Desde la cama podía verse en el otro extremo, enmarcado por la puerta, el foco encendido que flotaba en la oscuridad del galerón—. ¿Ya no estás deprimido? Ya ves, tienes mucha vida. Cuántas mujeres de mi edad/ muchas de mis amigas quisieran un esposo, un amante que las tratara en la cama con el poder que tú/ No estés triste. Cómo quisiera saber lo que piensas cuando te abismas en la depresión/ te hundes en lo más hondo de ti, en tu silencio, no dejas/

El silencio de Zenón añadía espesura a la penumbra y peso a la cabeza de Berta que con su halo de fragancia importada descansaba en el brazo masculino desnudo. En su mutismo él se preguntaba cómo decirle a ella, precisamente a ti, hada luminosa, Cibeles proveedora, luz de la paradoja que las molestias de la rodilla, el cansancio agobiante, el rigor del colesterol y la asechanza de la presión sanguínea auspician la angustia, la tristeza y la depresión no por sí mismos, sino porque presagian la inmovilidad, auguran la decrepitud y con ella la dependencia, la precariedad, la miseria y quizás la mendicidad.

Porque los platillos de manjares con que ella llenaba el congelador para sustituir los guisos populares y las latas de atún y

de sardina, los pasteles de caricias suculentas con que desplazaba los caramelos de miscelánea de barrio no significaban dependencia ahora, sino un gusto recíproco, un balanceado intercambio de concesiones en la imperfecta liturgia del amor. Cómo, pues, decírtelo a ti/ a ti no te lo puedo decir por tu sueño de llevarme a pasear a Barcelona, por tus automóviles, por tu residencia en Houston. Por tu dinero.

El seguía trabajando, subía escaleras con agilidad que ignoraba las dolencias; caminaba, en vez de viajar en camión o taxi; nadaba en verano y había podido ahorrar diez mil pesos. Publicaba vitalidad. Pero eso no duraría. Amagaba lo otro que anunciaba la inminencia de los padecimientos, estaba presente en los insomnios y daba razón de ser a la angustia, alimentaba de aire polar las depresiones, la depresión intermitente.

—Cómo/ Cómo quisiera saber. De veras; ayudarte. Que la pasaras bien conmigo.

—Me la paso muy bien contigo. Me elevas a la felicidad. Me siento afortunadísimo de poseer tu amor y de hacer con tu cuerpo todo lo que hago y me siento felicísimo de ver que lo disfrutas.

—Me encantas —dijo ella al asentir con un débil rubor que se negó a exhibirse por innecesario.

—Tú eres la encantadora, hada encantadora; la Cibeles provisora. A propósito, no vayas a preparar nada para traer la próxima semana.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Por qué?

—No te entristezcas. Me das mucho. La beca alimentaria con que me haz engordado ha engordado también mi cuenta de ahorros; y en cuanto a lo otro, ¿no te tengo en este momento en mis brazos? Me reconciliaste con la vida, amor, Cibeles y Afrodita. ¿Sabes lo que es dar eso? Me reconciliaste con la vida. contigo ya no gusté el resentimiento por haber tenido que trabajar desde antes de acabar la escuela primaria, por no haber

podido estudiar, por no haber encontrado la facilidad de acumular bienes, asegurar mi mañana/ mi mañana, ya no digo el futuro. Por ti me reconcilié con la vida. Eres el cuerpo y el alma de la reconciliación, el orgasmo y la serenidad, la severidad y la risa, el olor a humanidad y la lengua sin inhibiciones.

Sus palabras devinieron hechos sublimes; el entreveramiento de los cuerpos atrajo vocablos obscenos, procaces, soeces que el erotismo sublimó. Zenón sabía que el derroche de sexualidad podría — no estaba garantizado— ahuyentarle el insomnio de esa noche y que sin embargo al día siguiente despertaría con una depresión de más lacería a causa de las energías gastadas; que la debilidad sería un reproche a partir del instante preauroral de ponerse en pie; que le dolería la cabeza y que la conciencia de agotamiento lastraría y dilataría cada hora de sus obligaciones. Pero eso era aun sin Berta, venía de antes cuando vivía sin Berta. La depresión lo había atrapado mucho antes, cuando de niño no supo jugar ningún deporte porque debió ir a trabajar mientras terminaba la escuela primaria; cuando no fue a la secundaria y a los otros niveles escolares; desde que tuvo que rehuir a las jovencitas de su edad porque su condición de obrero en la época en que debía ser estudiante lo hacía sentirse inferior; desde el dolor inmenso que se le empezó a acumular muy temprano, agravado por la conciencia de saberlo injusto. Por eso, Berta, amor, cuando lo imaginaba, yo imaginaba que el balazo suicida era un dolor cruel, dolorosísimo como la mayor infelicidad, como la cruel infelicidad que es la de un niño que *sabe* que sufre; mayor, mayor dolor que ése imaginaba yo que era el dolor del balazo suicida. Y no es así. La nada *es* desde el momento de accionar el disparador. Gracias al maravilloso mecanismo de la pistola ni siquiera *es*, porque la conciencia no alcanza a ir más allá de la presión del dedo sobre el disparador. Nunca llegan a la conciencia la detonación, el impacto ni la penetración aniquilante, Berta. Al fin introduje el cañón en mi boca, asenté la punta de su frío en lo alto del paladar y no hubo ardor quemante ni

dolor ni nada. Cómo. Cómo decírtelo. Llegaste a mí cuando yo ya vivía la hipnosis de mi paradoja, la de ahorrar para morir; acumular dinero no para sobrevivir sino para no molestar ya muerto; juntar dinero no para disfrutar la vida sino para dar solvencia económica a mi cadáver; disponer de diez mil pesos no para comprar alegría sino para financiar mi muerte. Cómo decírtelo a ti.

INFARTO EN LA DECISIÓN

Para Magdalena Madero Gómez

La punzada se clavó en la pequeña masa roja y húmeda. Como estilete helado se empezó a introducir amagando el ritmo isócrono de las palpitaciones. Aunque podría ser al revés, que desde lo más hondo del núcleo cordial el barreno gélido horadara para llegar a la membrana del corazón y de la conciencia. Más bien como en la primera imagen, como en el sueño, la pesadilla aquella donde después de recorrer barrios inmundos siguiendo dicterios indescifrables se le habían enfrentado las dos presencias amenazantes, el hombre y el cuchillo. El huyó por las profundidades infinitas de la invención inconciente pero el destino le dio alcance. Sólo pudo llegar hasta donde las vastedades oníricas lo pusieron frente al hombre y el puñal. Vio venir el arma argentada. Lo angustió no poder articular la realidad que lo asaltaba para darle un sentido a aquel acto y entonces irrumpió la punzada, la penetración fugaz y fría en el corazón. En seguida, igual que las otras noches, lo despertó la pesadilla y se repitió la pregunta de que si se le estaba fraguando un infarto.

Con frecuencia sus madrugadas eran similares. Los fatalismos oníricos o las palpitaciones lo instalaban en la conciencia asustado y nervioso. Por un afán sin propósito intentaba discernir si el terror padecido durante las pesadillas le provocaba el aceleramiento de las palpitaciones o si el cambio de su ritmo del corazón inducía los sueños atemorizantes. Lo que sí podía afirmar es que paralela al terror y a las entradas del insomnio lo asaltaba la necesidad de estirar las piernas, alargarlas, mantenerlas tensas hacia los talones mientras las pal-

pitaciones lanzadas por el corazón presionaban aceleradas, como si de ese modo el cuerpo quisiera responder a la exigencia de la impetuosidad sanguínea que demandaba más espacio. Además, el volumen retumbaba en el oído o alargaba la fina horadación de un zumbido. En la alborada la presencia del día lo tranquilizaba y lo conducía a la rutina.

Más tarde, mientras daba los primeros pasos de la nueva jornada, el amago a la masa roja y húmeda e isócrona se le apronto de nuevo. Con el peso amorfo de las horas sin sueño se había sentado en el filo de la cama y así dejó pasar bastantes minutos con la cabeza en el vacío instalado arriba de los muslos. Se irguió sin vigor otra vez y empezó a depositar los pies desganados en el piso terroso. Entonces lo atacaron de nuevo la punzada, el estilete helado, el barreno gélido, el paralelismo con las imágenes y las sensaciones de la pesadilla.

El trance fue breve. Su vida recuperó la rutina que incluía como acto importante de la mañana todavía tierna ingerir una pastilla del medicamento enigmáticamente llamado Alprazolam. Le gustaban las resonancias de magia árabe del nombre. Alprazolam de las mil y una noches de insomnio, Alprazolam para hundirse en el sueño incondicional. Alprazolam para anclarse en las profundidades de un sueño denso y pesado en el que desaparecían las palpitaciones aceleradas y la desazón del que no puede dormir. Alprazolam para estar deprimido y no resentirlo. El médico se lo había recetado para el estrés, o el insomnio, o la depresión después de hablar de los tres estados. No lo podía precisar. Lo haría si no le avergonzara preguntar. Durante las consultas contenía las interrogaciones aunque al salir del consultorio se reprochara la falta de valor, la cortedad, la inseguridad, la timidez. La dosis obligaba a una pastilla en la mañana y una en la noche. Le hacían muy buen efecto. Muchas veces le era suficiente media en la noche y nada en la mañana. "Ocasiona somnolencia y depresión de los reflejos...", advertía entre otras cosas el instructivo.

Se metió al baño y después de un rato salió con la misma apariencia de desaliño y cansancio. En la parrilla de un quemador instalada sobre la parte alta del fregadero se preparó un huevo. Al sacar una tajada de pan, la bolsa de plástico le ofreció un hálito estimulante digno de una oda de Pablo Neruda. Con digitaciones lerdas las manos clausuraron el exultatorio tufillo de harina y levadura. Después de alimentarse desazolvó la garganta con un poco de agua y fue al teléfono de cordón enmarañado. Se comunicó a la Facultad. Dijo a la secretaria que no se presentaría a clases porque necesitaba ir al centro médico. Lo había asustado otra amenaza de infarto. Que por favor pasaran a su casa a recoger las calificaciones, el doctor le recomendaría reposo y no las podría llevar. Después de la hora de comida, sin falta. Para entonces ya habría regresado del centro médico y estaría esperando; que entrara el mensajero. La puerta estaría abierta. Avise a la dirección.

Por su parte, él no avisaría a los subempleos vespertinos que le ayudaban a sumar tres mil pesos al mes para sustentar una familia que no le pertenecía y mantenerse a sí mismo con sus duelos y pesadillas.

Volvió a la recámara donde la penumbra había permanecido encerrada. Corrió las cortinas de la ventana mezquina de un metro por ochenta. La luz de un sol de verano incipiente coloreó un poco las cosas; bruñó sin empeño el vidrio de algunas fotografías enmarcadas. El rostro, ahora desaliñado y cansado, reaparecía en varias de ellas sin atildamiento pero con arreglo convencional; participaba rodeado de caras sonrientes o amables o satisfechas, en grupos familiares, de amistades, de discípulos, de personas varias.

En la cabecera de la cama desordenada levantó la esquina del colchón. En el somier reposaba un revólver plagado de pelusilla y una bolsita de plástico con pocas balas. Las recogió y dejó que el colchón cayera a su lugar. Arrojó un soplido enérgico sobre la pistola para dispersar las basurillas. El acuñamiento entre las dos partes de la cama y el peso de pesadillas

y sueños sin memoria no habían desvanecido la frialdad siempre presente del metal. El plástico —o el material que fuera— de la empuñadura, demasiado abrasivo, se le adhirió con rugosidades y aristas pensadas para manos que sudan, que se deshidratan sudando en momentos de nerviosismo excesivo. Él mismo debió vivir esa experiencia. Por un incidente había imaginado, más que sentido, la película de sudor frío entre la empuñadura y su mano. Ocurrió cuando un ladrón se metió en la oscuridad de su insomnio. Pensando en que no debía pensarlo se enderezó y le dio luz a la recámara. Procuró producir sonidos sofocados con la sábana de verano, con su cuerpo asentado en el borde de la cama, con los pies que deslizaba hacia adentro de los zapatos. A sus ruidos se impusieron los de la huida atropellada del ladrón que escapó por la puerta del patio trasero, por donde había cundido la invasión.

Pero siguieron los ruidos en la cocina. No sólo un ladrón había violado la casa, sino dos o más. Con pasos silenciados por el miedo aunque indolentes ante la posibilidad de delatarse fue a recoger el arma. En aquel tiempo no acostumbraba apercibírsela bajo el colchón. Para su desgracia de aquel momento, envuelta en una bolsa de plástico y junto con la bolsita de balas la guardaba atrás de una fila de libros en la recámara que usaba como biblioteca. Los movimientos desinhibidos seguían denunciando a la presencia perturbadora. Con manos ligeramente entorpecidas por el nerviosismo desenvolvió la pistola. Sin embargo, con una destreza mecánica adquirida mediante previas prácticas dolosas liberó el cilindro, lo alimentó a plenitud y lo engarzó de nuevo. Provocando ruidos en vez de evitarlos caminó hacia la cocina. Avenió la puerta con una violencia provocadora que hizo a un gato huir por la otra, la del patio trasero, la que el ladrón en su fuga había dejado abierta. Fue la primera vez que mentalmente asoció la rugosidad y la película de sudor.

Reacomodando la piyama en la cintura con una mano y cargando la pistola y la bolsita de balas en la otra se encaminó

a la sala-comedor con su cara desaliñada y cansada. No necesitaba arreglar más. El telefonazo a la Facultad era como una oportuna dosis de lubricante para la dinámica que seguiría su día. Se sentó en un extremo de la mesa; desde el otro lo observaban libros en desorden, hojas para escribir dispersas, algunas mecanografiadas y unas más pobladas con palabras de grafito o tinta; lapiceros y plumas estaban varados por cualquier parte. No correspondió al guiño solidario de los papeles, prefirió contemplar el revólver inerte sobre la mesa, depositado entre vagas y minúsculas migajas de pan.

Con frecuencia se dejaba fascinar por el inexplicable magnetismo del arma pavonada, azulosa, fría. A causa de esa seducción la había comprado en una época de ingresos excedentes destilados por cursos extraordinarios que había impartido. Al momento de adquirirla sabía que no la necesitaba; no tenía prevista la experiencia del ladrón. La quiso obtener impulsado por el placer del coleccionista, aunque no intentó poseer otra. Conseguir las balas le fue posible después de mucho tiempo, por casualidad, cuando oyó a un alumno comentar con otros que andaba de fayuquero. ¿Podrías conseguirme? El estudiante pudo con facilidad y rapidez porque a eso se dedicaba. La cajita de cincuenta balas le puso en las manos una entidad que requirió correspondencia. Usó unas para probarlas y probarse.

Sin concederles mayor gravedad que las del peso encerrado en un maletín que pasa desapercibido en cualquier transeúnte llevó el arma y las balas al campo. Dispuso sobre una ruinosa pared de adobe encalada un blanco que improvisó con hojas tamaño carta donde vibraban círculos concéntricos dibujados a pulso con un grueso marcador de los que usaba en la clase. Los primeros disparos no dejaron huella en la diana malmanufacturada; ni siquiera en el muro. Asoció el hecho al de que la mano volaba descontrolada, asustada por el estallido y vencida por la potencia del proyectil expulsado. Volvió a intentar dar en el blanco, ahora ayudando a la mano ejecutora

con la otra, como hacen en las películas. De nuevo algunas balas o sus estragos fueron inlocalizables; pero otras evidenciaron su capacidad destructiva en la cal de todas las paredes de la aldea espectral, después de saltar entre el enjalbegado decrépito; luego se fueron concentrando en las áreas más alejadas del centro del blanco improvisado, en los aros dibujados y finalmente dentro del círculo más pequeño. Al regresar limpió el revólver como Alain Delon en el cine. Lo ascó como lo haría muchas veces después, con dedicación y utensilios procurados en la ferretería (un botecillo de aceite ligero, una escobetilla, una franela); improvisó una piola con un cordón de cortinero para pulirle el cañón. Una y otra vez deslizaba la piola para arrastrar los más mínimos residuos de pólvora que pudieran carcomerlo. Miraba contra la luz el pequeño túnel y buscaba las estrías para seguirlas con la vista.

Le gustaba el cuidado que ponía en la limpieza del arma. Lo había convertido en un rito más o menos frecuente aunque después de las idas iniciáticas al campo casi había olvidado la pistola, hasta que se la recordó el ladrón. Ya no salía a practicar, ya sabía controlar la mano pero de vez en cuando gozaba el placer de limpiar su revólver con morosidad hedonista más que con meticulosidad necesaria. No lo usaba pero lo cuidaba como un niño atendería un juguete preferido aunque de fin desvirtuado. Serviría para ser aseado, no para ser usado.

Abandonó el arma entre migajas blandas del desayuno y migajas prohijadas por el olvido en que el trapo de limpiar tenía a la superficie maltratada de la mesa. Fue al otro extremo, donde se arremolinaban los objetos que usaba con cierta frecuencia. Pescó algunas hojas que la intuición dictaría que formaban un conjunto y caminó para sentarse en un sillón densamente empolvado en las junturas, en los rincones y en la parte alta del respaldo. "El teatro helénico como instrumento de sumisión", revelaba el renglón mecanografiado con mayúsculas. Abajo con grafito y letra de amanuense descuidado ondulaba la línea "título provisional". Más abajo con caracteres

iguales se anunciaba que se trataba de una tesis para obtener la maestría en/

Dejó caer los brazos al lado del sillón y con ellas, hasta el suelo, la delgada resma de cuartillas que comentaban la forma en que los gobernantes y los potentados se sirvieron del teatro en la Grecia clásica para difundir las bondades de acatar el establishment, los perjuicios de la soberbia, el fatalismo que acompaña al orgullo, el destino trágico de los insumisos. Al asentarse en el suelo las cuartillas levantaron nubecitas de polvo acumulado por días y meses, removieron rollitos de tamo que la abundancia había expulsado de abajo de los muebles y que invadían ya todos los predios domésticos. Miró el televisor y el estéreo negros trasmutados en grises por la tierra aterrizada. El estante que sostenía los artefactos electrónicos en uno de sus entrepaños y libros en los otros había permitido que escaparan de su piso malformados cilindros de pelusa y polvo que los días rodaban, cambiaban de lugar, engordaban con más y más pelusillas materializadoras del tiempo, del descuido y del abandono.

Dejó en el suelo las hojas de la tesis y marcando las huellas de sus zapatos sobre la capa de tierra suelta y pisando los rollitos de tamo fabricados por el desaseo y el viento fue a hurgar entre los papeles dispersos de la mesa. Encontró uno que parecía interesarle. Lo leyó y se reacomodó en el sillón para volver a leerlo. Las mayúsculas del título decían "Transparencia de lo poco", luego su nombre y abajo las siguientes líneas:

De pocas cosas pude arrebatarle un poco a la vida
un poco de padres
    por ir al trabajo para mantenerlos
un poco de hermanos
    porque la necesidad carcomió mis apegos
un poco de hijos
    porque su madre y las leyes
    los consideraron sólo de ella

un poco de amor
porque el amor se niega a lo poco
un poco de amistad
porque la amistad es como una maceta
un poco de ilusión
porque la frustración es castrante
un poco de palabra
para luchar un poco
por los que carecen de mucho
para escribirme también
para saberme apenas un poco
dueño de mi palabra deleznable y opaca.

Poco puede arrebatarle a la vida el hombre
emasculado de las manos colectoras de esperanza
conquistadoras de distancia
el hombre estropeado del alma que alienta y fecunda
constipado de la palabra
que embellece y devela.
Poco puede arrebatarle el Hombre a la vida
cuando es necesario arrebatarlo.

El texto resentía enmendaduras de grafito y de tinta de bolígrafo; también anotaciones marginales. Una le recordaba que no bastaba con imitar el formato de los carteles inyectores de optimismo mercadotécnico con fondo bucólico; le advertía que no había logrado el sarcasmo y que con esos renglones haría el ridículo. Entre sus circuitos cerebrales no funcionaban los del humorismo. Se le imponía el sentimiento trágico de la vida. A la altura de la penúltima línea había escrito "reconsiderar la mayúscula de Hombre" y, cruzando toda la hoja resaltaba con la misma tinta de bolígrafo barato "No puedo concentrarme".

Igual había hecho un rato antes, cuando trató de leer algo de su tesis, abandonó los brazos a su peso y se le despeñaron a

los lados del sillón. Más abajo, hasta el suelo cubierto de tierra suelta, se precipitó la cuartilla.

Descansó la nuca en el respaldo y con los ojos cerrados esfumó el tamo, barrió el polvo, pulió las superficies; la pulcritud y la luminosidad reintegraron a los espacios una dignidad fulgurante. Destellaron la asepsia y el orden. Estaba oyendo la sinfonía en Re mayor, opus treintaidós de Beethoven, la energía, la belleza, el brillo, la vitalidad. Esto acostumbraba escuchar para mitigar su depresión.

La realidad lo recuperó. La suciedad, el desorden, el autoabandono le disolvieron la alucinación feliz. El adagio de la sonata en Fa mayor opus cinco se le imponía, le enredaba la conciencia con melancólicas redes y nostálgicas luces moribundas entretejidas por el cello y el piano... a pesar del resto de la sonata, a pesar de la intención de Beethoven. El doloroso placer de la tragedia dramatizada por los compases del adagio lo reclamó.

Sin mucho ánimo se paró para activar el estéreo. De entre los casetes escogió la sinfonía en La mayor opus noventaidós, la energía, el brío, la vida; la orgía del ritmo, según Romain Rolland. La sofocó entre los demás casetes y acudió a la Re menor opus ciento veinticinco, La Novena. Limpió en el pantalón la fina tierra acumulada en la cajita protectora y buscó el lado donde tenía indicado el adagio. Antes de encontrarlo la regresó a su lugar y localizó el caset donde él había grabado solo los movimientos lentos de los conciertos para piano y orquesta. Lo instaló y la música del Beethoven melancólico iluminó con serenidad la casa.

La silla del extremo de la mesa donde había dejado la pistola lo recibió de nuevo. Sentado, empuñó el arma y frotándose en la camisa le quitó el polvo y la pelusilla que ya se habían aplazado en el acero. Las bocinas destilaban un estoicismo pleno, claro, generoso, desde el piano y la orquesta embelesados en el *largo* del concierto número tres. Se irguió a medias para alcanzar en el otro lado una de las cuartillas desperdiga-

das. Vio sin leerlos los versos que contenía y la dispuso para escribir en el lado sin usar. Se despegó de la silla para traer una caja nueva de Alprazolam 1.0 mg. que le habían recetado contra el estrés, la depresión o el insomnio. Sacó de su cajita el blíster reluciente de treinta pastillas y se aproximó el ya comenzado unos días antes. Con parsimonia de indolencia caminó a la cocina para traer agua. Desde su lugar en la mesa contempló una escenografía empolvada por la tierra fina que durante mucho tiempo se venía acumulando sin respetar la geometría de las cosas ni la gravedad del planeta. El polvo cubría superficies horizontales, diagonales, curvas y verticales, cóncavas y convexas. En el plano más próximo a sus ojos, sin pretenderlo, había construido un hemiciclo con el revólver y las balas a su derecha; las dos cajas y los dos blíster de Alprazolam en el lado opuesto; el vaso de agua, la hoja para escribir y un lapicero en el centro. Cruzó los brazos dentro del semicírculo y depositó sobre ellos la sien izquierda. La pistola quedó frente a sus ojos. Se enderezó después de contemplar un poco el vacío y escribió en el reverso de la hoja usada.

Quisiera haber pensado que valía la pena
que tenía sentido

Epitafio: Pocos presumirán de haberme conocido;
muchos menos, de haberme ayudado.

Era una venganza absurda, pero una venganza. Cogió el blíster que unos días antes había empezado a consumir y los hizo parir una pastilla. La depositó en la lengua. El sabor amargo ya conocido invadió de prisa las papilas gustativas. La tabletita efectiva se disolvía despacio. La amargura conocida se expandió por toda la boca. No trató de diluirla con un trago de agua. Puso otra junto a los restos de la anterior. La amargura conocida por las papilas no creció. La primera ingesta las había estragado e insensibilizado. Extrajo del blíster una tercera y la aglomeró en la lengua. En seguida, con rapidez, las botó todas de sus burbujas de plástico aluminizado en la base y transparente en la superficie superior. Hizo lo mismo con las del envase nuevo mientras deglutía las que diluían su amargura en la lengua. Recogió todas las capsulitas extraídas de las urnas minúsculas. Cuando las tuvo en el puño aventó la cabeza hacia atrás para soltarse en la boca montoncitos que con pequeños sorbos de agua ayudaba a deslizar hacia el estómago.

Con letra trastabillante escribió en la misma hoja:

Entre dejar que el corazón cesara solo o cesarlo
decidí cesarlo.

Subrayó la palabra decidí. Con manos excitadas por la sustancia añadida al torrente sanguíneo cargó todo el cilindro del revólver. Volvió a apostar su sien sobre el brazo izquierdo reposado en la mesa. Metió la punta del cañón entre los dientes. La amargura se empeñaba en persistir. Oleadas de sabor a Alprazolam le barrían la boca, desplegaban su violencia acerba y su poder somnífero desde los epicentros de las salivaciones, chocaban contra los arrecifes de la dentadura, inundaban desajustes, repliegues, orificios y arrugas.

Una pantalla de televisor denunciaba con inquietas señales luminosas y con sonidos electrónicos lo que ocurría dentro del organismo arrebatado a la intoxicación. Alguien había acomodado en la cama de hospital el cuerpo purgado de Alprazolam. Le había conectado una sonda al lado del ombligo y otra en la hendidura del pene. Una nebulosa conciencia registraba una amargura persistente. El mensajero se había adelantado.

MEMORIA DEL PLOMO

Para Nadia Rosales
Para Ígor Rosales

Esta imagen sí la traigo bien clara. Me la repito en la mente a cada rato, aunque es cierto que de pronto la extravío. (Por eso es mejor darle la inmutabilidad de la palabra escrita, palabra que es realidad cifrada al alcance de los ojos y del poder de evocación). Se me olvida reinstaurarla por allá, por las oscuridades del cerebro donde intenta desvanecerse.

La imagen es del niño Carlos (tiene poco menos de doce años de edad). Trabaja en el rol de pruebas, maquinita tipográfica que sirve para imprimir uno, dos, pocos ejemplares. Es manual. Quien lo usa debe colocar en su planicie la forma de tipos y clichés que va a estampar. De la cabecera derecha tomará un rodillo para entintarla [recordar que aquí debo relatar que Carlos lo está haciendo]. En seguida pondrá sobre ella el papel y recorrerá el otro rodillo, el que se desliza de extremo a extremo sobre rieles para obtener el impreso. Mientras lo hace [acordarme que no debo perder el presente inmarcesible de la imagen que traigo bien clara], Carlos detiene sus movimientos para mirarse el dedo índice de la mano derecha. Un grueso punto de sangre negra denuncia que un pinchazo está cicatrizando. Abajo del coágulo minúsculo, acompañada de un ligerísimo dolor que arde, se encona una astilla de metal, es una rebaba de la aleación de plomo y antimonio que usa el linotipo, máquina de tipografía a la que Carlos fue asignado como aprendiz desde hace unos tres meses, cuando llegó recién desempacado de la escuela primaria.

El niño se mira el punto de sangre seca. El rejón metálico, de plomo, que se lo ocasionó, se le clavó hondo y se resistió a

salir. No lo pudieron aprisionar y extraer las uñas de la mano izquierda de Carlos y parece que cada intento lo único que consiguió fue encajarlo más en el dedo de carne niña. Podría soportar las punzadas hasta que llegara alguien a quién pedirle ayuda, alguien que le desencajara el aguijón clavado por su trabajo. Pudo haberlo hecho más tarde, pero los auxilios le habrían causado más tormento del que sentía, su cara se le habría desdibujado con gestos grotescos que habrían provocado la burla y el ridículo es más hiriente que el dolor y los temores, el ridículo muerde la dignidad y la conciencia. No lo hizo. No pidió ayuda, para qué molestar por un dolor tan pequeño, por una molestia que pronto pasaría.

El pequeño obrero ignora el malestar y vuelve a su tarea. Acaba de entintar la forma de letras (caracteres) grandes de cartel. Extiende sobre ella no papel, sino cartulina blanca. Recorre el rodillo que la imprime y luego la levanta y lee:

HOY NO SE FÍA
MAÑANA SÍ

Repite sus movimientos una y otra vez. Contempla cada pliego de cartulina estampada con la leyenda de ingenio popular que colgada día tras día ante los ojos de los marchantes se burlará de sus necesidades y sus esperanzas y sin darse cuenta jugará con el misterio del presente, este tiempo que sin ser es, el único que es mientras está dejando de ser, igual que les ocurre a nuestras vidas.

Unas cartulinas le parecen bien; las otras las va rompiendo y pone los desechos en la caja que sirve de basurero. El trabajo que está haciendo no es de la imprenta, a donde asiste como aprendiz. Es sólo suyo. Por eso lo hace al concluir el horario de labores. El abarrotero de la esquina de su casa se lo encargó cuando supo que el niño se acomodó en la Tipografía Magunacia. Al principio, el niño y el comerciante habían convenido en

que le haría un letrero, nada más uno, para colocarlo en el estante central del abarrote, donde todos los vecinos lo vieran claridoso y burlón, armadura contra inoportunos y esperanza exterminadora de esperanza. Hoy no se fía / mañana sí. Luego, mientras pasaban los días y Carlos no le llevaba el rótulo, el comerciante le pidió más, no muchos, diez. Se los pagaría todos. El los compraría para regalar algunos a ciertos compañeros y vender otros. A Carlos no le pareció mal, al contrario, de esa manera obtendría el dinero que necesitaba para un medicamento que había comentado su tía [no olvidarme —¿puedo hacerme esta recomendación?— de confirmar en algún diccionario que se puede nombrar *medicamento* a lo que Carlos comprará. Por ahora creo que sí, puesto que se trata de algo que recetaría un *médico*.]

Manda los trozos de otra cartulina mal impresa al depósito de basura. Se chupa los dientes para expresarse enfado porque la que no se repinta sale movida, con el letrero desalineado. Esas no sirven. Después de repetir el pequeño proceso tipográfico una y otra vez al fin completa diez rótulos que le parecen aceptables. Desensambla la forma y regresa a sus lugares en las cajas de tipos y en las repisas, los caracteres móviles; también espacios, interlíneas, cuñas, formituras, hilos. Reacomoda las cosas y luego limpia con esmero el rol de pruebas. Deja para lo último el rodillo y la placa de la tinta porque los debe lavar con gasolina. Entonces siente de nuevo la punzada del colmillo de plomo, la rebaba que lleva alojada a considerable hondura bajo la piel. La gasolina y la estopa saturada con que debe asear lo que ha usado en la impresión de los rótulos le arrancarán el lunar de sangre coagulada que lleva prendido como una verruga y le dolerá con dolor intenso. Termina de limpiar los enseres entintados y trata de quitarse de la piel y las uñas las plastas de tinta. Observa el espacio donde estuvo trabajando y acepta la sensación grata que le regalan la limpieza y el orden que él mismo dispuso. Después va a lavarse las manos con agua y detergente.

Camino al lavadero de rodillos (no puede fregar su piel en los lavabos de los baños porque mancha la porcelana; para una segunda tallada sí podría usarlos) la soledad silenciosa, umbría y fresca a causa de la refrigeración acumulada durante la jornada laboral le estalla en el pecho. No lo había sorprendido mientras accionaba concentrado en el trabajo encargado por el tendero. Ahora la soledad se le agarra al pecho como una hiedra niña, niña como el niño que es él, una hiedra que aunque desapareciera dejaría en el corazón, en las zonas desconocidas que ordenan su manera de ser, y en su mente, un tatuaje, despojos, la sensación de que había estado allí, porque la soledad se prende con uña de gato. [Arreglar esta imagen para que estampe la idea de que al niño se le empieza a enquistar la soledad no sólo por esta escena sino porque ya vive desprendido de su mundo; su mundo no debía ser el laboral.] No la toma en cuenta. La deja ir como a la luz de un relámpago ignorado, quizás porque es esa soledad embozada, que no se identifica pero que la maldad del mundo —y el mundo es la gente—, te va dejando adentro. [¿Por qué no la toma en cuenta? ¿Es que su inconsciente lo está defendiendo de esa soledad por temprana e injusta? Escribir sobre esto.] Se apresura a llegar a donde podrá asearse las manos con estropajo, agua y detergente, controla una sofocación o un gemido, abre precipitadamente la llave del agua. Se distrae restregándose las manos sucias de tinta e impregnadas con los tufos de la propia tinta y de la gasolina. Mientras se asea, el colmillo de plomo le punza de manera intermitente. Al regresar al rol de pruebas para recoger las cartulinas impresas, la soledad que iba a ser suya se hace soledad de la imprenta. [Anotar que las prensas, calladas en su inmovilidad, los miasmas del metal fundido del linotipo que no acaban de extinguirse a pesar de que ya hace casi una hora que dejó de trabajar, el silencio rasgado por las lámparas de luz flourescente que crepitan sobre el rol de pruebas, la presencia ubicua e incógnita, fantasmagórica, del velador, son la soledad de la imprenta. La ausencia de

actividad es una forma de soledad. Es el vacío que se adhiere a los sentidos porque es el de un mundo inaprehensible que establece distancia y ubica ante la vista, el oído, el olfato, el tacto, el sabor a plomo y gasolina para no ser conocido por una mente que apenas sabía algo de juegos, un poco de historia, aritmética y español.]

Carlos procura de nuevo que todo (el rol de pruebas, el recipiente de la gasolina, el bolsón de la estopa, el depósito de basura) quede ordenado. Recoge los rótulos que produjo para el abarrotero y se encamina a la salida. Abandona la imprenta sin que su conciencia niña se altere por la idea de que no estuvo cumpliendo tareas de trabajador asalariado. No le pagan un salario de aprendiz para que imprima cartulinas con leyendas populares después del horario que le corresponde. Lo admitieron como aprendiz y debe ayudar en el linotipo. Esa es su función en la imprenta. Auxiliar en la máquina de teclado que consume un metal de plomo con aleaciones para producir barritas (les llaman lingotes) con filas de caracteres invertidos que al ser impresos pueden ser leídos de forma normal (y, si se puede, produce también saturnismo). Durante la jornada laboral Carlos debe alimentar recurrentemente con metal sólido y frío el crisol de la amalgama fundida para que se mantenga en el nivel apropiado; sacar del propio crisol —en tanto respira los gases de saturnismo—, la nata de escoria; también debe ir llenando con los lingotes de signos que el linotipista va produciendo, las charolas rectangulares a las que les falta un borde y que llaman galeras; al completarlas o cuando el trabajo ha sido terminado por el operario, ha de sacar pruebas en el rol para que alguien le encuentre los errores.

Otras de sus tareas de aprendiz en el linotipo son destrabar, cuando se atora, el mecanismo sinfín por el que regresan automáticamente a su lugar las matrices de los caracteres, ir a la tienda a comprarle cocacolas y cigarros al maestro linotipista (y soportar que cuando pasan por donde él está, los empleados —todos de mucha más edad que él— le agarren las

nalgas o la entrepierna, quién sabe si realmente en broma). [No destacar demasiado este hecho que, por cierto, pudo haber sido el tema del relato por la lastimosa y lamentable cicatriz psicológica que pudiera dejar en el niño. Subutilizarlo para que no bifurque la atención del lector; para que no atente contra el efecto principal del saturnismo.]

Por las mañanas su entrada a la imprenta es una hora antes que los demás tipógrafos porque debe prender el crisol para que el metal ya esté licuado cuando llegue el maestro. Además debe usar la máquina. A Carlos le gusta esto, excepto tener en sus manos niñas el cenicero que el operario deja siempre repleto de residuos de cigarro, pringado de nicotina, contaminado con los miasmas propios del hábito de fumar. Lo odia. Sin embargo arregla la máquina con meticulosidad. Le gusta hacerlo, contemplar luego el artefacto pulcro. Quita polvo y cochambres de la máquina con esmero. Una estopa le sirve para desaparecer la tierra fina de las superficies y retirarla de entre cambas y engranes; con otra ligeramente humedecida de gasolina recoge el exceso de brea de poleas y bandas y la pasta de mugre emplastada en las superficies de rodamiento y fricción.

También pule con grafito las piezas que establecen el espacio entre palabras y, aunque en realidad es lo primero que hace después de encender el crisol, despeja con un cepillo hurgatodo de cerdas rudas la rebaba de la aleación de plomo y antimonio acumulada en las entrañas de la máquina, en los alrededores de donde se acoplan matrices y moldes para producir el lingote de texto, desenquista la escondida en los intersticios [entresijos, coyunturas] y desarraiga la pegada a las superficies (pegada porque cayó cuando el metal aún era un denso líquido). Luego recoge del suelo toda la rebaba. La acumula en un depósito donde ha de esperar a que llegue el momento de ir de nuevo al crisol a ser refundida. En estas tareas de cuidado de la máquina y limpieza del área de trabajo el rejón de plomo se clavó en el dedo de Carlos. Era largo. La

penetración caló hondamente. Se rompió al tratar de extraerlo y la parte que quedó hincada bajo la piel horadó más y más con cada intento de sacarlo. Se puso inaccesible, llegó la hora de entrada del resto de los tipógrafos, se entristraron sin contratiempos las labores del día. La mañana fue deslizándose para huir hacia la nada y Carlos ya no pudo atender al aguijón saturnino que quizás se desplazó otro poco, por acción de las fuerzas internas del cuerpo, rumbo al hueso.

Entregó los rótulos al abarrotero de la tiendita de la esquina y con el dinero que se ganó en la misma tarde compró en la botica el medicamento mencionado por su tía. Porque realmente su tía no le hizo una recomendación sino un comentario de intención oblicua. Como su primo, que junto con Carlos había terminado la primaria, ingresó a la escuela secundaria, lo llevaron con el doctor para que le recetara algo con qué abordar su nueva condición de estudiante y el desarrollo adolescente. El médico prescribió ácido glutámico para reforzar su cerebro porque ahora iba a estudiar más cosas y más difíciles.

Por su parte Carlos ya no sería alumno de ninguna escuela pero consideró que también a él le haría bien el ácido glutámico. En su nueva vida de obrero de imprenta tendría que aprender muchas cosas tal vez tan difíciles como las que iba a estudiar su primo. Ya don Teófilo, dueño de la Tipografía Maguncia le había aconsejordenado memorizar el teclado del linotipo para que pronto lo operara y el niño aprendiz se recitaba mentalmente las hileras descendentes de teclas etaoin shrdlu [aquí anotar con vigor que se me había ol-vi-da-do la columna de cmfwyp] vbgkqj etcétera. El ácido glutámico ayudaría mucho a su memoria. [Confirmar que las versalitas son 1v, 2n, 3c, 4d, 5e, 6f, 7u, 8r y las demás.]

Al día siguiente de que Carlos imprimió las cartulinas para el abarrotero don Teófilo mandó llamar al niño. Cuando Carlos se dirigía a la oficina del patrón el otro aprendiz, el que limpiaba las prensas porque no tenía ni primaria y que era apenas un poco mayor, le dijo a Carlos, con un extraño temor

y como cuchicheando, que don Teófilo se lo iba a joder. Algún empleado adulto, al pasar junto a los niños lanzó su garra a la entrepierna de Carlos. El niño del linotipo la esquivó. Además ignoró una señal obscena posterior con que el adulto se recompensó a sí mismo por la frustración de su escarnio. Por andar haciendo chambitas, le advirtió el aprendiz de las prensas a Carlos con su repulsivo modo de hablar sibilante y despectivo. Se refería a que don Teófilo había llamado al aprendiz del linotipo a causa de las cartulinas que había impreso en el rol de pruebas el día anterior. Carlos no dijo nada. Completó rápidamente el trayecto hasta la oficina del patrón.

Sobre el escritorio de don Teófilo, vasto como una estepa, se alzaba el montón de pedazos de rótulos desechados por Carlos. El niño respiró la atmósfera enfriada por un poderoso artefacto de gas freón, no de aire lavado como los que ahuyentaban el calor que trataba de apoderarse de los espacios del taller. Notó que al santuario de don Teófilo no lo invadían los miasmas del crisol, ni los de las tintas y breas ni los de la gasolina y otros solventes. El velador o el aprendiz de las prensas habían sacado de la caja de la basura los pedazos de cartulina y se los llevaron a don Teófilo para que lo amonestara por hacer chambitas; el velador o el aprendiz. No, el aprendiz, había sido él. Lo que no sabía aquel chismoso era que Carlos no hizo la chambita sin autorización del patrón. Claro que solicitó el permiso. De otra forma no se habría atrevido, los niños no violentan el mundo de los adultos y menos la vida de quienes tienen autoridad. Don Teófilo se lo concedió con la advertencia de que no debía usar cartulina de la imprenta. Así fue. Carlos la compró por pliegos en una papelería del centro. Ni siquiera le pidió al trabajador que operaba la guillotina de la imprenta Maguncia que se la cortara a la medida que necesitaba. Lo hizo él mismo, Carlos, con dificultad y con navaja, una por una.

—Cuántas imprimiste —le preguntó don Teófilo.

Una ráfaga de viento helado (no del Carrier, sino desatado

por las conmociones internas de su desamparo infantil) desnudó al niño. Se miró en la tarde anterior, absorto en su chambita, entre la pestilencia de la tinta y la gasolina, sufriendo el dolor urente causado por el rejón de plomo que el cuidado del linotipo le había hincado en el dedo, desechando cartulinas mal impresas, reordenando todo después de terminar la chambita que le dejaría un dinero para el ácido glutámico.

—Quince —le respondió a don Teófilo. [Miente impulsado por quién sabe qué. Miente para hacer más grave su posible culpa, o para hacerla posible. Hay que recordar que no imprimió quince, sino diez. La mentira tal vez es más grave, pero al niño lo conduce la culpa por lo que se ve en el párrafo siguiente.] El patrón dirigió una mirada rápida al montón de desechos que, traídos desde la basura, invadían su escritorio; lo vio como si tuviera relación con la verdadera cantidad que el niño había mencionado.

—Me pediste permiso para hacer una —le reprochó don Teófilo con una voz sin emoción—. Creí que lo más que imprimirías sería las cuatro que te saldrían de un pliego, pero quince.

El muchachito no supo qué decir. Don Teófilo no añadió nada. El Carrier seguía enfriando la oficina con cierta desmesura que hacía recordar días crueles de invierno. Los desechos de cartulina, el escritorio, don Teófilo y el tiempo desaparecieron para Carlos. Su madre, su familia, los apoyos de la vida ya habían desaparecido mucho tiempo antes. Ahora sólo existían, en el abismo que bajaba desde sus ojos hasta la alfombra que aureolaba sus pies, sus zapatos descuidados y viejos, un tramo de sus piernas y unas oleadas grises de conciencia de sí mismo. El silencio se alargó. Luego lo destruyó la voluntad del patrón. Ya sabes, las chambitas sólo con mi permiso y nada más lo que yo autorice. Llévate esto a la basura, ordenó al niño para dar fin a la entrevista. Carlos comprendió que se había escapado de un castigo severo por ser todavía niño. A los obreros adultos que sorprendía haciendo chambitas el patrón los castigaba suspendiéndolos varios días sin goce de sueldo.

[el presente es el presente] no habérselo comunicado a algún médico porque su memoria sí (lo sabía él, que escuálida la llevaba encima), sí le venía escascando y se disminuía cada vez más. Un viejo debe aprovechar los lapsos de lucidez que le concede la memoria deslavada para escribir su experiencia en un relato que le permita ganarse, en un azaroso concurso literario "para personas de la tercera edad", unos pesos que le alivien la angustia de la sobrevivencia sin pensión.

Por eso ahora, muy recientemente, inventaba lo de la imagen bien clara y todo el resto del relato, porque Carlos soy yo y debo retratarme o reinventarme para solventar mi existencia hostilizada por las infidelidades de la memoria. Las palabras tienen la virtud de reproducir la memoria y de convertirnos en historia. La palabra escrita es una memoria recuperable, memoria, madre e hija de la Historia, de la única e insatisfactoria trascendencia, caricatura de infinito, frágil sucedáneo de eternidad. Cuando la memoria es deleznable la nada es una amenaza más angustiante. [Debo acordarme de quitar o arreglar con volición y denuedo de escritor todo lo que está entre corchetes a lo largo del cuento.]

EL PORVENIR DE VIRGINIA

Para Tomás Ledesma

Por un momento, casi sin pretenderlo, Virginia se preguntó qué sentido podrían tener las palabras de Ruth. Antes de aceptar alguno se dejó envolver por el mismo blindaje eficaz que protegía sus años núbiles de la obscenidad, del dolor, de la felicidad, de lo nauseabundo, de los letreros y dibujos soeces; de las procacidades que le dirigían los hombres en la calle o las que podía oír y ver entre los trabajadores de la imprenta. Era la misma armadura que la protegía también de los humos y otras inmundicias que le salían al paso cuando recorría sus caminos urbanos, una protección inexplicable pero eficiente que le permitía percibir y que no requería la participación consciente de su cerebro para rechazar. Así, las palabras y las cosas se quedaban allí miásmicas, groseras, pero perdidas en otra realidad separada de ella por el amparo que le concedía alguna fuerza desconocida acuartelada en alguna recóndita fortaleza interior.

Podía seguir oyendo a Ruth. Se había acostumbrado a sus conversaciones, sobre todo a las que eran como la que ahora estaba tramando. Ruth platicaba ahora igual que siempre, como si nada. No parecía que nada la hubiera cambiado. O es que tal vez un cambio así, como ése, no se puede notar tan fácil. De hecho, en el trato con Virginia aquella compañera de trabajo y amiga seguía siendo la misma, aunque por dentro la Ruth que tenía enfrente, a la que seguía oyendo ya fuera otra. Podría haber cambiado, pero una cómo lo puede notar. Además, según parece nomás cambió hacia mí y si esas mudanzas no se captan, menos cuando una las quiere ocultar. Menos. Y

seguro que una transformación así no ha de cambiar el modo exterior de una. Pero puede ser. Puede ser que ella sea una hipócrita; que me siga tratando igual porque ya me jodió/ según ella.

Las palabras de Ruth que estaban oyendo Virginia y las otras obreras de la imprenta eran las mismas. O más bien lo que contaba Ruth era algo oído reiteradamente y eso hacía creer que sus palabras se repetían. Pero no era así. Hasta su forma de hablar había cambiado desde que se convirtió en la querida de don Anselmo, el patrón, el dueño de la imprenta. El la estaba enseñando a expresarse. Virginia misma lo reconocía cuando platicaba con las otras trabajadoras. Desde que Ruth era querida de don Anselmo las sorprendía con expresiones que les parecían pedantes o refinadas pero que no dejaban de impresionarlas. Ruth decía, igual que el patrón, *dejase*, en vez de dejara; también decía la radio y no *el* radio.

Pero si había un cambio adentro de Ruth respecto a Virginia eso no tenía por qué hacer variar sus pláticas ni sus actitudes que no desentonaban con su cuerpo alto y tan atractivo que desde los últimos años de la escuela primaria —ella misma se lo presumía a Virginia— ya hacía a los hombres voltear a verla, hablarle, sugerirle, y a Ruth sentir deseos de dejarse llevar no por lo que aquellas manifestaciones prometían en su obviedad, sino por lo que habría más allá. Pensaba que tras la procacidad existiría algo que debía ser satisfactorio o por lo menos atrayente, tan poderoso que volvía groseros a los hombres. Cuando pasaba eso ella se aseguraba de que no la veían y sonreía para sí misma y para ellos, que estarían ignorando que les correspondía sus flores y peladeces. Tampoco en Virginia había variado la admiración que sentía por su amiga y compañera de trabajo, la admiración por la que ahora podría oír la sin desconfiar, sin temer de ella una acción preocupante, aceptándola así, tal y como se le presentaba ajena a dobleces y recovecos sombríos. Si a simple vista no se le notaba nada, cualquiera podía pensar que no era cierto el borrego.

Pero todos sabían que a pesar de las apariencias era cierto.

Su amiga y compañera le había pedido a don Anselmo que despidiera, que corriera a Virginia, que Virginia fuera la primera liquidada cuando llegara la máquina de encuadernar nueva. Fue en el motel donde se lo pidió. Se sabía por ella misma, por Ruth, por sus pláticas incontenibles y despreocupadas. Estaban en el motel en el que se quedaba ella sola después de que don Anselmo se regresaba a su casa, a su cama y a su esposa, relataba la propia Ruth. Prefería no volver en compañía de él y quedarse hasta la hora adecuada para llegar a la imprenta la mañana siguiente porque le gustaban la habitación, el baño; la abundancia de lámparas en los techos, en los rincones, en el tocador, en la cabecera de la cama y en las paredes; gozaba la abundancia de luz en todos los espacios. Se quedaba sola en la habitación del motel no porque no pudiera llegar tarde a su casa sino porque además de la luz de todas las lámparas encendidas disfrutaba la alfombra, el azulejo del baño, la fría pero precisa distribución de los objetos y los espacios, la limpieza palpable y la posibilidad de disponer, mientras estuviera allí, de todo, de las luces y del agua, de su soledad no trágica ni cómplice, de sus pies descalzos y de su desnudez.

Pero cuando se refirió a Virginia todas las lámparas estaban apagadas, don Anselmo reposaba recargando la espalda en la cabecera de la cama, la penumbra autorizada por persianas y cortinas a veces era anulada por el destello sofocado de los faros de un automóvil que se deslizaba por la carretera, ella, de costado y con su cara de frente a la cadera del patrón cubría con una mano amorosa el sexo satisfecho de don Anselmo, la llave del hombre descansa después de entrar en la cerradura de las delicias que guarda la mujer. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste la otra vez?, le preguntó.

Sabía que la evocación de aquel momento de unas semanas atrás, casi igual al que estaban viviendo, haría comprender de qué hablaba. De qué, contestó don Anselmo sin abandonar la lejanía en que se encontraba. Lo que me comentaste, que le traías ganas a Virginia. En correspondencia el patrón liberó

un gruñido difícil de interpretar. Déjala. Pobre, siguió Ruth, está muy chica. A lo mejor tiene porvenir. Mejor córrela, despídela cuando llegue la máquina nueva. No siguió. En el silencio tolerante quisiera haber seguido, pero sabía que el patrón la oiría sin impacientarse porque ya tenía su decisión hecha y la consumaría. Por ello no siguió. Quizás había ocurrido de otra manera pero así es como Ruth lo contaba.

Y no es repugnante a pesar del calor, del olor, del peso sobre una, volvió a escuchar Virginia. No, no es desagradable sentir los sudores allí, al contrario/ Ahora va a salir con que eso lo sintió por primera vez en la playa y que desde entonces le gustó, quiso Virginia reconstruir palabras e imágenes ya antes oídas de la querida del dueño. De todos modos, su memoria alimentada por los relatos de la amiga y compañera de trabajo la hizo evocarla al lado de don Anselmo recorriendo un pueblo costero de mil habitantes y avenida principal —y única— de ocho cuadras que a la vez era la carretera, donde hacía un calor igual al de aquí, pero allí está el mar. En los moteles las albercas tenían agua dulce y en las calles sin pavimentar las piedras redondas quemaban igual que la arena asoleada, y las piedras de laja se clavaban en la planta del pie cuando una caminaba descalza.

Virginia siguió repasando las imágenes creadas en su mente por los relatos de Ruth que caminaba, sin calzado playero, como entre espinas, cogida del brazo fuerte, seguro de don Anselmo, calzado con sandalias de hule. El cuerpo masculino moldeado por ejercicios de karateka, debajo de los vellos abundantes y enmarañados ya estaba rojo como un crepúsculo pero su pelo blanco se le veía igual de hermoso que en la noche, cuando paseaban por la carretera a lo largo de la calle principal.

Los relatos de su amiga eran siempre los mismos no solo porque calcaban hechos y palabras, aunque éstas a veces incluyeran novedades como la presente ocasión en que había aparecido por vez primera ese re-pug-nan-te que Virginia no había retenido en la mente a pesar de que, ahora lo recordaba,

ya lo había oído en alguna radionovela. No, las pláticas de la amante del dueño eran lo mismo que lo asentado en el fondo de ellas, autoaudiencia, autocomplacencia, regodeo, un recontarse a sí misma, revivir todo aquello no para quien la oyera, sino para Ruth. Los auditorios no le importaban, podían ser como el de este momento, compuesto por las tres mujeres: Virginia, la otra jovencita y la vieja/ O como el que fuera, con tal que la oyeran.

Y era igual en la mañana, todas las mañanas antes de empezar a trabajar, antes de que llegara don Anselmo. Mientras los obreros y los muchachitos aprendices hacían por allá su bola, sentados en la plataforma de la guillotina del papel y en las mesas de junto, para platicar peladeces, acá, Ruth, refería sus aventuras con el dueño de la imprenta y otras, hasta que alguien gritaba ¡aguas! para que todos corrieran a sus lugares de trabajo en las máquinas, en los chivaletes, en las mesas. Venía el patrón. Y también en las tardes, al concluir la jornada, igual se hacían los grupos platicadores y se prolongaban hasta que una secretaria o el mismo don Anselmo venía a decir que ya se iba a cerrar.

Las charlas entre las obreras de la imprenta las acaparaba Ruth desde que era querida del patrón porque tenía muchas cosas que contar y porque las otras mujeres la oían por curiosidad y porque sentían que le obsequiaban la deferencia respetuosa —y temerosa— que merecía por su condición de amante del dueño de la imprenta.

—¿Cómo es la palabra esa que dijiste, Ruth? - preguntó Virginia con secreto agradecimiento para su curiosidad que le dio la oportunidad de cortar la plática que ya no quería seguir oyendo.

—¿Cuál?

—Esa, como la otra: desagradable.

—¿Desagradable? Ah, sí, repugnante. Repugnante, ¿no?

—Sí, esa.

—¿Por qué? ¿Nunca la habías oído?

—Sí, pero no me había fijado.

—¿En qué? —preguntó una de las otras mujeres sentadas en la mesa de compaginación. Virginia iba a contestar cuando la interrogadora siguió—. vámonos ya, ¿no?, ¿o vamos a velar?

—¿Vamos a velar? —repitió la pregunta Ruth.

Virginia se ruborizó. Todas se quedaron en una pausa de espera. La mente de Virginia retomó el sentido de sus cavilaciones provocadas por la conversación de la amante del patrón. Se lo habían asegurado, ella era una de las primeras que iba a liquidar don Anselmo. Ruth lo había dicho. Por eso es seguro. Y no porque el dueño lo hubiera decidido así. Más bien había sido la misma Ruth. Para dárselas de importante ella así lo había chismeado. Yo le dije a don Anselmo que la primera despedida fuera Virginia.

Si en realidad esas habían sido sus palabras Virginia podía considerarse en la calle. Las otras no tenían por qué decir tales mentiras/ aunque quién sabe, con lo de la máquina nueva. Y todos los borregos que soltaba Ruth se hacían realidad. Si no, allí andaba el último. Había soltado el de que iban a traer una encuadernadora automática. Por eso despedirían a alguien. Y allí estaba, bueno, no la encuadernadora mecánica pero sí su inminente presencia. Una secretaria les había mostrado primero la publicidad de la compaginadora; después la carta impresa con caracteres de máquina de escribir en la que se hablaba de don Anselmo como uno de los clientes "potenciales". Y con ello la prueba de que los borregos que Ruth soltaba se volvían realidad. Apenas hacía unos días la secretaria les había enseñado la copia de la remisión. El mecanismo automático que sustituiría trabajadoras ya vendría en camino.

Entre los zumbidos y traqueteos de la guillotina del papel, la respiración violenta de la Heidelberg de aspas, el machacar monocromo de las prensas de mano, los ruidos toscos y tintineantes del linotipo y el frívativo funcionar de la refrigeración ellas podían platicar mientras compaginaban, doblaban, encuadernaban, empaquetaban folletos, revistas, blocs de facturas. Estaban contentas con sus condiciones laborales y recordaban que doña Laura les contaba cómo cuando empezó a trabajar en una fábrica de vestidos, hacía cerca de treinta años, no les permitían a las obreras tanta libertad como ahora que podían platicar sin cuidarse del patrón mientras sus manos no dejaran de producir; podían ir al baño y tardarse sin que nadie les dijera nada y hasta hacerse un cafecito con agua de la llave. Ruth lo confirmaba, en el otro empleo que tuvo el dueño no les dejaba oír *la* radio y en cambio aquí don Anselmo les había regalado el aparato para que oyeran a Los Panchos, al Trío Sentimental, a Los Dandys. Él les había regalado el radio y podían oírlo todo el tiempo porque no se calentaba, no era de bulbos, era moderno, de transistores. Si no fuera por la maldita máquina nueva.

Virginia consideró en sus adentros que efectivamente podría ser perversa Ruth, que no tenía nada de malo creerlo así porque se lo merecía. En verdad era mala su amiga. Y ella no la había visto así nunca. No le había parecido mala. No le había parecido algo qué reprobar; algo qué calificar de malo que fuera la querida de don Anselmo; que sin medirse relatara sus historias sexuales que ella llamaba sexodiseas; que supiera aprovecharse de su cara, de su cuerpo y de su simpatía; el que no llegara a su casa en algunas noches, algunos días, algunas vacaciones por irse con don Anselmo. No, no era mala Ruth. Cómo, si en pareja caminaban por las tardes al salir de la imprenta recorriendo las calles del centro, antes de irse juntas al barrio; si cuando se les hacía tarde viendo los aparadores la acompañaba hasta su casa no porque a Virginia la reprendieran o le mostraran enojo por el retraso y la amiga tuviera que interceder; sino porque a Ruth le gustaba andar con ella. Por cierto, a Virginia le parecía que Ruth alargaba el momento de regresar a su casa sola, donde estaba sola su mamá. Ya fuera de la imprenta la querida de don Anselmo le platicaba mucho de la señora, de su enfermedad; de cuando la señora hacía dulces de calabaza, de viznaga, de camote para vender y mantenerse; de cómo la misma Ruth cuando niña la robaba con

hurtos de niño; de cómo a su mamá en vez de dulcera le hubiera gustado ser profesora; también del primo que les ayudaba a vender los dulces, el que se la jodió sin chiste cuando los dos eran muy chicos.

Virginia había notado que le cayó bien a la amante del patrón desde que se conocieron, hacía poco más de un año, cuando Virginia llegó a la imprenta al dejar la escuela primaria. De alguna forma se notaba la preferencia que le dedicaba. Por ejemplo, cuando charlaban entre todas, Ruth se dirigía más a ella, incluso más que a doña Laura, quien por su edad la podría entender mejor; cuando llegaba retrasada al trabajo saludaba primero a Virginia; al salir en las tardes de la imprenta, cuando todo era entre rojizo y dorado por el sol que moría Ruth prefería irse con su amiga y le contaba cosas que a otras no les decía. A ella, aquellas confidencias le hacían cultivar un gran aprecio por la amante del patrón, sentía que la quería como a una hermana y que Ruth así la debía ver.

Y ahora por culpa de la máquina/

Aunque Ruth seguía igual, era la misma, se portaba como antes. Eso hacía que Virginia se considerara más victimada. No la crispaba un odio denso y dominante hacia Ruth, sino apenas aisladas aunque incontrolables ráfagas de resentimiento. Debería odiarla, pero no. Más bien se entristecía y nadie se lo notaba. Nadie se lo había comentado y ella sentía que una luz interna, tenue pero suficiente para mantener viva la amistad, se le apagaba por instantes cuando pensaba que su amiga, su hermana, Ruth le había pedido a don Anselmo que la despidiera. Claro, la querida del dueño trataba de desvanecer los borregos cuando ya no le convenía que circularan. Varias veces, la primera por ella misma, las otras porque Virginia se lo preguntaba, había afirmado que no, que don Anselmo no iba a correr a nadie. No liquidará ni a doña Laura, le aseguraba Ruth y no volvían a hablar de eso; eludían el tema. Ruth quién sabe por qué; Virginia porque quería creerle. Ruth seguramente hablaba con la verdad; Virginia no quería hacerla sentir incómoda, como atada con alambre de púas por las mentiras. De todas maneras Virginia pensaba que su amiga y compañera de trabajo no tenía razón para no decirle lo que creía que iba a pasar, para no repetirle a ella lo que ya les había dicho a las otras: Virginia va a ser la primera que liquide don Anselmo, yo se lo pedí. Virginia sentía que se quedaba a oscuras por dentro, desamparada, victimada.

Por su parte, don Anselmo, el día que la más aventada se decidió a preguntarle entre risas que trataban de suavizar los filos de la interrogación, que si iba a correrlas cuando llegara la encuadernadora automática, les había asegurado que nadie iba a ser despedido. No se preocupen. Y se fue a su oficina como si huyera, aunque así era él, con todos llegaba mientras estaban trabajando y nada más cruzaba unas palabras barnizadas con motivos de solidaridad o camaradería, demostradoras de que era igual que nosotros, pero como que no podía estar mucho tiempo así y se retiraba y eso que hacía para acercársenos parecía que lo alejaba más, lo ponía más en su trono de patrón. De todos modos lo queremos. Cuando sale de la ciudad a las ferias de maquinaria de imprenta lo extrañamos altote, canoso, elegante hasta cuando no usa traje, siempre bien rasurado y fresco, seguro y fuerte por su disciplina de karateka. El dijo que no iba a correr a nadie, pero Ruth dijo/

Es casi seguro que solamente ella se va a quedar. Las demás, al desempleo.

De cualquier manera se aseveró Virginia que pronto sabría si Ruth era tan gacha. Nunca había encontrado algo en ella que sirviera para decir que era mala. Ahora, si don Anselmo corría a Virginia, Ruth sería indudablemente perversa, habría hecho la maldad precisamente a ella, a Virginia, quien no creía que su amiga tuviera un alma/ Sí, sí era mala, precisamente por todo eso, por ser querida de don Anselmo, por el hecho de que todo le parezca cosa de risa, por desvergonzada, porque no le dicen nada en su casa cuando no va a dormir. Todo

eso prueba que sí es mala, que es cierto que le aconsejó a don Anselmo que me corriera a mí primero.

La vieja doña Laura y la más joven de las obreras, más joven que Virginia, saltaron de la mesa en que estaban sentadas para quedar de pie y recoger algunas cosillas personales.

—¿Todavía puedes, Laura? —le preguntó Ruth.

—Todavía —afirmó la vieja—; si puedo seguir aquí cómo no voy a poder echar un brinquito —agregó sin dar importancia a lo que decía.

—A ver, a ver, diga una frase/

—Bueno —dijo para darse tiempo de pensar—. A propósito de brincos y vejez sepan que las necesidades existen en proporción inversa a las incapacidades.

—De veras. Dinos más de tu filosofía —pidió Ruth.

—Qué. Los viejos comen, caminan o llegan al día siguiente por necesidad, inercia o desamor. La atmósfera de los viejos es la desesperanza porque respiran la decrepitud de sus capacidades y la impotencia de sus habilidades.

—¡Bravo! —gritaron, y rieron sin burla.

—Vámonos pues —dijo doña Laura—. Con la vejez se van dejando cosas no porque no se tenga necesidad de ellas sino porque no se tienen fuerzas para retenerlas. Al final se poseen sólo necesidades y no energías. El viejo va dejando todo hasta que se queda sólo solo con necesidades y sin fuerzas para satisfacerlas.

—Ya párele. ¿No vas a velar Ruth? —preguntó la más joven con una entonación intencionada que hizo reír a todas.

—¿No vas a sudar como en la playa? —siguió doña Laura, también con la intención de hacer reír pero con voz neutralizada por la conciencia de su edad y la aridez de sus desengaños.

—No, ahora no se le antojó a don Anselmo darme horas extras —contestó Ruth entre nuevas descargas de risa.

—Tus horotas —comentó la más joven, cacareando por sus risotadas; con las manos caricaturizaba el tamaño de un falo erecto.

—Se van a mear.

—¿Se van? Nos vamos/

—¿No te las quiso dar?/ si tú eres quien se las da/ Pero no horas extras/ sino/ —dijo la más joven también entrecortada por las carcajadas y por la intención de alargar el chascarrillo. Sabía que al hablar de *darlas* no necesitaba completarlo, que era sobrentendido y efectivo.

—Ya. Órale, vámonos —ordenó Ruth, mientras con su pañuelito, con un refinamiento increíble, casi como lo actuaría Elizabeth Taylor, se enjugaba las lágrimas provocadas por la risa desbocada —. Ya nomás a nosotras nos está esperando la secretaria.

El grupo de obreras se encaminó hacia la puerta. Virginia se metió las manos a las bolsas del ajustado pantalón vaquero de mezclilla que le estrechó más las nalguitas casi infantiles. En la derecha sintió las llaves de la imprenta, las llaves personales de don Anselmo, y en ambas manos el sudor que nunca antes las había mojado. La transpiración empapaba el recuerdo del momento y las palabras con que don Anselmo se las había entregado esa tarde, empezaba a anegar de incertidumbres lejanas y certezas próximas una espera. Lo bueno era que ella ya no tenía por qué preocuparse a causa de la llegada de la máquina nueva.

NADIE REGRESA

Para Margara Garza

El que se va nunca regresa. Este enigma no fue atronador aforismo de oráculo de nuestros días ni de alguna esfinge como la que debió satisfacer Edipo. Asaltó mi mente así, como enigma y no como proposición filosófica a pesar de mi amistad con Pítaco, discípulo de los sofistas. Por lo demás, cualquier ciudadano puede elaborar similares lucubraciones si se desliza por los laberintos del cerebro y utiliza las herramientas de la razón, sobre todo si enfrenta circunstancias que no debe sino afrontar; digo, cuando su vida llega a un extremo que *debe* traspasar. En trances de límite y necesidad el ingenio se agudiza para penetrar las fisuras más finas, los resquicios más estrechos concedidos por la vida que ha decidido macerar una existencia y hacerla con la temida muerte una inerme masa de caos. Es ese el momento en que el pensamiento inventa enigmas o juega con variantes —forma de irse escurriendo por las fisuras—. Así pues, se puede enunciar este otro: *el que regresa nunca es el que se fue*. Cierto, porque cómo va a ser posible que alguien regrese si al irse no era éste que ahora viene, éste, digamos, *otro*, que se presenta detentando una experiencia que aquel al partir no poseía. *El que regresa no es el que se fue*. He aquí una reformulación más, porque quien llega carga algo —días, caminos, sucesos— que el que se alejó no llevaba en su entendimiento, ni en sus carnes ni en alforja. En fin, para acercarme a lo que interesa del hecho que provocó el enigma y me puso a lucubrar, diré que quizás la variante más estremecedora es ésta: *nadie regresa*.

Esos juegos del pensamiento, el sofismo y la verdad, descu-

brirlos y descifrarlos era un esparcimiento que todavía nos toleraban a Pítaco y a mí los ciudadanos de Hecalia. Más aún, creían que despilfarrábamos el tiempo en ello cuando nos divisaban en lo más alto de este peñón sobre el que nació nuestra amistad y desde donde podíamos ver a nuestros pies el piélago heleno; desde donde columbrábamos, al mirar al otro lado, nuestra polis aureolada por el destello de riscos y acantilados a los que se agarra para no caer al mar y, en el derroche de fabulaciones derramadas por nuestra conversación, desde donde contemplábamos la ciudad monstruosa en aquella era mentida, lugar y tiempo que inventaba nuestra lúdica imaginación. Trizada y enredada por una trama de calles y calzadas, había recibido de Pítaco el nombre de Torreón. Como ciudad resultaba necesario conceptuarla, no mar de edificaciones aunque fuera un océano de construcciones, altas unas pocas; muchas de ellas bajas, como las nuestras. Desde lo más alto del más alto peñascal de Hecalia veíamos a Torreón como gorgona gigantesca. Las rutas que deslindaban sus predios se doraban como cabellos de rubia helena con la aurora, se argentaban como crenchas de medusa albina cuando las bruñía el sol cenital, se arrebolaban como melena de hirsuta pelirroja en el crepúsculo.

Pítaco no se enfadaría cuando yo contara esto. La digo porque él temía provocar desazón con las excentricidades de nuestro ingenio. Prosigo: conversar de Torreón nos ubicaba allá porque grande es el poder del pensamiento y del vocablo que lo manifiesta. Evocar es potencia de la palabra; fantasear, de la mente. Pítaco me enseñó a gustar el vocablo que como piedra magnética atrae la realidad; la imaginación que como imán atrae otras dimensiones. Él había ido a estudiar a la esclarecida Atenas, con los sofistas. Lo regresó a Hecalia la inquietud ciudadana por la querella contra Sócrates. El padre de Pítaco lo quiso apartar del conocimiento del escándalo y del escándalo del conocimiento. Sócrates podía o no ser culpable, pero el señor prefirió recoger a su hijo en tanto la efervescencia por la conducta del Sabio y los rumores que causaba su inminente

juicio acababan en absolución o condena. Otra vez avecindado entre nosotros, Pítaco era otro Pítaco. Vino rebosante de un saber que perdimos día con día los jóvenes que no pudimos acudir a recibir las luces del más sabio de los sofistas.

La conversación de mi amigo trajo nuevas realidades. Visto de otra manera, su palabra conducía hasta mundos extraños y diversos a quienes lo escuchábamos. Por lo menos a mí. Sus narraciones semejantes a las de los aedas me transportaban —nos trasladaban a él y a mí— a otros universos o, por mejor decir, a otros espacios y a otros tiempos. Para platicar de todo eso, hacerlo posible, para explorar posibilidades de la mente escalábamos el farallón cimero de Hecalia. Trillando como carneros las lozas y los pedruscos calizos del suelo deslavado por el viento rapaz y salobre subíamos a dialogar y a compartir las figuraciones de la imaginación, la magia de la palabra, la gimnasia mental de los enigmas.

En lo alto del risco, deslizando la vista por sus albeantes faldas, por el nacarado mar heleno, por la blancura de los cantiles lejanos y por la modorra del pueblo, oteábamos como si lo hiciéramos desde una atalaya o un torreón. Allí empecé a oír a Pítaco de Hecalia comparar a la metrópolis que inventaba y que localizaba en una parcela del tiempo futuro que llamaba Siglo Veinte, con una cabeza de gorgona de serpenteantes calles y calzadas; me sobrecogía escucharlo cuando la describía infestada de enormes cucarachas y refería sus fabulosos y horrendos artificios concebidos para fabricar, viajar, rebalsar lagunas pestilentes y hasta volar lejos.

Por la amplitud de las velas de su imaginación, tal vez por las luces recibidas de los sofistas en Atenas, Pítaco había llegado al sitio fantástico que llamaba Torreón. Esto ocurrió antes de que empezara nuestra amistad, vínculo que me permitiría embeberme con sus narraciones de aquellas mentidas realidades. Solo, como filósofo, subía al peñón de piedra plateada y, en la magia de las imágenes y la palabra, descendía un poco por la falda erizada de singulares matas espinosas —descono-

cidas por nosotros— para ver la urbe desmedida. Luego, retomaba la cima y, saltando veloz como carnero, bajaba a nuestro lado y nuestra época helenos. Llegaba pletórico de figuraciones, impresiones y vocablos.

En una de esas ocasiones lo conocí. Esgrimí la iniciativa para la erección de nuestra amistad. Yo era de los que no podían ir a Atenas y secreta y débilmente ofrendaba tributo a la inteligencia y a los inteligentes. Él, gustoso compartió conmigo lucubraciones e imaginerías. Me relató muchas historias tachonadas de cosas imposibles en las que lo único posible era su historia mentirosa, seguramente después de que su razón y sus corazonadas le advirtieron que podía confiar en mí.

Ya en las estancias de la amistad, para colmar mi sorpresa me confesó el modo en que el ascenso a lo más alto del peñón, lo que es decir a lo más profundo de su soledad, le permitió acercarse a una ciudad grande, coronada de sucias nubes que él, en su momento, oyó designar con el nombre de Torreón. Por unos niños de allá supo a la polis instalada en la época que los pequeños denominaron Siglo Veinte. La fabulación de Pítaco trasmutaba el farallón más alto de Hecalia en un cerro centinela de Torreón. Ambas elevaciones naturales destellaban por la albura de sus rocas expuestas al sol inclemente y a la luna de luz suave. Desde la cúspide mi amigo podía percibir la urbe derramada en una desmesurada llanura partida por un río seco; sus casas se arbolaban para refrescarse y ornarse; lo triste es que no la besaba el mar.

Pítaco convidaba esas historias fingidas a quien se ganaba su confianza. Yo me acostumbré al gozo de escucharlo narrar como portentoso rápsoda. Comencé a acompañarlo a la cumbre, a sus prodigiosas transmigraciones, a la ciudad del Siglo Veinte. Al regresar ya no éramos los mismos. No regresábamos. Nos convertían en otros las historias mentirosas participadas en aquel elevado apartamiento de alucinaciones y prodigios.

Durante mucho tiempo seguimos escalando los riscos calizos resecados por el viento y el sol para emplazarnos en el

suelo rocoso del cerro vigilante hincado en el Siglo Veinte con la metrópolis a sus pies. Otros jóvenes, como yo, tuvieron el don de escuchar aquellas narraciones y subieron con nosotros, mas no se dejaron seducir y trasplantar por la ficción. Los sobrecogieron las fantasías de Pítaco, pero el escándalo es una de las desembocaduras por las que escapa el río del asombro. El escándalo por los relatos del que vino de aprender en Atenas a la luz de los sofistas, por el pensador que escalaba una cima para vivir ensoñaciones que publicaba, despertó la desconfianza de Hecalia. La aldea se alzó contra Pítaco como Atenas contra aquellos dos filósofos: Sócrates y Anaxágoras de Jonia.

Aquí debo contar, antes de relatar por qué mi amigo no regresó, como pudimos saber algo más sobre Torreón. Ya dije que subir al peñascal nos permitía bajar a la otra realidad. Instalados en la cima, un día por las rocas blanquiazules y esquivando las yerbas espinosas del cerro centinela vimos vagar a los dos niños que Pítaco de Hecalia conocía. Trepaban por las faldas pedregosas entre las matas agresivas. No sé si subían desde Torreón, mas sí lo hacían desde la imaginación de mi amigo, desde las figuraciones prodigiosas que su plática me prodigaba. Nos pusimos a departir con ellos. En ese otro tiempo y en ese otro espacio donde nos ubicaba nuestra conversación de jóvenes helenos abstraídos en su vocación de fantasear, los pequeños parecían diferentes a nosotros; distintos sus hábitos, creencias y costumbres. Gracias a esos niños, pues, pudimos nombrar las miríadas de cosas nuevas que abarrotaban su proliferante mundo. Supimos de las cucarachas magníficas, de los artefactos mecánicos y otros que desde el peñón y el cerro podíamos ver o no ver; de los usos y creencias de aquel lugar. Nuestro atuendo deslumbraba a los niños; acallamos nuestra curiosidad por el de ellos. Hablaban una lengua bárbara que con naturalidad les entendíamos; ellos descifraban sin esfuerzo la nuestra. Pítaco les pidió traer sus instrumentos maravillosos donde —nos habían informado— estaban conte-

cos, grietas y cactos y localizamos a los niños conocidos. Les pedimos el libro que sería la prueba a vencer por la inquina de los jueces. Regresamos. De nuevo en Hecalia, lo exhibimos. Pítaco lo hizo. El objeto traído desde la latitud mentida y el poder de su palabra provocaron la admiración y el escándalo, el vituperio y la sorpresa. Yo solamente acompañaba a mi amigo. Él, la prodigalidad de su imaginería más bien, era la puerta para abandonar la realidad próxima y llegar a otras dimensiones, otras épocas, otras geografías y por eso nada más a él lo citaron los magistrados. Se presentó ante ellos con la satisfacción de llevar la verdad en el espíritu y —mediante el libro— en las manos. Los jueces ya conocían, aunque deformado por la maraña de rumores y versiones, lo que Pítaco aportaría como prueba de la integridad de su palabra. Sin embargo, con los ojos en la testificación traída del Siglo Veinte, la admiración en unos fue superlativa; en otros, la frialdad objetiva fue el disfraz de su espanto y su estupefacción.

Los señores de la justicia encontraron que la culpa de Pítaco era doble y que las supuestas herejía y traición a nuestro Estado invocaban la pena mayor. Después del dictamen y aún considerándose merecedor de premio, no de punición, como trofeo mi amigo elevó la prueba ante la asamblea, luego la bajó y leyó los signos estampados con privilegio: *Historia sagrada para niños*. En seguida buscó una parte ya seleccionada y sin mirar a los jueces volvió a pasar la vista por las grafías para enunciar en voz alta, como desde otra realidad, lo siguiente: "Fue un converso judío llamado Saulo de Tarso quien recorrió la Hélade para llevar la sagrada buena nueva a los paganos, el testimonio del dios único y verdadero".

—Esto debe convencerlos, señores de la ley y sustentos del Estado; los paganos que aquí aluden las combinaciones de este extraño alfabeto somos nosotros y este objeto donde descifro se llama libro allá en el Siglo Veinte —dijo Pítaco a los jueces.

Ellos recogieron el objeto, sopesaron su volumen y sus poderes. Como si fueran los peores bárbaros, los señores de la

ley la potencia que más le admiraron fue la de ser fuego. Pidieron una tea y allí mismo lo entregaron a la voracidad depredadora de las llamas, vehículos de la nada. Quemaron la prueba de la existencia de otra dimensión y la posibilidad de preservar a la Hélade de la carga de un dios falso.

La cicuta por traición a los helenos y por ser impío como el Sócrates no impío fue la condena para mi amigo.

Yo lo aparté del lugar de los magistrados para proponerle huir, correr, subir veloces el peñón de las alucinaciones y descender indemnes por las faldas del cerro de Torreón. Como tantas veces la fantasía nos llevaría a otras dimensiones, a otras realidades; a las edades y las geografías que puede crear la mente. La imaginería de mi amigo podía narrar eras y continentes donde transitáramos a salvo. En esta circunstancia de apremio para la vida, o por lo menos para la libertad y la tranquilidad de Pítaco podríamos reinventar el Torreón que nos permitiera deambular sus calles, oír su lengua, respirar su aire podrido, compartir nuestra juventud con la de sus jóvenes.

—Huir no sería sino cunjear por el destierro —le dije a Pítaco para convencerlo de que su entereza y su honor no se menoscabarían. El prefirió morir con la dignidad y el estoicismo de Sócrates.

—Sería huir. Los sofismas y las falacias no encubren la verdad de los hechos —arguyó. En seguida me recordó las palabras de Sócrates ante sus jueces: "no es lo difícil evitar la muerte; lo es mucho más evitar la deshonra".

Añadió que por eso el Sabio no quiso autocondenarse en su momento a prisión perpetua, multa o destierro, en vez de la cicuta —como lo prescribía la ley con generosa alternativa—, porque hacerlo sería aceptar una culpa que en verdad no ensuciaba su conciencia. "¿Lo voy a hacer yo?", me increpó justificadamente Pítaco. Cierto, los delincuentes eran los jueces.

—Anaxágoras de Jonia también tuvo que *regresar* a sus lares decepcionado de Atenas cuando antes que Sócrates, y como

Sócrates, fue acusado de no venerar a los dioses. Salvó la vida y nadie lo tomó por disminuido —le objeté.

—Nadie regresa —sentenció mi amigo—. Quien regresa no regresa, sino que hace llegar a otro. Uno es alguien antes de ser bañado por el río de Heráclito, y otro después de que las aguas lo han lustrado.

—Su réplica cancelaba cualesquiera que fueran mis otras argumentaciones y mi invitación a huir. Es decir, permutar la pena.

Mi amigo murió con la dignidad de Sócrates. Creí que sin él yo no podría fantasear y narrar ficciones similares, alucinarme con esas realidades extrañas, insólitas, a las que penetrábamos en los cauces de nuestra conversación, en el galopar sin freno de la palabra y la imaginación. Porque imaginar, contar y describir a Torreón nos ubicaba en esa ciudad del Siglo Veinte que no existiría ni podría ser conocida ni habitada por quienes no la crearan con la fantasía.

Solo, sin Pítaco ni ninguna otra compañía conservé la costumbre de escalar la cima más alta del más alto peñascal de Hecalia. Ahora, desde el farallón albo de nuestros prodigios veo ascender hacia este lugar de la era de Sócrates, hacia esta cumbre, hacia mí —el más pequeño de los rápsodas—, a los dos niños que son nuestros amigos.

Colección Tierra que fue Mar

Francisco Sánchez
Tierra que fue mar

Beatriz Espejo
De comer, coser y cantar

Fernando Martínez Sánchez
Los pájaros del atardecer

Yolanda Natera
Otro amanecer

Francisco Emilio de los Ríos
Nahuatlismos en el habla de La Laguna

Saúl Rosales Carrillo
Memoria del plomo

MEMORIA DEL PLOMO, DE SAÚL ROSALES CARRILLO,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 5 DE OCTUBRE DE 1999.
EL TIRAJE FUE DE MIL EJEMPLARES.

Memorias del Plomo, volumen de cuentos de Saúl Rosales Carrillo es de los que llevan a considerar que en estos tiempos en que la comunicación de masas empobrece el caudal lingüístico se revalora la existencia del libro de literatura como ministerio de potencias expresivas.

Este libro de cuentos, sin embargo, no emerge del rigor academicista sino de la voluntad esteticista. El idioma de *Memoria del Plomo* es el del signo sassureano pero también el del vocablo joyceano, es decir, de la palabra con gravidez semántica, posibilidades lúdicas y sorpresividad inminente.

Así, la prosa de Rosales Carrillo parece armada con la consigna de Huidobro: "Y [illegible] que debemos vivir y no [illegible] cidamos/ Mientras vivamos [illegible] guemos/ El simple sport de [illegible] vocablos".

Memoria del plomo ofrece [illegible] to a la preposición justa y el [illegible] no preciso, el sustantivo, el [illegible] el adverbio y el adjetivo que [illegible] prenden como visita grata [illegible] a la palabra coloquial, la [illegible] ción o el sintagma y todos [illegible] dos por la intención del [illegible]

Alimentadas por esa [illegible] de estilo se desarrollan las [illegible] historias hermanadas por [illegible] formas de soledad, de las [illegible] formas de soledad que una [illegible] dad desajustada aporta.

MAGDALENA MA[illegible]

Saúl Rosales Carrillo (Torreón Coah., 1940) es autor [illegible] lúmenes de cuentos *Autorretrato con Rulfo* (1995) y *Vuelo* [illegible] (1990) y de la compilación *Cuentos de la laguna* (19[illegible] revista literaria *Estepa del Nazas*.

nidos la historia, la imaginación y el conocimiento. Las llamaban libros. Los niños trajeron varios y diversos y en uno mi amigo leyó el pasado que es nuestro futuro helénico. En los signos codificados, un tal Saulo de Tarso recorría los territorios de la Hélade divulgando noticias de un dios nuevo y una nueva religión. Esta impiedad resultó sin duda similar a la que causó la persecución de Sócrates. Por ello, de igual manera los hombres en nombre de las divinidades descargaron la atroz injusticia sobre Pítaco. El poder de los humanos impone la obnubilación prepotente de Creonte sobre la lucidez rebelde de Antígona.

Ya que en Hecalia mi amigo relataba esta aventura del pensamiento, alguno de sus oyentes propago que comerciaba en ideas con un Estado enorme conocido como Torreón, ubicado en alguna latitud que designaba como Siglo Veinte, sitio donde hasta los niños podían llevar en las manos el conocimiento en raros inventos y sobre todo donde veneraban un panteón que no era el de los helenos y que vendrían a imponerlo a la Hélade mediante el extranjero que yo dije antes.

Pítaco, como Sócrates, fue citado a comparecer ante los jueces. Igual que el Sabio, fue acusado de herejía. Los impugnadores sostuvieron que mi amigo debía ser convicto porque divulgaba la existencia de olimpos extraños. Lo que más alarmó a los conciudadanos fue la posibilidad de que nuevos númenes llegaran a ser instaurados por los forasteros, y la amenaza política, por lo demás incierta, de la poderosa metrópolis que, como bien sabíamos Pítaco y yo, era una fantasía. Con el despertar del escándalo se derramaron los rumores. En chozas de cabreros y moradas de magnates cuchicheaban que un potente Estado asediaba la tierra de los helenos vencedores de los persas; que Pítaco conocía sus portentosos recursos de guerra; que Pítaco espiaba para él; que podía informar dónde se ubicaba el Estado amenazante y sólo confesaba con callada burla que en el peñón más alto de Hecalia. La opinión casi universal dictaba que Pítaco merecía morir por herético y traidor.

El juicio no prosperó aunque tampoco la suerte de mi amigo. Nadie podía probar que Pítaco se alejaba más allá de la cima caliza rapada por el viento y las edades. De cualquier manera la alarma azotó a los jóvenes como la cola de los caballos a los tábanos. Huyeron de Pítaco como las vidas insustanciales lo hacen de la Historia. Ya sólo yo lo acompañaba a la cumbre y a Torreón. Era cierto, su fuerza narrativa allá en la altura nos ubicaba en aquel otro Estado. Pero no se podía decir que aquel otro Estado nacido de la fabulación tenía intenciones de guerrear. Además, ni Pítaco ni yo lo conocíamos de verdad más que merced a miradas lejanas y diálogos con los dos niños. El encono punitivo contra mi amigo si persistió envenenando su destino.

En Hecalia los jóvenes de espíritu anémico se protegían de nosotros tras la cerca del sarcasmo. Nos lanzaban venablos burlones por las crónicas de Torreón del Siglo Veinte, sus insectos mayúsculos, sus inventos, sus mecanismos, las vestimentas de sus habitantes, la lengua bárbara. Yo, Biante de Hecalia, pergeñador de estas huellas en trozos de tela y papiro que ato por un lado como vi que estaban fabricados los libros, seguía Pítaco en nuestra costumbre de subir al pico de las trasmutaciones y las transmigraciones.

Por honrar a la verdad y a la fantasía, y a la vez vencer —contra nuestra voluntad— a la incredulidad y a la mofa, decidimos traer una prueba imbatible de la existencia de las otras realidades. Sería además algo que ayudaría a preservar a la patria y a sus dioses. Con ese testimonio traído del futuro, los magistrados podrían enmendar el porvenir de nuestra Hélade, aunque si lo hacían, la historia ya escrita y conocida en el siglo veinte resultaría una mentira. Mas resultaba mejor una falsedad en el futuro que una constelación de númenes venidos de la extraña religión a conquistar a los helenos.

Para traer aquel testimonio subimos al peñascal de Hecalia, nos emplazamos en el reluciente cerro del Siglo Veinte, con la metrópolis a nuestros pies. Luego trastabillamos entre pedrus-